



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS.

PERSONAJES DE LA CULTURA MEXICANA
VISTOS A TRAVÉS DEL ARCHIVO PERSONAL
DE ENRIQUE DE OLAVARRÍA Y FERRARI



T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADO EN LENGUA Y LITERATURAS HISPÁNICAS

P R E S E N T A

CUAUHTÉMOC PADILLA GUZMÁN

ASESOR:
DOCTOR PABLO MORA.



MÉXICO D. F.

2004



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Nota al texto. 4

Introducción. 5

1. Desarrollo, madurez y decadencia de los hombres del Porfiriato.

- a) Genealogía del Porfiriato: el porfirismo como caudillismo. 13
- b) La burocracia y la restauración del orden público. 23
- c) Antecedentes ideológicos de la restauración del orden público. 29
- d) El régimen de la burocracia. 32
- e) Los letrados y la burocracia. 36
- f) Ocaso de la burocracia porfirista. 39

2. Ilustración y destino de las mujeres a finales del siglo XIX.

- a) Antecedentes de la representación ideológica de la mujer del Porfiriato. 49
- b) Experiencias de juventud: la cultura y las artes. 56
- c) Experiencias de madurez: la cultura y los oficios. 61
- d) Disolución de la representación ideológica de la mujer del Porfiriato. 70

3. Ilustración de los jóvenes del Porfiriato.

- a) La pedagogía positivista. 73
- b) La educación como preservación de los valores establecidos: el caso de Gustavo Bernal. 79

Índice

c) La educación como revolución del orden establecido: el caso de Gerardo Murillo.	89
d) La educación como germen de la disolución ideológica del Porfiriato.	96

Apéndice: *Una geografía intelectual del Porfiriato.*

a) Representación lírica de la provincia mexicana.	100
b) Representación mundana de la provincia mexicana.	106
c) Transformaciones de la provincia en el Porfiriato.	110
d) El extranjero: Europa, estancia de la tradición.	113
e) El extranjero: los Estados Unidos, estancia de la modernidad.	118
f) Proceso histórico y representación ideológica de los espacios.	122

Conclusión.	127
-------------	-----

Bibliografía.	134
---------------	-----

Nota al texto.

Las referencias al Archivo Personal de Enrique de Olavarría y Ferrari se indican con las siglas *APEOF*, seguidas de la ubicación exacta de la carta, según el número de Caja, Expediente y Documento. La fecha de redacción de cada documento se especifica en el texto o en una nota al pie. Se ha modernizado la ortografía, regularizado el uso de mayúsculas y respetado el uso sintáctico. Las palabras entre corchetes indican lecturas aproximadas. Los tres puntos entre corchetes indican palabras ilegibles.

Enrique de Olavarría y Ferrari murió en la Ciudad de México el 10 de agosto de 1918. Vivió sus últimos años oprimido por la enfermedad y la melancolía, aunque los dolores fisiológicos nunca alcanzaron la intensidad de los que despertaban la soledad y el recuerdo de tantos familiares y amigos ya desaparecidos. Su intimidad se desgarraba entre la ausencia y el recuerdo. Su hijo Enrique murió a los 9 años, en 1881; Ramón, su segundo hijo, murió a los 25 años, en 1899; Matilde Landázuri de Olavarría, su esposa, murió en 1914. Solamente le sobrevivió su hija Matilde. Durante la segunda década del siglo Enrique de Olavarría abandonó el ejercicio de la literatura (la *Reseña histórica del teatro en México*, su obra más extensa y valiosa, concluyó en 1911 con el escueto recuento de la dimisión de Porfirio Díaz y el ascenso a la presidencia de Francisco I. Madero) y ocupaba algún puesto de discreta jerarquía en el aparato burocrático del Estado. Sin embargo, antes, en el mediodía del Antiguo Régimen, perteneció al selecto grupo de hombres que protagonizaron la escena política de la nación. Entre aquel Olavarría porfirista y el Olavarría retraído y melancólico de los años de la Revolución existían algunas similitudes. Siempre conservó la tendencia pedagógica que desde su madurez temprana distinguió a sus trabajos intelectuales. Pero rasgos evidentes los distanciaban e incluso los oponían.

Olavarría y Ferrari nació en Madrid el 13 de julio de 1844. En la Universidad Central de esa misma ciudad se graduó como bachiller en artes e inició sus estudios en leyes, que interrumpió a causa de su primer viaje a México, ocurrido en 1865, donde ocuparía un puesto administrativo en el Banco de España. Pronto se inmiscuyó en los círculos ilustrados de la política y la literatura. En éstos era romántico; en aquéllos, liberal. En los años del Segundo

Imperio comenzó a publicar poemas y artículos en periódicos como *La Sombra*, que se distribuía clandestinamente. Luego participó en la redacción de *El Boletín Republicano*, que comenzó a publicarse el mismo día que Porfirio Díaz expulsó a los intervencionistas de la Ciudad de México. En los tiempos de la República Restaurada, de acuerdo con la añorada y paulatina recomposición de los tiempos sosegados de la vida pública, comenzó a publicar novelas, obras teatrales y crónicas de sus experiencias en las veladas literarias de Ignacio Manuel Altamirano. En *El arte literario en México* (1877) plasmó, con la intención de mostrar a Europa los logros y las promesas de la cultura mexicana, sus recuerdos y sus juicios de esos años. A lo largo de esa década afianzó su trayectoria como funcionario público. Comenzó ocupando puestos como catedrático de literatura, geografía, historia o matemáticas en instituciones como el Conservatorio de Música y Declamación, la Escuela de Artes y Oficios para Señoritas, y la Escuela Normal Central Municipal. En 1874 viajó a Alemania y España, donde llevó a cabo la encomienda de buscar documentos referentes a asuntos internacionales mexicanos. A finales de 1878 volvió a México. En 1880 adoptó la nacionalidad mexicana. A partir de ese mismo año comenzó a publicar, a la manera de Galdós, sus *Episodios históricos mexicanos*, que concluyó en 1887, cuando sumaban ya 36 novelas; simultáneamente, publicaba en *El Nacional* las primeras entregas de la *Reseña histórica del teatro en México*. Redactó el cuarto tomo de *México a través de los siglos*, obra publicada entre 1884 y 1889. A finales del siglo ascendió a los círculos íntimos de la clase política nacional. A partir de 1896, y hasta 1911, fungió como Diputado o Senador. A la par, continuó reseñando los eventos de la escena pública, sin descuidar su interés por los asuntos educativos, a los que dedicó varios textos didácticos sobre literatura y gramática, y una reseña histórica del Colegio de las Vizcaínas. Durante el Porfiriato, Olavarría perteneció a las más distinguidas sociedades científicas y literarias, colaboraba frecuentemente en importantes publicaciones periódicas y en ocasiones recibía instrucciones del mismo Porfirio Díaz para realizar tal o cual labor al servicio del Estado.

Todas esas representaciones de una intensa vida pública discrepaban del comportamiento hosco del viejo que durante los primeros años de la Revolución Mexicana raramente abandonaba el resguardo del hogar. Sin embargo un delgado hilo permite sortear el laberinto que separa la aparente doble vida de este personaje. La secuencia de los días y de las horas atenúa las sentencias categóricas del juicio de la historia y compone los instantes cotidianos que transcurren por detrás de los acontecimientos históricos que marcaron al siglo

Introducción

XIX y a las primeras décadas del XX, desde los últimos años del predominio del caudillismo hasta la consunción y las sublevaciones que condujeron al régimen porfirista a la ruina. El Archivo Personal de Enrique de Olavarría y Ferrari constituye la trama que recrea y asimila los elementos de las distintas estaciones de la modernidad mexicana y que erige una armonía por sobre los contrastes entre los eventos que atañen a los últimos momentos del caudillismo, la restauración del orden republicano, la instauración del Porfiriato y los primeros asomos de la Revolución Mexicana. Si bien recurrí originalmente al concepto de modernidad, entendido como una categoría histórica, ya en los campos de la política o de las artes, con el objetivo de delimitar y esclarecer el significado de lo dicho por las fuentes documentales, muy pronto éstas demostraron la necesidad de un diálogo constante entre la materia de estudio y el aparato teórico. Así pues, conceptos fundamentales para la investigación como aquél, o como historia o literatura, se ven envueltos en el juego de representaciones que desata la compleja polifonía de la colección epistolar. Sin embargo, éste, en vez de acentuar la incertidumbre, concibe un mismo cuerpo para la teoría y la práctica, desde donde brota una nueva percepción del tema. Mientras el concepto impide la diseminación de los sentidos de la fuente documental, ésta impide que el aparato conceptual se vuelva sobre sí mismo, contando de nueva cuenta la misma historia. Lo avecina en el solar de la realidad histórica y lo incita a replantear su propia identidad.

La redacción de los documentos íntimos que Olavarría atesoró pacientemente concuerda con los primeros momentos de la puesta en escena de la modernidad mexicana y no es ajena a los tanteos democráticos en las maneras de ejercer el poder, a la gestación de la opinión pública, a las revoluciones pedagógicas ni a la hegemonía de un mercado global de bienes materiales y espirituales, eventos primordiales en la transfiguración de la cultura. Sin embargo, estos testimonios no repiten lo ya dicho sino que abren nuevas sendas por entre las regiones inexploradas de las realizaciones tempranas del México moderno, señalan perspectivas que la literatura canónica no suele adoptar, describen una realidad histórica cuya temporalidad, que no se atiene a la jerarquía de los sucesos públicos, elude las fechas representativas y se ciñe a la cadencia menuda de las intermitencias de las costumbres. Este relato germina en las antípodas de las obras que los mismos historiadores porfiristas, como Justo Sierra, Emilio Rabasa o Francisco Bulnes, escribieron sobre la época. A pesar de un discreto aire de familia, también se diferencia de la crónica de la vida pública porfirista, ya sea la del poeta Manuel Gutiérrez Nájera o la del científico Olavarría y Ferrari. Su aspecto conversacional y su temática

intimista entrelazan afinidades con el diario íntimo y la memoria. Los materiales inéditos erigen una modernidad alterna a la que los historiadores ofrendan al juicio público. Pertenecen a la existencia ritual de una clase distinta, a la religiosidad cuyo tiempo se cuenta por instantes o según la trayectoria de las sombras al pasar la tarde. La pulsión de las prácticas cotidianas anula las oposiciones canónicas entre lo secular y lo litúrgico, lo dinámico y lo estático, la conservación y la renovación, lo viejo y lo nuevo, confunde los opuestos en el examen crítico de los actos. Ante esa confusión palidecen las figuras abstractas del idealismo y permanece el discurso compuesto por el diálogo entre las categorías y las prácticas, el texto canónico y el documento, el objeto de estudio y el sujeto crítico. Con base en la lectura crítica de los relatos efímeros de la vida cotidiana, tras cada documento palpita la posibilidad de una historia íntima de la modernidad. La enunciación de esa otra voz depende de la articulación de los documentos en un orden discursivo superior a las minucias epistolares. Así, en los materiales que componen el archivo se encuentra el punto de partida del relato de esa otra modernidad.

El Archivo Personal de Enrique de Olavarría y Ferrari se encuentra desde 1995 bajo el resguardo de la Biblioteca Nacional de México. Lo componen más de treinta cajas que incluyen una extensa correspondencia personal, con familiares y amigos íntimos, y profesional, con editores, impresores, artistas y personajes de la política, dibujando un espectro social que abarca desde el General Díaz hasta burócratas anónimos; documentos pertenecientes a Juan de Olavarría, padre de Enrique de Olavarría; fotografías; álbumes familiares; ejemplares de las publicaciones donde intervino Olavarría, como entregas de la segunda época de *El Renacimiento*, además de periódicos varios; documentos administrativos de sociedades científicas, literarias o políticas; documentos administrativos de instituciones públicas; manuscritos de ensayos, relatos y poemas; materiales, que datan desde la Colonia hasta los inicios del siglo XX, usados en la composición de las obras históricas de Olavarría, como el *Arte literario en México*, los *Episodios históricos nacionales*, el cuarto tomo de *México a través de los siglos* y la *Reseña histórica del teatro en México*. El archivo esconde aún muchos de sus secretos. Sin embargo, el proyecto de investigación Españoles en México en los siglos XIX y XX se ha abocado desde hace algunos años a desentrañarlos, catalogando y clasificando los documentos en la base de datos ESPAMEX. Esta base de datos conjuga las modernas herramientas de la bibliotecología con conocimientos especializados sobre el tema para proporcionar al investigador la mayor cantidad posible de información de una manera racional y útil. La tarea tomó como punto de partida las cajas del archivo que contienen las cartas que Enrique de Olavarría conservó de su

Introducción

constante intercambio postal, ha continuado con la catalogación de sus obras publicadas y pronto continuará con la de los manuscritos. Dicha base de datos crece día con día (actualmente cuenta con casi tres mil registros) y pronto cualquier persona interesada podrá disponer de la información por medio de un portal en Internet.¹ Así pues, los trabajos de esta tesis se suman a las investigaciones realizadas o dirigidas por el Doctor Pablo Mora, que encabeza dicho proyecto.²

Los documentos epistolares, incluidos en las cajas 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12 y 18 del Archivo Personal de Enrique de Olavarría y Ferrari, abarcan un período cronológico que parte de los últimos años de la década de los sesenta y que concluye con la muerte de Olavarría, acaecida en 1918. Ideológicamente, comprende las últimas luces del liberalismo, el nacimiento y el apogeo del positivismo, y los primeros asomos de la revolución intelectual que sentaría los antecedentes de la Revolución Mexicana. Entre los primeros documentos de la caja 6 se encuentran recapitulaciones del pasado inmediato que refieren al fin del Segundo Imperio y a la República Restaurada. Pertenecen a los primeros años de la vida mexicana de Olavarría, la cual dio inicio en 1865. De ahí en adelante se pueden hilar, carta tras carta, los últimos momentos de aquel México romántico y los primeros del México científico que administró las energías del caudillismo. A lo largo de las próximas cartas adquieren forma los retratos de personajes que, como el mismo Olavarría, prosperaron bajo el abrigo de la tecnocracia porfirista que conformaban. Sus confesiones descubren las mitologías que tenían lugar en el seno de la racionalización de la vida nacional emprendida por los ideólogos del régimen, conocidos como Científicos. Finalmente, en algunas cartas incluidas en las cajas 12 y 18 hay testimonios de la descomposición del régimen porfirista y anuncios de la violencia revolucionaria.

La colección epistolar transforma la arquitectura de la historia mexicana de los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX. Descubre pasadizos donde antes había velos y sombras. En seguida, aquéllos se bifurcan tras la lectura de un nuevo documento. El

¹ En este momento se puede consultar una selección de la correspondencia en www.coleccionesmexicanas.unam.mx, donde aparecen transcripciones y digitalizaciones de algunas cartas.

² Entre éstas se cuentan la de María Guadalupe Zubieta Valenzuela, *Enrique de Olavarría y Ferrari: su correspondencia en el Archivo Personal (1867-1897) y su aportación a las letras mexicanas*, México, 2001, informe académico (licenciatura en lengua y literaturas hispánicas), UNAM; la de Luz del Carmen López Cárdenas, *La hemerografía de Enrique de Olavarría y Ferrari (1865-1918)*, México, 2003, informe académico (licenciatura en lengua y literaturas hispánicas), UNAM; y la tesis de licenciatura que actualmente realiza Edith Leal Miranda, titulada *Los lectores de Enrique de Olavarría y Ferrari: la recepción crítica de tres obras vistas a través de su Archivo Personal*.

laberinto epistolar conduce a muchos destinos. En esta ocasión, he preferido recorrer el pasaje que desarrolla la amplia galería de personajes de la alta cultura mexicana. Reúno en este grupo a personajes que gozaron de una formación culta y por cuyo desempeño, ya como escritores, pintores, músicos o educadores, asumieron en su sociedad el papel de intelectuales o letrados. Sus profesiones cobran significación dentro de lo que tradicionalmente se conoció como artes liberales, si bien el transcurso de los tiempos modernos se encargó de disolver el distanciamiento entre las prácticas intelectuales y los demás quehaceres sociales, entre la alta cultura, entendida como expresión del espíritu, y sus encarnaciones socioeconómicas. En esta galería no sólo se encuentran retratadas figuras destacadas, como Ignacio Manuel Altamirano, Vicente Riva Palacio, Juan de Dios Peza o Gerardo Murillo, también se hacen presentes personajes que las varias historias sobre el periodo han relegado a un segundo plano. En algunos casos, como ocurre con Rafael de Zayas Enríquez o Rafael de Alba, asumen ahora un rol protagónico. Otros, como Gustavo Bernal, Elena Padilla o Matilde, la hija de Enrique de Olavarría, quienes durante un siglo habían permanecido en el olvido, salen a la luz y descubren en sus confidencias epistolares regiones desconocidas de la historia cultural del Antiguo Régimen. Los relatos de los personajes de la cultura mexicana que rodearon a Enrique de Olavarría pertenecen, desde una perspectiva sumaria, a la historia intelectual del Porfiriato. Sin embargo, los márgenes del relato llegan a confundirse con los periodos históricos adyacentes. Así pues, estas historias también se relacionan con los eventos del resto del siglo XIX y con las primeras décadas del siglo XX.

He agrupado los relatos de estos personajes de la cultura mexicana en tres grupos. En el primero se encuentran los letrados que se incorporaron al proceso histórico del porfirismo, hasta el grado de igualar sus vidas, su juventud, madurez y vejez, a la vida del régimen; en sus primeros años representan desde su cotidianidad el trayecto de las ideologías liberal y conservadora, los años postreros de la violencia del siglo y la estrecha correlación entre la decadencia del caudillismo y el apogeo del orden institucional. En el segundo, las mujeres letradas del Porfiriato relatan las distintas maneras de asimilar y representar los usos de la alta cultura, ya durante la juventud, en los salones literarios y las veladas en el teatro, ya durante la madurez, llevando a cabo las labores del hogar o trabajando arduamente por conseguir el sustento familiar. En el tercero, dos jóvenes, el pintor Gerardo Murillo y el cantante Gustavo Bernal, relatan las experiencias de su ilustración en las academias europeas hasta que paulatinamente, siguiendo caminos divergentes, uno sigue el rumbo de la preservación del

Introducción

orden establecido mientras el otro se aventura por caminos que prefiguran las prácticas de la cultura moderna del siglo XX y advierten la inminencia de la Revolución Mexicana.

Mediante las vivencias de estos personajes cobra voz la historia cotidiana de la cultura mexicana. Asimismo, con cada juicio, con cada lamentación, con cada expresión sensual o intelectual, los personajes de esta historia reproducen en sus entrañas el escenario de su existencia, los lugares donde transcurren las vivencias recordadas e incluso las vidas imaginadas. Los relatos incluidos en el apéndice complementan lo dicho en los capítulos anteriores con la representación intelectual de los espacios. Tras el análisis de los personajes sigue la exploración de los espacios que habitan. Se interpreta, como en los capítulos anteriores, a las representaciones íntimas de los personajes de la cultura mexicana pero, al contrario de los capítulos anteriores, la intimidad aparece vuelta hacia fuera, proyectando su racionalidad hacia el entorno. Según la evaluación moral de sus componentes, los letrados desglosan la percepción de los espacios de la cultura en tres niveles, la provincia, la capital y el extranjero. Así, en este capítulo se observa la transfiguración de esos valores morales y la fluctuación, entre la estética y la economía, de las concepciones de la naturaleza mexicana, la Ciudad de México, las antiguas ciudades europeas y las modernas ciudades norteamericanas, desde las sucesivas perspectivas del liberalismo, el positivismo y las tendencias ideológicas de los primeros años del siglo XX. La geografía moralizada de la cultura mexicana también conoce el relato de cómo México forjó sus modernidades.

En raras ocasiones a lo largo de la colección epistolar Enrique de Olavarría se presenta como remitente, si bien esporádicamente el anverso de una carta cuenta con el borrador de su respuesta. Sin embargo, esta ausencia es aparente. La dimensión histórica que se alcanza a vislumbrar atraviesa por el filtro de las afinidades del coleccionista, las voces que se escuchan en la escena que enmarca el diálogo epistolar pertenecen a los personajes de la cultura mexicana de la época que guardaban una cierta semejanza, de naturaleza emotiva, estética o burocrática, particularmente con el receptor pero también en general con la clase política del Porfiriato. Dispersos, los documentos se someten a la fuerza indiferente de la cifra, la cual prosigue impasible la enumeración y la catalogación de los miles de fragmentos de un universo que el olvido ha destrozado. Pero en la hoguera de la literatura estas letras muertas intensifican las proyecciones de la linterna mágica, encuentran el sentido que la dispersión ocultaba y componen de nueva cuenta la frase del encantamiento que antes efectuaba la existencia y que ahora efectúa el lenguaje. El fenómeno concibe la apropiación de las misivas

recibidas y la mutación de la lectura en un ejercicio de composición que elude la práctica efectiva de la escritura.

Como Jano, que mira a la vez hacia el pasado y el futuro, la obra íntegra de Enrique de Olavarría se extiende simultáneamente hacia los días de la historia pública y la noche de la historias privadas. Al contrario de las obras públicas que escribió de su puño y letra, los textos que coleccionó en su vida íntima lo retratan con mayor fidelidad. Mientras aquéllas se regían por la preceptiva del positivismo, estos se desembarazaban de los métodos formales de la cultura del lujo y del cientificismo, dejando entrever la poesía de la vida cotidiana. Mientras el escritor perseguía los valores trascendentales de la historia nacional por los caminos de la objetividad y la veracidad, se alejaba de los instantes cuya vivacidad subjetiva concordaba en mayor medida con el pulso de la existencia. Estas dos tendencias, la del la vida pública y la de la privada, condujeron hacia dos literaturas. La primera de ellas permaneció en el candelero de la alta cultura porfirista y, con la caída del régimen, paulatinamente cayó en el olvido de las estanterías empolvadas, desde donde sólo llamaba la atención del especialista y del erudito. La segunda se acrecentó en las noches de la gaveta íntima y tras la muerte de Olavarría conoció también la dilatada noche de los archivos, difiriendo en los fragmentos la realización del significado.

La colección provoca el distanciamiento de los personajes con respecto a lo narrado en los textos históricos canónicos y postula un arte de la biografía basado en la interpretación de los destellos anecdóticos. Los personajes no conocen más historia que lo dicho en esta o aquella carta. Esta forma de representación, basada en las fuentes documentales, iguala a los personajes en el frágil protagonismo del suceso epistolar. Junto a Olavarría, compartiendo su misma existencia, aparece un autor totalmente distinto pero de igual importancia que compuso en la intimidad una obra tan vasta como la pública, cuya valía se debe al subjetivismo resuelto que rige los textos. Oculta en la noche del positivismo reivindica la trascendencia de existencias dispersas, ya afines, ya contrastantes, extrañas al culto a la ciencia que regía las expresiones literarias de la publicidad. Se advierte la mano que procuraba asirse a los instantes de una época que sabe pasajera, el criterio del coleccionista que preservaba los fragmentos encantados que luego resucitarían las horas del tiempo perdido. Olavarría se hace presente en el reflejo de su imagen, reproducido en las misivas de sus familiares, sus amigos y sus compañeros de trabajo. Comprendida en su totalidad, esta obra se recrea en las luces que cada extremo no deja de proyectar sobre su contraparte, lazos que estrechan la unión y subrayan la coherencia del

Introducción

universo textual que tiene su centro en Enrique de Olavarría. Los documentos dibujan desde diferentes perspectivas, la del artista, la del político, la del funcionario, la de la dama de sociedad, la del personaje eminente, la del proscrito, la personalidad de Olavarría, ya sea como funcionario influyente, maestro, subordinado o amigo íntimo. A su vez, el remitente deja en cada trazo un vestigio de su propia alma. Pero el juego de espejos no se detiene ahí sino que, gracias al sortilegio de la misiva postal, estos *personajes de la cultura mexicana vistos a través del Archivo Personal de Enrique de Olavarría y Ferrari* recrean todo un universo perdido entre la historia y la leyenda, donde el telar de los días teje y desteje realidades y deseos.

1. Desarrollo, madurez y decadencia de los hombres del Porfiriato.

a) Genealogía del Porfiriato: el porfirismo como caudillismo.

La literatura histórica, política y filosófica ha proporcionado certeras definiciones del concepto de modernidad. Sin embargo, las manifestaciones palpables de la cultura moderna se confunden y deslían en el entramado cotidiano de la historia, como Eurídice en los pasajes oscuros del Tártaro. El intenso intercambio de los valores materiales y espirituales que relaciona a las manifestaciones varias del proyecto moderno de civilización tuvo lugar, en la historia mexicana, durante la segunda mitad del siglo XIX, luego de un dilatado y agreste período de discordia nacional que devastó los recursos de las instituciones tradicionales. Si la consecución de los valores institucionales de la modernidad constituye el auténtico punto de partida de la historia del México independiente, entonces los trágicos acontecimientos que tuvieron lugar antes de la República Restaurada, concretada en 1867, pertenecerían a su prehistoria, pues concernirían aún al proceso de desintegración caracterizado por la agonía del Estado tradicional. A pesar de que la violencia del siglo fragmentó la representación pública del conservadurismo, la sociedad mexicana aún regía sus hábitos según los principios tradicionales y apenas comenzaba a hilar el entramado de las democracias. La revolución imprimió su ritmo apresurado a la historia de las ideas, cuyas circunstancias materiales pronto extralimitó, hasta que las facultades especulativas llegaron a acariciar la legislación de un organismo político moderno que el entorno material impugnaba. Acaso los intelectuales mexicanos, insertos en el comercio de las ideas de su tiempo, sufrían el estancamiento de sus aspiraciones a causa del retroceso histórico de la nación mexicana, o ésta proseguía un proceso civilizatorio diferente al supuesto por la literatura europea de la época; de cualquier manera, existía una relación

discordante entre la clase política y la realidad nacional. Esta prehistoria de la edad moderna de la nación mexicana comprendería las confrontaciones que resolvieron la discordancia entre la teoría y la práctica, y que liberaron el curso de la nación de las predisposiciones tradicionales. Apunta Daniel Cosío Villegas que, en 1821, México no anunció realmente que había conquistado la independencia y la modernidad, sino que ponía fin a la subordinación a la herencia española y que comenzaba los trabajos para edificar una organización política nueva, en los cuales se demoró trágicamente medio siglo, “pues no quiso conservar la heredada de España y hacerle los retoques que el tiempo fuera exigiendo, ni pudo destruirla mientras luchaba por su independencia.”³ El diálogo con la tradición se transformó en una relación agónica. Las voces de los logros del pasado y de las expectativas del futuro desgarraban la conciencia nacional. Finalmente, la síntesis de lo que fue y de lo que podría ser sedimentó los primeros peldaños en camino de la modernidad. Las revoluciones del pensamiento paulatinamente contaminaron los usos y costumbres de la sociedad mexicana de principios de siglo pero esto no significó la aniquilación del antiguo código cultural sino que en el suceder histórico los rostros antagónicos de lo antiguo y lo moderno se confundieron en un solo linaje. Los restos del organismo tradicional que la insurrección desmembró se convirtieron en el humus de las instituciones modernas.

La caja de Pandora abierta por las manifestaciones políticas liberales permitió la disolución de los componentes tradicionales arraigados en el trato social; inauguró un periodo caótico que indujo a los individuos a la celebración de un nuevo pacto social. Con la sola fuerza del puño y la letra, los ideólogos liberales constituyeron un Estado moderno que durante años sólo administró la tinta de los legajos pero cuyas directrices reaparecieron en las proclamas de conspiradores y caudillos que alteraban el orden público pretextando la búsqueda de la justicia. Los círculos intelectuales que pretendían encarnar los criterios racionales que regirían al Estado nacional se vieron despojados de la autoridad efectiva. Pero la voz de sus escritos, en vez de callar, resonó en la voz del usurpador, ya no como discurso racional sino como mera perorata ideológica. La moderna literatura política del siglo no sólo despabiló las conciencias de los ilustrados, también alimentó la literatura panfletaria de la inconsistente clase dirigente. Conforme los caudillos, emblemáticos como constelaciones pero también fugaces como estrellas en una noche de anarquía política, se sucedían en la tarima de la dirigencia

³ Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México. La República Restaurada. La vida política*, México, Hermes, 1959, p. 45.

nacional, permanecían los panfletos que pretendían ocultar los desastres del autoritarismo tras las razones de la ilustración. Esta discordancia entre los actos y la ideología de la figura autoritaria en turno dibujaba el esperpento de una clase política. Cuando ocurrió la proscripción del orden legal tradicional, no surgió una clase política capaz de consolidar un aparato de gobierno, pues las circunstancias materiales permanecían a la zaga del devenir intelectual. Entonces, como señala Cosío Villegas, emergió la tiranía de la rendija en el tejido cultural provocada por la falta de compensación entre el crecimiento material y el crecimiento político.⁴

Las ramificaciones ideológicas del caudillismo encubren la función del personaje en la racionalidad material del proceso histórico. Las consecuencias que ha tenido la emergencia del fenómeno en el seno de los procesos sociales han trastornado la imagen resplandeciente de la verdad que la razón ha buscado extraer de las entrañas de la historia. La efigie fabulosa del tirano ha asediado la literatura política, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. En ningún caso ha sobrevenido la hegemonía de la razón. En ocasiones, la ilustración, trastornando el examen de las circunstancias que atañen al proceso histórico de la tiranía, ha introducido fragmentos mitológicos en las entrañas del racionalismo crítico. La exégesis de la violencia ha orillado a la ilustración desde los centros niveos hacia los márgenes, donde las luces y las sombras se confunden. Literariamente, esto significó la confusión de la teoría política apegada a criterios racionales con la literatura fantástica. Los esfuerzos del historiador se vieron truncados y la historia de la sociedad sufrió una regresión que la condujo hacia la historia de las mitologías y hacia la historia natural. Sólo figurándolo como mito o como bestia pudo el ilustrado interpretar la irrupción del caudillismo en el proceso de la modernidad. Nunca supo aquilatar la trascendencia de la violencia en la historia de la ilustración. En su lugar se extendió un velo que resarcía con el bordado de la fábula las distorsiones de la historia. Como en los cuentos fantásticos, el caudillo se convirtió en el autor de gestas maravillosas. Detrás, quedaba oculto el proceso histórico que conservaba las razones de sus actos. Las representaciones ideológicas del personaje hilaron una fábula que disimulaba el transcurso efectivo de la historia. A pesar del asedio cáustico de las luces, logra relatar la fábula de la gigantomaquia en la relación científica de la historia. De ente la multitud de relatos que componen el proceso histórico, la fábula del caudillo se distingue y se agiganta hasta adquirir una dimensión tal en la conciencia de los ciudadanos que reclama para sí una cronología a la

⁴ Daniel Cosío Villegas, "Trasfondo tiránico", en *Ensayos y notas I*, México, Hermes, 1966, pp. 266-269.

medida. Entonces el gigante abandona la escena de la historia y salta hacia atrás, hacia el eterno retorno de la mitología. Así traduce positivamente los efectos esquivos de la excitación carismática. La ilustración interpreta los distintos destellos de la violencia social como un solo sol nefasto que cíclicamente se enciende y se apaga. Únicamente envuelto en las figuraciones del mito puede el caudillismo adquirir un sentido en la nomenclatura de los teóricos de la historia. Los caudillos se yerguen como los titanes que desempeñan las gestas que forjan la edad oscura apuntalada en las entrañas del iluminismo racionalista. Tras esta literatura tienen lugar las bodas entre la violencia y la razón, cuya enseña familiar marca todos los eventos de la primera excursión de los tiempos modernos. El espíritu de la edad de la razón se vale astutamente de las figuras de la irracionalidad para enlazar los hilos sueltos de su genealogía y se representa las complicaciones del periodo prehistórico del proceso de la modernidad como un episodio de batallas entre gigantes, nacidos de la tierra y de la sangre, quienes detentan atributos tanto humanos como divinos, como refieren las leyendas fundacionales. El caudillo se sale de los márgenes que fija la vida en sociedad como sólo lo hacen el animal gregario y el superhombre, según la clásica distinción aristotélica.⁵ Ratifica su exclusión con la violencia y habita en esa llaga del proceso histórico, la cual a la vez lo simboliza y lo confunde, como un arcano enigmático.

Los gestos entre barbáricos y beatíficos que engalanaban al caudillo animaron la fantasía de los literatos de la época, cuyos escritos estampan las iluminaciones del imaginario mítico en la superficie de los conflictos históricos. José María Luis Mora definió a este dilatado momento en el proceso de las instituciones nacionales por “el abuso verdaderamente intolerable de las *facultades extraordinarias*.”⁶ Efectivamente, los caudillos eran hombres extraordinarios que no conocían más tradición ni más modernidad que la constancia del carisma, esquivo a las normas de cualquier Estado, ya sea de tendencia conservadora o liberal. La literatura política los ungió con el bálsamo de la leyenda. Les otorgó mote de personajes mitológicos. Según Lorenzo de Zavala, refiriéndose a Vicente Guerrero, nada debían al arte y

⁵ “Es evidente que la ciudad es una de las cosas naturales, y que el hombre es por naturaleza un animal social, y que el insocial por naturaleza y no por azar es o un ser inferior o un ser superior al hombre.” Aristóteles, *Política*, I, 1253a, Barcelona, Gredos, 2000, p. 8.

⁶ José María Luis Mora, “Discurso sobre las conspiraciones”, en *Obras completas I. Obra política I*, México, Instituto Mora-CNCA, 1994, p. 482.

todo a la naturaleza.⁷ Carecían “de principios, de voluntad y de sistema”, como escribió Francisco Zarco sobre Antonio López de Santa Anna.⁸

En el recorrido de la ilustración, la irracionalidad acondiciona el basamento socioeconómico del Estado racional. La fábula del caudillo, en vez de descomponer la coherencia científica del relato histórico moderno, afirma la eficacia ideológica de su método. La dispersión de las luces, que propicia la desmitificación y la racionalización de la vida pública, precisó, en primera instancia, de una abrupta y última mitología protagonizada por el caudillo para descomponer los lazos sociales y viciar la economía de las costumbres del mundo tradicional. La emergencia del caudillismo, que sella toda la prehistoria de la modernidad mexicana, supone el dominio de la confusión y extravía a la vida cotidiana en los vericuetos de una economía contingente. El doctor Mora lo manifestó en reiteradas ocasiones en sus ensayos sobre la historia política y económica del México de la primera mitad del siglo XIX.⁹ La violencia del caudillo se alimentó de los conflictos de intereses, que se desarrollaron a causa de las tensiones internas del sistema tradicional hasta que desbordaron los márgenes legales, y retornó a ellos para ponerles fin con la autoridad extraña de sus actos. De esta manera, la declaración de independencia inauguró un dilatado proceso de disolución social que, tras medio siglo de trifulcas intestinas, arrastró hacia la bancarrota a un modelo de civilización de los espacios público y privado, de los individuos y de las cosas, y, en última instancia, preludeó las disposiciones del mundo moderno. Mientras los caudillos estrangulaban cualquier tentativa racional de concierto entre los intereses sociales, también empobrecieron y desmantelaron los instrumentos estratégicos de las prácticas productivas tradicionales. Su beligerante discrepancia moral corrompió las costumbres imperantes en los hogares y en la tribuna, enajenó el sentido del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, e implantó, como una moneda espuria, el uso del carisma en el sistema de valores de la sociedad tradicional, el cual defendió y alimentó hasta que el instrumentista se desmoronó, víctima de la misma tendencia disolvente que

⁷ Lorenzo de Zavala, *Páginas escogidas*, México, UNAM, 1991, p. 185.

⁸ Francisco Zarco, “Partidos políticos”, en *Francisco Zarco*, México, Cal y Arena, 1999, p. 70.

⁹ “Siempre se ha pretextado la opresión de la multitud y la usurpación del poder en beneficio de los que mandan, para derrocarlos de sus puestos y elevarse sobre las ruinas; pero jamás se ha hecho mérito de los inmensos padecimientos a que en semejante cambio queda sujeto ese mismo pueblo que se supone oprimido, y cuya suerte dicen los conjurados pretenden mejorar, aliviándolo del peso insoportable de una opresión pocas veces verdadera, siempre y en todo caso exagerada.” José María Luis Mora, *loc. cit.*, pp. 473-474.

instrumentaba, hasta el arribo inexorable de la “lúgubre putrefacción”, inseparable de las facultades extraordinarias de los pretorianos, como los llamaba Bulnes.¹⁰

Si bien el mito contamina de sinrazón la racionalidad de la historia, florece impulsado por el propósito de introducir orden en el caos. El furor de la fábula opaca a la realidad porque descarta los conflictos que animan la historia. Posterga la contradicción política, favoreciendo la coherencia estética. El mediodía del caudillismo brilla con la intensidad de la perla incrustada en la frente del ídolo. Desvanece tanto las circunstancias de su origen como las de su desenlace. Convierte al escenario social en el oratorio de los titanes. Con todo, detrás del drama litúrgico tienen lugar las minucias que componen la trama de la cotidianidad. Los bordes de este momento del proceso histórico escapan a la preceptiva categórica de una razón que se cree totalizadora. Donde cae el velo de la fábula mitológica subsisten los elementos menudos pero concretos que rehuyen a la tendencia totalitaria de la historia universal. Ahí donde el proceso mexicano se dispone a dar vuelta a la página para dejar atrás el episodio del caudillismo opera también un método que organiza a una temporalidad meticulosa. Las postrimerías del caudillismo poseen una lógica hilvanada día a día. Las gestas del titán condensan los acontecimientos políticos en las vidas de individuos cuyas huellas permanecen, encubiertas, en los caracteres diminutos de alguna acotación histórica o en las líneas manuscritas de alguna misiva íntima, tal y como ocurre con la vida de Rafael de Zayas Enríquez, quien participó en el desarrollo y la consolidación del porfirismo, que representa el último momento del caudillismo en la época liberal.

Rafael de Zayas Enríquez nació en Veracruz en 1847, en el seno de una familia adinerada que vio menguada su fortuna a causa de las guerras intestinas e intervencionistas. Sus primeros años transcurrieron en instituciones educativas europeas y norteamericanas que le proporcionaron amplios conocimientos de griego, latín, italiano, francés e inglés, además de historia, filosofía y literatura; durante sus ratos de ocio componía versos, tocaba el piano y cantaba, con pasión y talento. Cuando vivió en Nueva York comenzó una amistad íntima con los familiares de Benito Juárez, quienes en 1864 habían abandonado México a causa de los estragos de la intervención francesa. En 1867, contando veinte años de edad, emprendió en compañía del joven Joaquín Baranda el viaje de regreso a sus país natal, tras el colapso del Segundo Imperio. Exploró exitosamente los círculos de la floreciente república mexicana de las

¹⁰ Cfr. Francisco Bulnes, *Las grandes mentiras de nuestra historia*, México, CONACULTA, 2002, pp. 157-171.

letras, los cuales celebraron el lirismo romántico de sus composiciones y el trazo atento que impregnaba vitalidad en sus cuadros sociales. Le brindaron cariño y predilección intelectuales liberales como Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano, Guillermo Prieto y Justo Sierra, quienes acostumbraban llamarlo “el benjamín de la bohemia.”¹¹

Durante los años de la República Restaurada continuó frecuentando a la familia Juárez, en cuya casa conoció por primera vez al General Porfirio Díaz. Mucho después, la mañana del 10 de agosto de 1900, evocaría aquel encuentro con las siguientes palabras, dirigidas a Enrique de Olavarría y Ferrari: “me deslumbró la gloria militar de ese hombre. Hubo en él algo que me subyugó, que me ligó a él para siempre y, con la franqueza de mi carácter y la inexperiencia de mis años, así lo dije delante del Señor Juárez y de toda su familia. Recuerdo que Pedro Contreras Elizalde, con su exquisita caballerosidad, me lo hizo notar al día siguiente y trató de convencerme de errar. Pedro Santacilia, antiguo amigo de mi familia, me llamó al orden de manera más brusca, pero igualmente ineficaz.”¹² De este modo echó a andar Zayas Enríquez tras su caudillo, reproduciendo aquél en las regiones del sureste los ademanes y las tentativas con que éste arengaba a la nación. Inició una ajetreada década de trabajos políticos que lo condujo en 1869 al puerto de Veracruz, a Tlacotalpan, a Cosamaloapan y a la Costa de Sotavento, donde promovió el voto a favor del partido porfirista durante el proceso electoral para el Congreso de la Unión. En noviembre de 1871 secundó el Plan de la Noria y en 1872, cuando sobrevino el fracaso de la insurrección, abandonó el país, desterrado por orden del General Foster, Comandante General de la Plaza de Veracruz.¹³

Cuando Zayas Enríquez regresó a México en 1873, se encontraba inmerso en el torbellino político que giraba en torno de la silla presidencial. El activismo político opacó la vena de su lirismo. El poeta se retiró a las aulas donde, desde 1872, cursaba estudios de jurisprudencia, que interrumpió a causa de su destierro. Mientras sus composiciones poéticas escaseaban, practicaba habitualmente un periodismo combativo que propagaba las semillas de la sedición última que clausuraría un siglo tempestuoso, que encumbraría al caudillo que pondría fin a una época de caudillismo. Expresó su oposición al régimen de Sebastián Lerdo de Tejada y, sirviéndose de los restos de la fortuna familiar, reanudó sus trabajos a favor de Porfirio Díaz. Escribe a Enrique de Olavarría: “me encontré con que muchos de mis amigos eran lerdistas y a Lerdo en el poder. Me hicieron ofertas de protección y me ofrecieron algo

¹¹ APEOF, C9, E9, D1, carta del 10 de agosto de 1900.

¹² APEOF, C9, E9, D1.

¹³ APEOF, C9, E9, D1.

que podría convencerme. Pero yo era más porfirista que nunca, intransigente, fanático. Me radiqué en Veracruz, establecí una imprenta y fundé un periódico de propaganda, *El Ferrocarril*, que tuvo gran éxito. Sostuve al candidato, y trabajé por el caudillo cuando estalló la revolución de Tuxtepec, dando dinero, armas, parque, y revolucionando por todo el Estado.”¹⁴ Los primeros momentos de la revuelta de Tuxtepec no favorecieron a Zayas Enríquez, quien, por órdenes del General Manuel Carrillo fue apresado y enviado a Campeche, donde cuenta que recibió, inesperadamente, “toda clase de consideraciones y de favores del Gobernador del Estado. Era mi antiguo amigo Joaquín Baranda.” Baranda le permitió reanudar sus estudios profesionales hasta obtener el título de abogado y, tras casi ocho meses de confinamiento, facilitó su huida, en complicidad con Alexander Corney, quien lo “ocultó en el mismo escondite ocupado meses antes por el General Díaz.”¹⁵ Los paralelismos entre las vidas de Díaz y de Zayas persistieron y se acentuaron hasta bordar con lo grotesco. Con el paso de los años, el partidario incondicional reprodujo la barbarie habitual en los caudillos hasta tal punto que el propio Díaz llegó a describirlo como “una monstruosidad”, “cruel, falso, pérfido, ingrato, hipócrita y asesino”, en cuyo ser, “mitad hombre, mitad fiera, ha prodigado la madre naturaleza sus dones brutales, negándole al mismo tiempo las cualidades morales que existen latentes u ostensibles en la criatura humana.”¹⁶

Las continuas guerras que asolaron el país durante el siglo XIX forjó una generación de hombres habituados a la eficacia disuasiva de la fuerza que ascendieron al poder político a finales de la década de los setenta. Escribe Luis González y González:

Nadie le puede negar a la homada porfirica su tufo militar, su penetrante aroma a polvo, sudor y sangre. Desde los años mozos, un tercio de aquella gente se distinguía por sus arrestos militares. Después de todo, pasó la niñez de 1832 a 1847 jugando a los soldaditos y viendo cómo los soldadotes pro Santa Anna y contra Santa Anna partían el pan en medio de la chamusca. Después de todo, crecieron entre cuartelazos y bochinchas. Además les tocó hacer frente a dos invasiones extranjeras.¹⁷

Esta clase militar, cuyos actos le ganaron el sobrenombre de “generación del machete”¹⁸, intentó incorporar sus intereses a los foros políticos por primera vez en 1871, mediante el Plan de la Noria, pero retrocedió ante el compacto frente constituido por de la clase política en el poder, representado por la trinidad compuesta por Benito Juárez, Sebastián

¹⁴ APEOF, C9, E9, D1.

¹⁵ APEOF, C9, E9, D1.

¹⁶ Citado por Daniel Cosío Villegas, en *Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida política interior, segunda parte*, México, Hermes, 1972, p. 732.

¹⁷ Luis González y González, *Obras completas VI. La ronda de las generaciones*, México, Clío, 1997, p. 35.

¹⁸ *Ibid.*, p. 37

Lerdo de Tejada y José María Iglesias. Como bien lo supo Rafael de Zayas Enríquez, los frutos de la contienda fueron escasos y las pérdidas cuantiosas. La discordia que la práctica política provocó entre los ideólogos liberales concedió la oportunidad de un segundo ensayo, en 1876. El Plan de Tuxtepec no engendró logros inmediatos pero apuntó hacia la transfiguración exitosa de los intereses de la clase militar en la arena pública. En aquel momento la publicidad, que entendida en el sentido que le dio el liberalismo político debe gestionar el desempeño de los instrumentos de poder ante la mirada crítica de la opinión pública, inició el proceso de su consunción y se dio a la tarea de conferir al primer porfirismo legitimidad política, divulgando panegíricos que daban esplendor a las proezas militares del caudillo y que procuraban hacerlas valer como méritos políticos.

Paulatinamente, mientras los hábitos políticos del liberalismo caían en desuso, descollaba la tendencia hacia una manera distinta de ejercer el poder. Al respecto, señala Cosío Villegas que “frente al criterio legalista de ver, juzgar y resolver las cuestiones políticas, y aun las propiamente jurídicas, nacía una nueva filosofía pragmatista, la filosofía cuyo enfoque y juicio final son los resultados prácticos que se derivan de una situación o de una decisión.”¹⁹ Durante el caudillismo tardío la sal de la discordia engendró su propia simiente. El causante de la ruina del orden antiguo participó en la construcción del orden moderno. Cuando las pulsiones disociadoras de la violencia militar y política alienaron también a la moderna tradición del liberalismo, crearon un vacío jurídico y una crisis económica que permitieron a la clase política positivista sustentar el curso de la historia mexicana sobre las bases concretas de las instituciones modernas. Impusieron primero un Estado de excepción que luego dio lugar a una norma afín a la realidad. Eventualmente, la eficacia de la práctica se hizo acompañar por comentarios jurídicos y frases publicitarias que proporcionaron al aparato administrativo legitimidad y renombre. En los preparativos del nuevo orden de las cosas ejerció una gran influencia Ignacio Luis Vallarta, cuyo desempeño político entretejió discretamente uno de los hilos que dan coherencia a la compleja modernidad mexicana, pues representó un punto de convergencia y transición entre el liberalismo practicado durante los años de la República Restaurada y las prácticas del régimen porfirista: durante su juventud se destacó como uno de los redactores de la Constitución de 1857; luego, perteneció al selecto grupo de intelectuales que tomó las riendas de la restauración del orden republicano; finalmente, proporcionó al

¹⁹ Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México. El Porfiriato. La vida política interior, primera parte*, México, Hermes, 1970, p. 204.

caudillo la fórmula política de “menos política y más administración”, que llegó a establecerse como el credo del régimen y la síntesis de toda una lógica del poder.

En aquellos años, la clase política, tal y como se conoció durante el siglo XIX, sufrió la restricción de su influencia en la vida pública. Asimismo, la milicia, que había encumbrado al caudillo, inició un proceso de racionalización que fragmentó y especificó los alcances de su poderío, que desmitificó la representación romántica del adalid. Las pulsiones que mediante una violencia incesante forjaron el carácter de la nacionalidad mexicana sucumbieron desarticuladas y desperdigadas, como el cuerpo de la divinidad en las leyendas fundacionales, clausurando un periodo histórico de fecunda mitología, al que le siguió una narrativa secular, cuyo presunto cientificismo describió el desarrollo y evaluó la productividad de los mecanismos del orden cívico positivista. La fatiga de la violencia que antecedió a las disposiciones materiales de la nación moderna urdió en su seno una expresión de la fecundidad extraña a los usos tempestuosos que consumieron los residuos de la civilización tradicional. El caudillo no sólo redujo a la pobreza los señoríos de la tradición, también propició una nueva expresión de la riqueza, cuyo desarrollo mercantil precisaba de cierta libertad e igualdad entre los individuos. Así como la economía de la imaginación había permanecido hechizada por los héroes románticos, la economía material había quedado reducida al autoconsumo a causa del asedio de los alzamientos armados y de la autocracia instaurada por los caciques locales, hasta que la tendencia positivista que racionalizó el ejercicio del poder y el consumo de los bienes nacionales concibió un espacio institucional, de donde comenzaron a brotar las primeras expresiones del intercambio moderno. Allí tendrían lugar tanto el comercio de los bienes materiales como el de los espirituales. Más allá de los altercados militares, incluso más allá del debate político, se desarrolló el germen de la administración que habría de configurar los materiales de la modernidad haciendo omisión de querellas armadas y controversias políticas. El apogeo de la racionalidad administrativa condujo a las estrellas de la disidencia hacia una larga noche de la que no resurgirían hasta décadas después. Mientras tanto, los medios sociales y económicos del modelo de civilización positivista disminuyeron los alcances de la disconformidad que acaso emergiera en el seno de la milicia y la clase política. Bajo el signo del pragmatismo, se extinguió la chispa de la sedición y el conservador se hizo uno con el liberal en la efigie del funcionario. Cuando los sucesos políticos y militares dejaron de mover los

motores de la vida pública, sobrevino el apogeo de la técnica económica, que se estableció como el foco transmisor de la racionalidad administrativa.²⁰

b) La burocracia y la restauración del orden público.

La tendencia pragmática dominante urbanizó los baldíos de la civilización tradicional, ilustró las conciencias de los ciudadanos y determinó los criterios legales para administrar la existencia cotidiana. Las circunstancias materiales exigieron la formación jurídica y el establecimiento efectivo de un organismo de funcionarios. La burocratización se dio a la tarea de empujarse e igualar los hombres, identificando ciudadanos donde antes había titanes y espectadores; obstaculizó el protagonismo de personajes eminentes; introdujo, tras una época de gestas heroicas, parámetros morales afines a las dimensiones de la cotidianidad, a los cuales se atuvieron las figuras insígnies, si bien algunas prefirieron atender ocupaciones en el extranjero o el retiro a la intimidad del hogar. Cumplió dos funciones: por un lado, dispersó de la escena pública a los antiguos protagonistas del liberalismo y a los contemporáneos en ascenso, valiéndose de la amplia red de funciones del Estado; por otro, permitió la participación de nuevos individuos en el aparato de gobierno. De esta forma, a mediados de la década de los ochenta partió rumbo a la península ibérica el General Vicente Riva Palacio. Al respecto, cuenta a Enrique de Olavarría y Ferrari en una carta escrita en Madrid el primero de diciembre de 1886: “no tengo que quejarme de la Madre Patria: supongo que ya sabrá Usted que me nombrarán académico prominente de la Real Academia Sevillana de Bellas Letras, de la que no hay, hasta ahora, en América mas que dos socios prominentes, Don Pedro II de Brasil y yo. Lo mismo que de la Academia de Ciencias de Portugal, en donde se presentó mi candidatura y de la que también no hay más socios en América que el mismo Emperador de Brasil y yo. El señor Conde de Chesto tuvo la amabilidad de venir a visitarme ofreciéndome un lugar en la Academia Española, a donde presentaron en la noche siguiente mi candidatura con la del Conde del Casal Riveiro, Ministro de Portugal, hombre muy distinguido. Y la Asociación Internacional Americana me ha elegido su presidente, cuyo nombramiento me honra porque el presidente sabe Usted que es el Señor Ministro de Estado.”²¹

Para ocupar una puesto diplomático partió, también rumbo al antiguo continente, Ignacio Manuel Altamirano, un adalid del liberalismo, en política tanto como en literatura,

²⁰ Cfr. Max Weber, “Sociología de la dominación”, en *Economía y sociedad*, Madrid, FCE, 2002.

²¹ *APEOF*, C6, E15, D1.

quien llegó a España a finales de 1889, después de una breve estancia en París, para instalar en Barcelona un Consulado general que antes estaba en Santander. En una carta del primero de febrero de 1890, cuenta a Enrique de Olavarría y Ferrari los detalles de su llegada: “tuve gran ocupación en todo noviembre. El Señor Sánchez de Antuñano, que estaba aquí de Cónsul, se hallaba en cama cuando llegué, tan malo que no pudo entregarme la oficina personalmente, sino por medio de un dependiente suyo. Mi Canciller el Señor Elorduy se hallaba en Santander y desempeñaba el Consulado en aquel puerto, mientras que iba a recibirlo el Señor Antuñano. De modo que estaba yo solo, era inexperto y, aunque el despacho era rutinario y sencillo, había que aprenderlo, hacerlo. Hubo que tomar casa, que amueblarla, pues no había casi nada y, en fin, me convencí de que el Consulado General es una oficina muy laboriosa, especialmente en Barcelona. Así se pasó noviembre y parte de diciembre”²²; a ésta sigue una carta de disculpa del 18 de marzo de 1891: “es cierto, mi querido Enrique, que no he escrito a Usted más que la carta de Barcelona, y Usted debe perdonármelo, mantengo una correspondencia oficial inmensa, este Consulado da mucho que hacer y, aunque me ayudan mucho el Canciller y Aurelio, yo me fatigo bastante.”²³ Poco después, el editor español Santiago Ballezá describe a Enrique de Olavarría las desafortunadas condiciones del fin de la estancia en Barcelona de Altamirano, quien delegó su puesto a Manuel Payno para partir rumbo a París: “han permutado porque al Maestro le revienta Barcelona y supongo que España y todos los españoles, a la vez que Payno prefiere vivir aquí”; luego, añade: “Altamirano saldrá de Barcelona conociendo tanto de mi hermosa ciudad como yo de Pekín, lo que no bastará para que la califique de ciudad africana y de cafres a todos los gachupines, que no han sabido admirar que en su casa albergan un sabio de muchas campanillas. A esa ignorancia nuestra atribuyo yo el terrible tedio que abruma al Señor Altamirano, al grado de tenerlo acurrucado en una habitación contando las horas que faltan para salir de aquí, ni más ni menos que si viviese preso y desterrado en el centro de un desierto. ¿No encuentra Usted justificada mi indignación contra el sabio? Que se vaya a París cuanto antes y quiera el cielo que allá eche de menos lo que aquí ha menospreciado tanto.”²⁴

Al mismo tiempo que los elementos extraños a la lógica del régimen liberal desalojaron la escena pública, la clase dirigente adoctrinada durante las intentonas de la Noria y Tuxtepec comenzó a desempeñar las funciones más convenientes en el aparato gubernamental.

²² APEOF, C7, E2, D2.

²³ APEOF, C7, E3, D1.

²⁴ APEOF, C3 (documento aún no catalogado. Fecha de redacción desconocida).

En palabras de Alfonso Reyes, escritas en memoria de su padre, Bernardo Reyes, “aquí el romántico descansa o, mejor dicho, frena sus energías y administra el rayo, conforme a la general consigna de la paz porfiriana. Aquella cascada se repartió en graciosos riachuelos y estos, poco a poco fueron haciendo del erial un rico jardín.”²⁵ Mientras el caudal fluyó y se dispersó, la fuerza que animaba al edificio social mudó sus habitaciones hacia el espacio íntimo de la vida cotidiana, apartándose de la escena pública. La potencia del héroe, estampada durante sagas excepcionales en la conciencia de las multitudes, se fue abriendo paso por entre la compleja trama de usos y costumbres. La fuerza de los polos del orbe social se interiorizó. Quedaron atrás las confrontaciones catastróficas que habían impedido la emancipación de las funciones públicas, necesarias para cimentar un Estado en el terreno socioeconómico. A partir de entonces, señala José C. Valadés, “las rivalidades entre los grupos se desarrollan y se resuelven silenciosamente en los bufetes, las alcobas y, por último, en las salas del palacio nacional.”²⁶ Las pulsiones heroicas que originalmente se presentaban como entelequias que perturbaban violentamente los actos habituales, reencarnaron luego en la figura familiar del funcionario. Los pasajes de las instituciones secularizaron el desempeño fabuloso del héroe y encauzaron los efectos de las recién descubiertas aptitudes cívicas rumbo al “crecimiento del papel y del peso del Estado en el conjunto de la vida social”, según François-Xavier Guerra.²⁷ Nominalmente el personaje ya no recibió motes fantásticos sino que asumió un cargo dentro de la estructura burocrática. La onomancia dio por concluido el capítulo de los nombres románticos y escribió las primeras páginas de un capítulo dedicado a la secularización. Los caracteres impresos del membrete administrativo y la tarjeta de presentación interrumpieron el encantamiento de las letras doradas de antaño. La edad de los nombres mágicos llegó a su fin y dio lugar a la de los nombramientos burocráticos. Del héroe subsistió el gesto aristocrático, que ahora compartía con el resto de los funcionarios pertenecientes a la minoría rectora, donde irónicamente propició la temprana articulación de una comunidad democrática, a causa de la especialización implícita en el desempeño de las tareas de la burocracia. Al ocupar un lugar en las funciones del Estado, dejando de lado los antecedentes económicos, sociales o raciales, el individuo excepcional renació, convertido en ciudadano, y olvidó definitivamente la estirpe

²⁵ Alfonso Reyes, “Oración del 9 de febrero”, en *Obras completas de Alfonso Reyes XXIV*, México, FCE, 1990, pp. 32-33.

²⁶ José C. Valadés, *El porfirismo. Historia de un régimen. Tomo II. El crecimiento I*, México, UNAM, 1987, p. 24.

²⁷ François-Xavier Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, tomo I, México, FCE, 2001, pp. 303-312.

trágica, tan profundamente enraizada en la cosmovisión de la aristocracia, para jugar un papel en la comedia de la vida cotidiana, cabe circunstancias propicias para la convivencia democrática.

De esta manera, Rafael de Zayas Enríquez, quien sufrió la persecución y el exilio en los albores del porfirismo, vio remunerados sus esfuerzos cuando el caudillo se hizo de la investidura presidencial. Su carrera política, iniciada en el periodismo, remontó un escalón cuando ocupó brevemente una diputación federal durante el gobierno de hecho de Porfirio Díaz. Poco después, ya dentro de los márgenes de la legalidad, recibió el nombramiento de Juez de Distrito de Veracruz y se vio involucrado en los sucesos ocurridos el 25 de junio de 1879, cuando el General Díaz, tras recibir noticias de una incierta conspiración en la costa de Veracruz, remitió a Luis Mier y Terán el telegrama con la célebre sentencia: “mátalos en caliente.” Zayas refiere con orgullo a Olavarría que “merced a mi intervención salvaron su vida varios de los presos y cesó la matanza. La Suprema Corte de Justicia me ordenó que hiciera una averiguación de los hechos y cumplí fielmente con la orden, sin dejarme intimidar por amenazas y asechanzas, ni corromper con ofertas. De cuantas personas intervinieron en ese asunto yo fui el único, tal vez, que se portó con completa honradez.”²⁸

En 1878, cuando Díaz abandonó por primera ocasión la presidencia, Rafael de Zayas Enríquez volvió al ejercicio del periodismo, a pesar de las circunstancias económicas desfavorables y la confusión política. Relata a Olavarría que, en aquel tiempo, “cuando se trató de las nuevas elecciones presidenciales, Don Francisco de Prida me quiso subvencionar para que sostuviese yo la candidatura del General González. No quise admitir subvención y lo único que exigí fue que me probaran que González era el marcado por el General Díaz y, una vez hecho, sostuve a González. Cuando él llegó a la presidencia me ofreció colocarme, y yo me negué a ello, diciéndole que no serviría jamás a un gobierno que no fuere el del General Díaz.”²⁹ Luego, se desempeñó como Secretario de la Suprema Corte Militar y, finalmente, llegó a integrar el selecto grupo de funcionarios inamovibles, cuando fue nombrado Diputado. Cuenta que, en la ocasión de su toma de protesta, Alfredo Chavero le indicó que hablaría únicamente cuando se le dijera y que “cinco años después pedí un día la palabra... y me la negaron, y me regañó el Presidente de la Cámara.”³⁰ A fines de siglo abandonó el país y fijó su residencia en Nueva York, desde donde volvió ocasionalmente a la Ciudad de México para

²⁸ APEOF, C9, E9, D1, carta del 10 de agosto de 1900.

²⁹ APEOF, C9, E9, D1.

³⁰ APEOF, C9, E9, D1.

renovar su diputación, como ocurrió en 1900, según una carta del 19 de julio a Enrique de Olavarría, que dice: “me veré obligado a ir a esa para prestar la protesta, ya que he conservado mi popularidad y merced a ella continuaré en la curul. Siempre es de agradecerse y lo agradezco con toda el alma, no porque lo tome, cual lo haces tú, como muestra de cariño, que no merezco, sino como un rasgo de consideración para el viejo patriota que ha consagrado toda su vida política al servicio del General Díaz, y jamás ha militado bajo otra bandera. En ese sentido comprendo y explico mi reelección, y aun en ese sentido la agradezco como un servicio a mi dignidad, a mi vanidad, si mejor le parece.”³¹

La concordancia del acontecer histórico con su discurso, que suprimió el vacío ideológico imperante desde los primeros años de la República Restaurada, cuando el compacto grupo liberal comenzó a desgajarse a causa de las disputas de intereses políticos, ocurrió cuando el orden social porfirista, establecido tras el declive y la descomposición del liberalismo, desarrolló una burocracia capaz de sustentar una economía letrada, una producción de frases emblemáticas y de parábolas nacionales, un estilo administrativo que abarcaba no sólo a la literatura legal sino a la literatura entendida en un sentido extenso. Cuando el porfirismo dejó de ser una reliquia militar y una consigna política para convertirse en una práctica de gobierno, creó una amplia red burocrática que envolvió a los ilustrados con el objetivo de extraer provecho de su instrucción, prefiriendo la consigna de la eficiencia por encima de las afinidades políticas. Bajo el amparo de la paz y la prosperidad porfirista florecieron diversas expresiones de la cultura mexicana. La época armonizaba la coexistencia de expresiones literarias tan disímiles como la lírica modernista y el historicismo cientificista. Los logros estéticos de esta literatura se sublimaron hasta alcanzar el plano político, donde el lujo y la objetividad se confundían con la decoración ideológica del régimen. El Estado acudió a las ciencias y a las artes en busca del cáliz de la legitimidad. Rescribió su propia representación en un lenguaje literario. Se hizo rodear del aura espiritual del saber. Fingiendo los atributos del ungido, inoculó su soplo espiritual en todos los edificios gubernamentales, en las carreteras, en las vías férreas, en los ríos, en las aduanas, en todos los espacios circunscritos por la ley.

El régimen construyó un instrumental virtual para gobernar las conciencias. Interiorizó el aparato administrativo que disponía de los recursos materiales y espirituales. Determinó expresiones canónicas del buen gusto que expurgaron, de las entrañas de las adicciones políticas o estéticas, las pasiones contrahechas del romanticismo. Se confirmaba la

³¹ *APEOF*, C9, E8, D12.

regla allí donde ocurría la censura, sin que se vieran involucrados cuerpos policíacos institucionales pues la mirada rectora provenía de la conciencia de los ciudadanos. Corroboran estos procedimientos los sucesos acaecidos a mediados de 1893 que Melesio Morales refiere a Enrique de Olavarría y Ferrari: “habiendo presenciado una discusión relativa a la zarzuela *Kerfan* entre el Licenciado Castellanos y otra persona, discusión que comenzó a hacerse desagradable al grado de turbar los ánimos de las personas interesadas en ella, apenado por el carácter que dicha discusión iba tornando y sin más objeto que el de terminarla, tomé del brazo al Licenciado Castellanos, que se hallaba muy exaltado, y obligándolo amistosamente a entrar en la botica del Señor Llamas le dije: ‘Licenciado, cálmese Usted... ha llevado Usted el asunto muy adelante...’ Mi intervención, pues, en esos primeros momentos, fue para mediar y no para reprender, como me han manifestado Ustedes que creyó el Señor Castellanos, siendo tanto más explicable mi conducta cuanto que en la cuestión suscitada yo no tenía interés alguno personal.”³² Morales consideró que la controversia atentaba contra su dignidad, así que requirió el apoyo moral de Enrique de Olavarría y de Antonio García Cubas para resolver el conflicto en un lance de honor, a la manera de los románticos. Provocó la animadversión de sus amistades, tan acostumbradas entonces a apreciar los sutiles placeres que prodigaba la urbanidad porfiriana. Perteneían a círculos sociales habituados a tomar el té, a conversar, “a encender las velas de los candelabros y a poner en movimiento las teclas del piano”, como cuenta una crónica de Manuel Gutiérrez Nájera.³³ El extravagante comportamiento de Morales en la alta sociedad despertó la antipatía de personajes de la escena cultural como Eduardo Gariel, quien en una carta del 15 de mayo de 1898 comunica y explica a Enrique de Olavarría la molestia que acarrearán “los artículos que acaba de publicar Melesio Morales, artículos que están escritos en un tono tan violento que nunca había esperado que ese Señor usara para conmigo pues, tanto en la polémica que tuvimos sobre Chopin –que desertó como Usted no ignora-- como en lo particular, lo he tratado siempre con todo el respeto que merece un caballero”; y añade: “creo que tiene Usted mucha razón para llamar a Melesio Morales amigo ingrato e inconsciente pues, si no le debiera otros favores, debía acordarse de que, en la misma obra que con tan poco aprecio se expresa, le dio Usted importante hogar y se ocupó de él en términos que, esté Usted seguro, amigo mío, no merece; pues su ignorancia, como músico, es tan grande como su amor propio. Yo nunca hubiera creído, antes de tratarlo, que fuera un

³² APEOF, C7, E5, D25, carta de 1893.

³³ Manuel Gutiérrez Nájera, “Las noches del tedio”, en *Manuel Gutiérrez Nájera* (selección y prólogo de Rafael Pérez Gay), México, Cal y Arena, 1998, p. 132.

músico tan insignificante como lo es. En la polémica que tuvimos lo traté con las consideraciones que por su posición en el conservatorio y por su fama –mal adquiridas– se merecía. Ésta última pude ver desde aquella ocasión que era inmerecida; y ya que él se expresa como lo ha hecho, le aseguro que le voy a hablar como se merece.”³⁴

El discurso ideológico que gestionó el intercambio de valores morales en la época pofiriana procuró inspirar en las actividades habituales una cierta trascendencia espiritual. Las alabanzas del orden administrativo predominante invocaban al espíritu de la legitimidad histórica e insinuaban el presagio, como si entonces hubiera culminado infaliblemente la marcha racional del progreso oculta tras los eventos trágicos del siglo. El método de la legitimidad se equiparó formalmente con el lenguaje burocrático de los expedientes administrativos y dispuso estratégicamente del resto de los estilos. Así, la lógica administrativa diseminada en las conciencias relegó a los ejercicios de retórica el lenguaje polémico que caracterizó a la producción escrita durante la época liberal, abogó, en cambio, por un estilo ajeno a las confrontaciones y, como consecuencia, excluyó a la discusión política de los medios de la opinión pública. El escándalo y la consternación depravaban a las costumbres imperantes, perturbaban la armonía científica del orden instituido. La fábula política abandonó las plataformas de la discusión y relegó la tensión crítica a los escenarios de los tiempos seculares. Reapareció transfigurada por la lógica del espectáculo para transformarse en el atuendo ideológico de la burocracia metódica y aletargada. El estilo polemista calló o fingió su palabra en las ceremonias que rendían honores a las gestas pasadas que presuntamente presagiaban el orden imperante. El escándalo, las discusiones de orden estético y el revisionismo histórico eclipsaron a las incandescencias de la polémica política. Mientras la superficie de las conciencias asimilaba un imaginario épico nacionalista, por el subsuelo se abría paso la programación de los actos individuales, con miras a alcanzar los índices satisfactorios de la tasa de producción. Así, la cesura de cada verso heroico dejaba entrever la cifra estadística. El estilo burocrático divulgó el encomio de la administración y la moderación de los impulsos vitales. Descubrió la corrección en la eficiencia y la eficiencia en la corrección. Dejó atrás una época de zozobra y un lenguaje “romántico, irracional y destructor.”³⁵

c) Antecedentes ideológicos de la restauración del orden público.

³⁴ APEOF, C8, E6, D3.

³⁵ Luis González y González, *op. cit.*, p. 22.

Ya desde los años de la República Restaurada habían emergido tentativas de reconstrucción entre los protagonistas de la república letrada, quienes dejaban ver sus deseos de un modelo de cultura nacional distinto al imperante, determinado por los compases épicos de la emergencia patriótica. Durante la década de los setenta el proyecto de modernidad detentado por los ideólogos liberales sufrió graves descalabros que conmovieron a todo el edificio cultural. El 20 de enero de 1878 Juan de Dios Peza pide a Enrique de Olavarría una respuesta: “Usted podrá apreciar exactamente la situación de nuestro país. ¿Es en verdad tan desesperante como parece?”³⁶; ese mismo año, el 20 de diciembre, Francisco de Asís Pacheco se pregunta: “¿qué fue del pasado? Una larga noche para el espíritu.”³⁷

Los letrados pretendían proyectar las luces de la ilustración sobre los ciudadanos y el Estado nacional. Cada jornada consagraban sus esfuerzos a perfeccionar los usos técnicos de la alta cultura, con miras a la creación de obras de valor contundente, según los cánones establecidos por las metrópolis occidentales. Este esfuerzo se reflejaba en todas las escrituras, no sólo la literaria sino también la jurídica, que produjo en las constituciones del siglo toda una poética de la civilidad moderna. Sin embargo, las disposiciones de la sociedad marginaban cualquier puesta en práctica de esta literatura, que subsistía apenas como el catecismo de las minorías cultas. Los autores pretendían la encarnación de la letra en las prácticas de la sociedad. Buscaban afanosamente un lugar en el concierto de las naciones cultas, tal y como lo expresa el músico Melesio Morales, en una carta del 24 de noviembre de 1874 dirigida a Enrique de Olavarría y Ferrari: “no me extraña la extraviada opinión que se tiene en España respecto de nosotros los mexicanos. La falta de noticias exactas e imparciales no puede dar otro resultado. Lo que me hace mal efecto es que los padres tengan en poco a los hijos que educaron. Por lo demás, a pesar de todas las opiniones, siempre desfavorables, esparcidas en Europa a nuestro respecto, México adelanta notablemente y, aunque estamos todavía lejos de compararnos con las viejas naciones del antiguo continente, no por esto desesperamos de nuestras facultades para podernos igualar algún día en poder y grandeza. Mientras tanto, permítame Usted que rechace la culpabilidad de que Usted me hace causa, atribuyéndome en gran parte la causa de que en España se dude de la pericia artística de nuestros músicos. Ninguno de mis compañeros ha hecho lo que yo. Usted lo sabe bien y conoce Usted la vida infatigable que llevo ocupado eternamente en procurar los progresos del arte entre nosotros.

³⁶ APEOF, C6, E8, D3.

³⁷ APEOF, C8, E8, D12.

¿Qué más puede hacerse en ésta, mi cara pero desgraciada patria... ?”³⁸ De cualquier manera, a fin de cuentas la medida de su lamento delimitaba los confines de su esperanza, según una carta del 3 de febrero de 1875, donde sentencia que sus ilusiones “murieron como muere todo en este pobre México.”³⁹

Pesimismo y optimismo se sucedían en la conciencia de los letrados cuya imaginación no cesaba de proyectar una cultura mexicana. El pensamiento errante concuerda con la dinámica vital del pensador que durante los periodos de incertidumbre política deambulaba por las varias estancias del inestable aparato burocrático del Estado en busca de sustento material. Si bien muchos compartían la impresión de que durante el siglo XIX la nación penetró en un páramo histórico, algunos vislumbraban la posibilidad de constituir un edificio del saber, aún en las adversidades; así lo hizo José María Vigil, quien en una carta del 16 de agosto del 75 intentaba disuadir a Enrique de Olavarría para que permaneciera en México: “yo no sé si me equivocaré, y en eso debe Usted ver simplemente el grande interés que toma mi amistad por su porvenir. Yo creo que lo que mejor podría hacer era formar el mayor empeño para regresar a este país, en el cual cuenta Usted con tantas y tan bien merecidas simpatías y en donde puede Usted llegar a ocupar una posición digna de su inteligencia y de su honradez. Es cierto que aquí se tropieza con dificultades, como en todas partes, pero también es cierto que México es un país virgen, de inmensos recursos que cualquier circunstancia imprevista puede desarrollar, como creo que se encuentra ya en la buena vía y en que por lo mismo toda inteligencia y todo trabajo pueden obtener su empleo y su recompensa. Usted encuentra aquí las afecciones de una nueva patria: no tiene Usted que extrañar el idioma, las costumbres y hasta las preocupaciones de la metrópoli. La juventud, la dedicación, la constancia y una conducta intachable, son elementos importantes que Usted posee y que constituyen un verdadero capital moral que le ofrece en perspectiva un porvenir seguro y digno.”⁴⁰ Las tentativas de Vigil se enraizaban hondamente en las tradición romántica y liberal. No surtieron muchos efectos, pues durante los últimos años de la Republica Restaurada su ímpetu controvertido se vio opacado por el itinerario de la historia moderna, que a partir de entonces abandonó los cauces de la política e ingresó en los del pragmatismo administrativo. Ese cambio de curso se manifestó en el espíritu como un paréntesis de desilusiones. El desencanto que imperó en las conciencias de la clase política a mediados de la década de los 70, representó una muestra de la extenuación de

³⁸ APEOF, C6, E4, D8.

³⁹ APEOF, C6, E5, D5.

⁴⁰ APEOF, C6, E5, D15.

la tradicional controversia entre liberales y conservadores. Sin embargo, el espectro de esa misma tradición hizo aparecer al emergente grupo de funcionarios científicos como una avanzada del conservadurismo. Así lo interpretó Vigil, que entonces entabló una controversia con Justo Sierra, a quien identificaba como copartícipe de un atentado del nuevo conservadurismo en contra de las instituciones liberales, como la democracia y las libertades individuales.⁴¹ La querrela de Vigil sobresalió como una reliquia del pasado entre el torrente de eventos que preconizaban el nuevo orden de las cosas. Para 1876 se multiplicaban las críticas a la obra del liberalismo juarista, en los periódicos comenzaban a disminuir los elogios y los buenos augurios para Sebastián Lerdo de Tejada, y Porfirio Díaz ajustaba los últimos detalles del Plan de Tuxtepec que lo encumbraría en la silla presidencial.⁴²

d) El régimen de la burocracia.

El Porfiriato expurgó los impulsos excepcionales de la economía social, suprimiendo las recurrentes pasiones políticas y militares que habían integrado el imaginario mitológico del siglo romántico, y formuló expresiones cívicas particulares que plasmaron la tendencia secular del período en formas realistas, en gestos cotidianos renovados día tras día. La mirada del funcionario advirtió en los recursos humanos el germen de una tecnología. Si bien el régimen carecía de las capacidades para instituir una sociedad industrializada, se valió de los recursos humanos disponibles como si ajustara los engranes de una máquina. En el seno de la comunidad letrada que componía la minoría regente creó una industria de la burocracia que pretendió eliminar científicamente las trabas burocráticas habituales para optimizar los beneficios del cuerpo administrativo. Victoriano Salado Álvarez relata que originalmente los componentes de esta maquinaria se dieron a la tarea de “eliminar a la peste de viejos pícaros, que están acostumbrados a disponer de los dineros del erario como de cosa propia; de los flojos, de los tontos, de los canallas, de los bajos que medran a favor de la costumbre y de la rutina.”⁴³ Sin embargo, conforme la comunidad letrada aprendió a dominar el artificio de la burocracia, el Estado obtuvo su fuerza, “no como lo quisiera la imagen que él mismo hace de su poder, de una sociedad de ciudadanos responsables cuyos servidores serían los funcionarios,

⁴¹ Cfr. Charles A. Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Vuelta, 1991, pp. 113-116.

⁴² Cfr. Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. La República Restaurada. La vida política*, pp. 475-492, y Pablo Mora, “Enrique de Olavarría y Ferrari (1844-1918): historiador de la cultura en México”, en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, vol. VI, núms. 1 y 2, México, 2001, pp. 135-136.

⁴³ Victoriano Salado Álvarez, *Memorias. Tiempo viejo. Tiempo nuevo*, México, Porrúa, 1985, p. 226.

sino de relaciones clientelistas que hacen depender de él a una parte importante de las élites cultivadas.”⁴⁴ Así lo ejemplifica el funcionario público Zamudio, que el 5 de septiembre de 1906 escribe a Enrique de Olavarría y Ferrari: “como Usted sabe, estoy cobrando en la Escuela Normal para Profesores, hace cuatro y medio años, por la influencia del difunto Señor Rébsamen. Esta circunstancia parece que influye para que yo no prospere en nada. Digo esto por la única oportunidad de ascenso, que fue la separación del Señor Maldonado de la Prefectura (no la Superior), que es el puesto inmediato. Fue cubierto por un paisano del Señor Correa. Con esto he venido a comprender que todos los esfuerzos que haga para distinguirme con mi laboriosidad resultarían inútiles. Por otra parte, resulta que ya no puedo ayudarme como lo hacía, copiando música, poniendo en limpio originales, etc. etc., con horas que iba yo entresacando de las que me obligaba el cumplimiento exacto de mis deberes. Hoy tengo, además de los trabajos que el reglamento señala a mi empleo, que vigilar la marcha de 20 relojes y llenar las listas de asistencia de 65 clases, incluyendo las de calificación de fin de mes”; luego, describe las circunstancias materiales del malestar que lo insta a pedir ayuda: “preocupado por la perspectiva de una enfermedad, cuando por la innata aspiración de todo individuo, he estado luchando por agenciar algo de más resultados pero he tropezado por la falta de recomendaciones, que aquí es el todo. Yo no pretendo un gran puesto, una conserjería, una ayudantía... algo humilde pero de confianza que me de un sueldo mejor que los 50 \$ que aquí tengo y que, como dije a Usted, me son insuficientes, hasta el grado de no poder yo guardar el decoro del establecimiento. ¡Más de un año hace que no me compro un traje y los que tengo son harapos!”; finalmente, describe a Olavarría el objetivo de su lamento: “conociendo su grande influencia pero, ante todo, su hidalguía y altruismo, me acojo a Usted, aunque sin méritos ningunos, suplicándole sólo se sirva recomendarme... ¿a quién... ? ¿a dónde... ? ¡Yo mismo no lo sé!”⁴⁵

El Estado estimuló la especialización de las actividades y de las moradas, de los gastos y de los ingresos, de los pesares y de la alegría, del decir y del hacer, en fin, del espíritu y de la materia. La apropiación racional de los recursos brutos significó una interiorización de las costumbres. Prodigaba bagatelas para el hogar que ennoblecieron a la familia como el más valioso de los logros morales. Desde entonces la patria se concibió en un espacio mucho más reducido y familiar que antes, menos fantástico. La celebración de los eventos sociales

⁴⁴ François Xavier Guerra, *op. cit.*, p. 312.

⁴⁵ APEOF, C10, E12, D1.

trascendentales tenían lugar en espacios cerrados, fragmentados por la tendencia secular hacia la profesionalización y especialización.

Ya desde el ocaso de la época liberal aparecieron los antecedentes ideológicos del régimen porfirista. Las posturas puras del liberalismo tuvieron que adecuarse a las circunstancias que propició la República Restaurada. “Consumada ya la Reforma, es de mayor interés administrar bien”, opinó en alguna ocasión Sebastián Lerdo de Tejada.⁴⁶ Los ideólogos del porfirismo atendieron a su llamado, expurgaron las reminiscencias liberales y de ahí partieron hacia la composición de una interpretación positivista del Estado. Entre los artífices se contaba el periodista Carlos Olaguíbel, que, según Hale, introdujo en las tribunas de la publicidad tópicos característicos del positivismo, como “la fusión de conservadores y liberales, la necesidad de la administración en lugar de la lucha política, la búsqueda de soluciones prácticas más que de principios abstractos y la consolidación del orden frente a la anarquía.”⁴⁷ Con la consolidación del porfirismo, pudieron poner en práctica las tentativas de la teoría positivista prominentes intelectuales que comenzaban a escalar los peldaños del aparato administrativo, como Justo Sierra, que primero laboró bajo las ordenes de Justino Fernández en el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública y luego fungió como Secretario de Educación, o José Yves Limantour, que asumió las riendas del Ministerio de Hacienda por instancias de Manuel Romero Rubio.

El curso de la secularización dejó sentir su fuerza entre los hombres del presidente. Fomentó dicha metamorfosis Romero Rubio, un antiguo liberal partidario de Lerdo de Tejada, el cual amparó la formación profesional y el ascenso en la jerarquía estatal de un conjunto de jóvenes ilustrados cuyo talento apuntó hacia el gasto de los recursos nacionales de acuerdo con un criterio científico. Pronto los protagonistas de la revuelta de Tuxtepec abandonaron las tribunas del poder y se dirigieron rumbo a la intimidad del hogar. Aquella migración de los individuos que se formaron en la discordia de la época liberal se debió tanto a las intrigas como a la friega de los años. El devenir del proceso moderno mexicano confirmó entonces la toma de decisiones a una clase política ajena a excitaciones y encantamientos, “de gesto majestuoso y pausado, de baja emotividad, de mucha acción y poco sensible a las vueltas del tiempo; hombres de textura flemática y distante; figurines de levita y sombrero hongo”, en palabras de

⁴⁶ Citado por Charles A. Hale, en *op. cit.*, p. 124.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 152.

González y González.⁴⁸ Nada sabían de gestas patrióticas, no conocieron la violencia de la ascensión y caída de los caudillos. La frivolidad que delataba la condición de su moral convenía a los intereses de Porfirio Díaz, quien en 1884 asumió por segunda ocasión la presidencia. Bajo su resguardo ocuparon los puestos decisivos de las instituciones gubernamentales, desde donde se desempeñaron con una destreza técnica que les granjeó el mote de Científicos y que, al extenderse por los varios estratos institucionales, proporcionó los fundamentos administrativos de la autoridad perpetua encarnada por Díaz. Refiere Valadés que en aquel momento comenzó “una nueva época del porfirismo, pues, ahogadas las libertades políticas, sólo buscaríase un orden administrativo para solidez del Poder y un sistema para estímulo al capitalismo extranjero.”⁴⁹

El régimen otorgaba prebendas con una discreción cuyos apólogos, que brotaban del mismo humus administrativo, aplaudían, mientras otros la creían dirigida por la intención de fiscalizar el miedo, como Francisco Bulnes, quien en alguna ocasión oyó decir a Díaz: “los padres de familia que tienen muchos hijos son los más fieles servidores del gobierno, por su miedo a la miseria; a esto es a lo que tienen miedo los mexicanos de las clases directiva, a la miseria, no a la opresión, no al servilismo, no a la tiranía; a la falta de pan, de casa y de vestido, y a la dura necesidad de no comer o sacrificar su pereza.”⁵⁰ El régimen, fundamentalmente administrativo y no político ni militar, se servía de las celdas que componían a los organismos de gobierno para distribuir efectivamente los beneficios del orden y el progreso institucional, ganando así la gratitud de personajes como Juan González Asúnsolo, quien comunica en una carta del 3 de junio de 1896 que “nuestro insigne y nunca bien ponderado jefe, el Señor Presidente General Don Porfirio Díaz”, lo ha honrado con el nombramiento de “Representante del Gobierno en las Juntas Directivas de los Ferrocarriles Interoceánico y Mexicano.”⁵¹

Los funcionarios beneficiados por la prodigalidad del régimen se convirtieron en sus más eficientes defensores. Detentaron furiosamente valores conservadores. De sus bocas brotó la fábula que describía al General Díaz como un elemento insustituible en el orden establecido, como el pilar del edificio social, la cual certificó su efectividad política en 1888, cuando Díaz se presentó como único contendiente a la presidencia. Apunta Cosío Villegas que “la reelección

⁴⁸ Luis González y González, *op. cit.*, p. 65.

⁴⁹ José C. Valadés, *op. cit.*, p. 12.

⁵⁰ Francisco Bulnes, *El verdadero Díaz y la Revolución*, México, Editora Nacional, 1967, p. 39.

⁵¹ *APEOF*, C7, E8, D38.

no sólo significa un retroceso político, sino que fatalmente acaba por cerrar el acceso a la vida pública de elementos nuevos, es decir, mata toda posibilidad de renovación.”⁵² El progresismo científico concibió su tiempo cíclico cuando las clases dirigentes propagaron el valor moral de la conservación, refrendado desde la cumbre por el dictador y actualizado habitualmente por la colectividad de funcionarios públicos. Durante la década de los ochenta, mientras Díaz aseguraba su permanencia en la silla presidencial y los científicos efectuaban exitosas operaciones económicas, los valores del conservadurismo alcanzaron su máxima apreciación.

En el clímax de la expresión administrativa que englobaba el porfirismo, se definió la clase política que durante los años siguientes determinó y delegó los usos del poder. Entonces, las redes del aparato administrativo involucraron “a quienes empezaban a brillar o en las letras, o en la política, o en el ejército o en cualquier otro arte de la vida” y los sumergió “en las aguas del covachuelismo.”⁵³ Desde que el aparato de gobierno hizo acopio de la competitividad laboral de los doctos el desempeño intelectual de cualquier índole ocurrió dentro de un ámbito oficinesco.

e) Los letrados y la burocracia.

Aún absortos en la procuración de oficios administrativos, los ilustrados encontraron la oportunidad de atender intereses literarios relacionados con la difusión, la crítica o la invención, si bien otros no corrieron con la misma suerte o tuvieron que sortear los inconvenientes de la cotidianidad, como el intelectual jalisciense Alfonso Lancaster Jones, que, cuando ofreció procurar a Olavarría y Ferrari algunos subscriptores a la *Reseña histórica del teatro en México*, lamentó no poder prometerle grandes resultados “porque las personas con quienes estoy en habitual contacto están, por razón de la índole de sus negocios, fuera del movimiento literario. Al reunirse formalmente la Cámara de Senadores, recomendaré a varios de ellos la adquisición de dicha obra.”⁵⁴ Fue en los años de la última década del siglo cuando Enrique de Olavarría finalmente conoció la bonanza que le auguraba José María Vigil en el 75. Recibió uno de los más altos honores que la clase política mexicana podía otorgar al asumir en 1896 la diputación del Distrito de Jolula. Luego ocupó otras, además de fungir como Senador en 1910. Ejerció la docencia en instituciones educativas como el Colegio de la Paz, también conocido

⁵² Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México. El Porfiriato. La vida política interior, segunda parte*, p. 320.

⁵³ José C. Valadés, *op. cit.*, p. 24.

⁵⁴ APEOF, C7, E7, D6, carta del 19 de enero de 1895.

como Colegio de las Vizcaínas, y la Escuela Normal. A la par del desempeño de sus funciones públicas, también empuñó la pluma para hacer literatura, consumando obras que merecieron el respeto y la admiración de los regentes del buen gusto: a causa de la muerte de Juan de Dios Arias se hizo cargo de la redacción del cuarto tomo de *México a través de los siglos*; escribió obras dramáticas y varios tomos de *Episodios históricos mexicanos*, al estilo de Benito Pérez Galdós; en las entregas de su *Reseña histórica del teatro en México* mientras describía sencilla y puntualmente los incidentes de la vida pública mexicana en el Porfiriato, cuya suma no eludía la confusión entre política y espectáculo ocurrida durante la época, realizó una historia paralela de México, vista desde la perspectiva de los espectáculos.

Muchos otros, como los poetas J. R. del Castillo, Gonzalo Larrañaga y Manuel José Othón, intentaron armonizar los trabajos burocráticos con el cultivo de las artes, no obstante el padecimiento constante de penurias. J. R. del Castillo perteneció al Club de las Serpientes, donde mantuvo un trato continuo con “sostenedores de la vida dramática”, como Peón Contreras, el licenciado Chavero, el doctor Pesado, José Sebastián Segura (también llamado Kalibán), Juan Mateos, Pancho Llamas, Fernando Batres, García Cubas e Ignacio Pimentel. En una carta escrita en Baja California el 16 de mayo de 1893, se presenta ante Enrique de Olavarría como un “sincero amigo, que ni ha valido algo en la literatura ni valdrá jamás en cosa alguna”, como un “amateur” que, “falto de talentos para lanzarme en el escabroso sendero de las obras originales”, prefirió limitar sus deseos a la difusión de obras teatrales, cuando su trabajo como Agente del Ministerio Público se lo permitía; explica a Olavarría que “al comenzar mi carrera de abogado dejé periodismo y bastidores por la judicatura de aldea en esta salvaje, rica y preciosa California; póngome pues a sus órdenes noticiándole mi completa instalación, pues hasta contrahe matrimonio.”⁵⁵

En una carta del 7 de agosto de 1895, Gonzalo Larrañaga expone, primero, un desaire laboral: “desde que el Señor Alfredo Bablot dirigía el Conservatorio, traté con él de que se volviera a establecer la clase de Declamación, diciéndole que yo me juzgaba capaz de dar esa clase, pues he hecho un estudio serio de ello, y que tenía libros y tratados en varios idiomas, que estoy cierto que buenos actores ni conocen. Vino después mi fino e inteligentísimo amigo el Señor José Rivas a hacerse cargo del Conservatorio y yo insistí en la idea del establecimiento de la clase. Hablamos multitud de veces de esto y, como era natural, él apoyaba la idea. Mis buenos y distinguidos amigos, el nunca bien lamentado Manuel Gutiérrez Nájera, el Doctor

⁵⁵ APEOF, C7, E5, D12.

José Peón Contreras, Juan de Dios Peza, Benito Juárez y otros, me apadrinaron calurosamente con el señor Licenciado Baranda, y tanto este Señor Ministro como el Señor General Díaz, en varias cartas que conservo cuidadoso, me ofrecieron ocuparse de esto y atender a su tiempo mi petición. En esto, escribí, rogué y puse influencias por más de un año, hasta que conseguí que Juan Peza y Peón Contreras obtuvieran por fin que el señor Baranda dijera que no había ningún inconveniente que vencer, que pusiera mi solicitud; así lo hice en enero de 1893 y la remití a la Secretaría de Justicia, adonde ésta, según me han dicho, fue acordada favorablemente. Se estableció la clase con gran tiempo mío y... la desempeña la Señora Agüeros. Esto que le refiero a Usted es para que Usted sepa que soy yo quien ha trabajado ardiente y enérgicamente por mucho más de un año en que tengamos de nuevo la importante clase de Declamación.” Después, describe sus trabajos como autor de la ópera cómica *Keofar*, estrenada en el Teatro Principal en julio de 1893, y los infortunios de una obra y un músico. Escribió el libreto, basado en el nihilismo ruso, con la intención de que “pudiera ser juzgado en el extranjero.” Intentó comisionar a Lauro Beristain, a Francisco Contreras, a Melesio Morales, a Ricardo Castro, a Gustavo Campa, para que le pusieran música, pero no tuvo éxito; luego, “ya aburrido y decepcionado, cansado y triste a la vez, tuve la gran felicidad de conocer al inspiradísimo, al sin igual, al nunca bien llamado Felipe Villanueva, al Chopin mexicano, quien, después de leer el libro, en veinte minutos escribió el primer número de la obra. Como todo hombre de genio, como todo artista, tenía, ay, el grandísimo defecto de la informalidad y pereza. Dos años se estuvo en hacer diez y seis números de que consta el *Keofar*. ¡Dos años para hacer lo que hubiera podido componer en cinco días, dada su inspiración y talento!”; desgraciadamente, el 18 de mayo de 1893 murió Villanueva, “sin concluir de instrumentar el concertante final y marcha fúnebre, viéndome yo obligado para poderla poner en escena a ver al renombrado y también insigne instrumentista y compositor Juan Hernández Acevedo, quien, en memoria de su querido amigo y compañero, instrumentó ese número en el corto plazo de dos días. Después de prolijos ensayos dirigidos por mí y el maestro Arcasaz, se puso en escena como dije a Usted en junio de 93, alcanzando cinco representaciones seguidas, pagando la empresa Arcasaz cincuenta pesos por representación. Para darse en lo sucesivo, la empresa reducía el precio de derechos, pero la familia de Villanueva no aceptó. Entre paréntesis diré a Usted que la mitad de derechos que por ley me corresponden los cedí a esa familia, que pretendía hacerle al malogrado maestro un modesto monumento en el Panteón Español, a donde está sepultado. Cedí mis derechos y el monumento no se ha hecho. Lamento mucho no

el dinero, sino la indiferencia al insigne compositor que sólo tiene en su sepulcro una mala cruz de palo con unas borradas letras que el Administrador del Panteón caritativamente le ha puesto... »⁵⁶

En una carta del 5 de junio de 1893, Manuel Muro informa a Enrique de Olavarría que Manuel José Othón se encuentra en Santa María del Río, San Luis Potosí, “sirviendo el Juzgado de Primera Instancia.”⁵⁷ Othón despreciaba ese puesto burocrático, según expresa en una carta del 9 de abril del 94, donde lamenta que “las ocupaciones fastidiosas de este juzgado, que a lo peor y cuando son más inoportunas se presentan”⁵⁸, obstaculicen sus relaciones epistolares. A pesar de los inconvenientes, desde allá el poeta pudo sostener una relación eficiente con figuras distinguidas de los círculos literarios metropolitanos como Enrique de Olavarría y Ferrari, con quien sostuvo una comunicación epistolar motivada por la aparición de la segunda época de la revista *El Renacimiento*.

En 1894, en contubernio con el editor Francisco Díaz de León, Olavarría acometió los trabajos de una segunda emancipación seguida de una segunda restauración literaria, como la pretendida por Ignacio Manuel Altamirano en 1869, contraponiéndose a la pujante tendencia cosmopolita representada por la modernista *Revista Azul*, con la publicación de la segunda época de *El Renacimiento*, cuyos criterios editoriales, que otorgaban a los colaboradores libertad absoluta en los campos del arte y la ciencia, excluyendo los de la política, concordaban con las pautas que regían el panorama cultural conservador. La tentativa estimuló manifestaciones de felicitación y lisonja de muchos de sus contemporáneos y la indiferencia de otros tantos. Aquéllos disociaron la extrema cortesía del apoyo económico y, transcurridos seis meses, no impidieron el fracaso de la empresa, motivando a un Olavarría evidentemente desilusionado a aseverar:

El que escribe rara vez encuentra recompensa material a sus trabajos, y gracias si consigue hacer bastante notable su nombre para alcanzar en una oficina pública un escaso sueldo que le permita sustentarse, formando expedientes o redactando y copiando minutas. No hay vida literaria.⁵⁹

f) Ocaso de la burocracia porfirista.

⁵⁶ APEOF, C7, E7, D34.

⁵⁷ APEOF, C7, E5, D15.

⁵⁸ APEOF, C7, E5, D68.

⁵⁹ Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México*, X, 2, México, Porrúa, 1961, p. 1617.

Los últimos momentos del siglo trajeron el desencanto y la amargura a Olavarría y Ferrari y a sus contemporáneos. La nostalgia los hermanaba y el llanto los subyugaba. La reclusión se avino a su malestar emotivo. En una carta del 22 de mayo del 93 Juan de Dios Peza da cuenta a Olavarría de recurrentes y amargas evocaciones de “personas que ya han muerto, entusiasmos que se han extinguido, glorias que se han evaporado y juventud, esperanza y fe, golondrinas de mi alma, que no volverán nunca.”⁶⁰ Rafael de Zayas se ve obligado a hacer la siguiente aclaración: “los muertos no necesitan ni se toman el trabajo de reaparecer ante los vivos por más que nos cuentan los espiritistas y, como estoy seguro de que opinas como yo, espero que al haber recibido mi letra no hayas tenido el temor de que te amenazaba con una comunicación de ultratumba y no hayas recurrido a ningún padre Maltrana para el exorcismo correspondiente. No, amigo mío, aunque te parezca inverosímil, no he muerto.”⁶¹ El transcurso de los años agudizó la aflicción. En 1896 Olavarría acusa “una innegable decadencia del gusto, de las aficiones y del elemento artístico.”⁶² La vida pública se le representaba como una tediosa sucesión de fracasos, de tentativas estériles empeñadas en prorrogar la extinción de los logros alcanzados por el Porfiriato, los cuales tan pronto fueron arrojados devinieron fruto agrio, fermento de un modelo de civilización cuyos lazos comienzan a descomponerse. Así lo advertían los literatos como Olavarría, que en aquel momento acariciaba la idea de renunciar a los trabajos de la *Reseña histórica del teatro en México*, ya que “por cansado y por viejo no se estima capaz para continuarla.”⁶³ Ésta es la perspectiva que descubre la coherencia de su vida pública, pues la fatiga concuerda con la vitalidad que comenzaba a abandonar al régimen. Ante la nula planificación a largo plazo de las directrices políticas, la suerte de la nación estaba echada. El nuevo siglo trajo el infortunio a las instituciones, que luego de ser malestar germinaría como impulso revolucionario. A pesar de todos los indicios nefastos, la clase política guardó silencio, sin pronunciar una sola opinión contundente e inequívoca al respecto. El mismo Porfirio Díaz respondía a las especulaciones en torno a la sucesión presidencial con ambigüedad sibilina.

Ninguna leyenda de abundancia perpetua pudo ocultar los primeros síntomas de la decadencia. Ante la mirada atenta de la opinión pública, el rostro público del Porfiriato comenzó a envejecer. Los altos funcionarios, cuyo pragmatismo les mereció el nombre de Científicos, quienes compusieron el semblante del régimen que conocería la posteridad,

⁶⁰ APEOF, C7, E5, D14.

⁶¹ APEOF, C9, E8, D1, carta del 2 de julio de 1900.

⁶² Enrique de Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, X, 12, p. 1752.

⁶³ *Ibid.*, X, 12, p. 1754.

recibieron la animadversión de los ciudadanos y el apodo de “científicos”, ya que, según aclara González y González, “a ellos les tocó representar la decadencia del estilo de vida romántico y liberal. Ellos fueron la tesis del antiguo régimen.”⁶⁴ El fastidio, que sembró las semillas de la rebelión entre los jóvenes, manchó con melancolía la conciencia de los viejos. Las relaciones institucionales, que durante el apogeo del Porfiriato significaron la providencia, se enmarañaron como una red abominable. Todavía algunos fueron capaces de encontrar alguna dicha fuera de ella, como Zayas Enríquez, quien en una carta a Enrique de Olavarría del 12 de enero de 1900 afirma que “lo que no he realizado en lo exterior lo he logrado en mi hogar: he constituido una familia de la que me siento orgulloso y que me proporciona el mayor bien concebible: la felicidad hasta donde el hombre tiene derecho de apetecerla.” Luego, refuta las interrogantes que se le presentan: “¿Que tengo necesidad de luchar para vivir? ¿Y qué? Eso entra por mucho en mi felicidad, primero, porque nací luchador; segundo, porque puedo saborear los placeres de mis triunfos, pequeños, humildes, pero que no están empapados en sangre ni a nadie cuestan lágrimas, porque el único vencido es un ser abstracto que se llama las circunstancias. Mi plan es mío, elaborado por mí, y no arrebatado ni cercenado a otro. Siendo yo rico en dinero, no tendría anhelo de ganarlo en cuanto me baste para lo necesario y entonces me faltaría un elemento para ser feliz. ¿Que mi filosofía es estrecha? ¡Ah! Quien tal piense no conoce mi mundo, el más propio y exclusivo, en el que me refugio cuando puedo substraerme del otro, de aquél en que viven los demás, con sus pasiones violentas, sus insomnios, sus remordimientos, sus neurosis, sus dudas, sus perfidias, sus asechanzas activas y pasivas, temerosos de los hombres y de Dios, descontando una vida futura y envenenando la vida presente, con miedo de vivir con espanto de morir y todo eso que constituye un infierno no soñado por ningún Dante ni descrito por ningún filósofo. ‘Vive y deja vivir’, es mi fórmula sociológica. ‘Mientras respiro lucho y espero’, es mi fórmula personal. Ahí tienes el substratum de toda mi filosofía, altruista y egoísta a la vez.”⁶⁵

El recorrido de la disolución pronto cimbró las vidas de los porfiristas encumbrados. Hizo sentir sus efectos en las redes de la administración gobernante. A la sombra de la fábula de la reelección perpetua del dirigente necesario fue creciendo la especulación en torno a la eventual sucesión presidencial. En los círculos internos del poder se propagó rápidamente la discordia. Uno de los involucrados fue Joaquín Baranda, el Ministro de Justicia e Instrucción

⁶⁴ Luis González y González, *op. cit.*, p. 49.

⁶⁵ APEOF, C9, E2, D10.

Pública. Baranda perteneció a una dinastía familiar que durante el siglo influyó profundamente en el tráfico de los intereses políticos y económicos en la región de Campeche, que llegó a gobernar constitucionalmente, si bien lo hizo efectivamente durante mucho tiempo más. Cuando ocupó la secretaría de Estado a principios del Porfiriato supo sortear las intrigas políticas tendidas por sus contrincantes y resolver a favor de Díaz su temprana adicción a Manuel González. Permaneció a la cabeza del Ministerio a lo largo de dos décadas. Durante ese tiempo presenció el ascenso de los Científicos y al acercarse el fin de siglo comenzó a resentir la expansión de su área de influencia. A las constantes opiniones que señalaban al Ministro de Hacienda José Yves Limantour como sucesor del General Díaz contrapuso la leyenda negra de los Científicos, que hizo correr sirviéndose de las publicaciones periódicas. De cualquier manera, no pudo salir bien librado de aquella pugna. En febrero de 1901 presentó su renuncia al Ministerio y abandonó la escena pública. Meses después, el 17 de agosto, manifiesta a Olavarría que “de buena gana diferiría indefinidamente mi regreso a esa Capital y hasta cambiaría de residencia, estableciéndome con mi familia en tierra extranjera, pues ni mis recursos ni mis deberes paternos me lo permiten, y no me queda más remedio que volver, resignado a apurar el amargo cáliz de las flaquezas humanas. Nada más de nuevo en lo que pasa; es la consecuencia forzosa de un hecho primordial inexplicable pero consumado: mi separación del Ministerio.”⁶⁶

Tal y como lo anunció, Baranda dejó el país rumbo a los Estados Unidos. Conoció las cataratas del Niágara, visitó Buffalo, Chicago y, finalmente, Nueva York. Allí, el 12 de junio de 1904, “en un hotel, en medio del bullicio”, empuña la pluma y escribe a Enrique de Olavarría una carta que rememora con amargura las maquinaciones de “personas empeñadas maliciosamente en hacerme pasar como intrigante de baja estofa”, cuyos “trabajos se hacen sentir en las altas esferas”, pero añade que “mi conciencia está tranquila porque mis únicas intrigas, si así pueden llamarse, en los diez y seis años y meses que duré al lado del Señor Presidente, consisten en haberle hablado con franqueza, según mi leal saber y entender, siempre que se presentaba la ocasión y él me requería para ello. No me arrepiento de haber obrado así pues tengo la convicción que no de otra manera debía obrar un consejero fiel y un amigo sincero.”⁶⁷ En una carta escrita el 13 de mayo de 1905 en Nueva York, “en el despacho del hotel lleno de gente bulliciosa”, prolonga su lamentación y reitera que “ni soy una

⁶⁶ APEOF, C9, E20, D5.

⁶⁷ APEOF, C9, E54, D4.

personalidad política ni abrigo insensatas aspiraciones. Simplemente fui un colaborador del Señor General Díaz y, más que colaborador, amigo agradecido y leal. Y sigo y seguiré siéndolo mientras viva, pues por nadie ni por nada olvidaré que por diez y seis años y meses estuve recibiendo distinciones”; le confía que abriga la esperanza de que “el tiempo calmará las pasiones y se me hará justicia, que es lo único que pretendo.”⁶⁸ Sin embargo, el tiempo no prodigó las reivindicaciones esperadas. A la caída de Joaquín Baranda siguió la de otros privilegiados del régimen pero no se trataba de caídas estrepitosas, titánicas, dignas de un exabrupto romántico, sino de eventos circunspectos que tácitamente daban cuenta del desmoronamiento de la clase política, cuyos funcionarios paulatinamente se confundieron con su propia sombra, tiñendo de penumbras el horizonte de la nación.

La vida privada abrió las puertas de una lúgubre recámara donde los goces del pasado y las esperanzas devinieron riguroso suplicio de la vida retirada. En una misiva del 12 de mayo del 99, Rafael de Zayas pide a Enrique de Olavarría: “no dejes de escribirme. Eso te servirá para desbordar el exceso de tu amargura, será una válvula de seguridad para tu alma, en la que ya hay excesiva expansión de dolor, como diría un mecánico.”⁶⁹ Pese a las súplicas de su amigo, permanece absorto en las mismas aflicciones. El 12 de junio de 1904, Joaquín Baranda, preocupado por las expresiones de su tormento, “que reviste todas las formas de un doloroso y prolongado suicidio”, decide “increparlo por escrito, como lo hacía de palabra, contra esa actitud que por justificada que sea no está dentro de los límites de la razón ni es compatible con la felicidad y convivencia del hogar. Perdone Usted que en nombre del sincero cariño que profeso a Usted, a Matilde y a la Nena, le hable en tales términos. Usted no se pertenece ni puede sacrificar su salud y su vida, que son la salud y la vida de personas entrañablemente queridas por Usted, en las que debe concentrar todos sus afectos, buscando en ellas, mejor dicho encontrando, el consuelo de sus penas, la cicatrización de sus heridas, de esas heridas que sangran bajo la presión constante, consentidas y hasta anheladas del recuerdo. Con que ánimo, mi querido Don Enrique, y sométase no al olvido, que esto sería imposible, pero sí a la resignación que siempre traen consigo las causas que no tienen remedio.”⁷⁰

El torrente impasible de la memoria narcotizó las conciencias de los viejos porfiristas. Los condujo hacia un crepúsculo compuesto por recuerdos heroicos que en su distancia se mostraban más reales que la realidad imprecisa de los albores del siglo XX. Mientras

⁶⁸ APEOF, C9, E64, D2.

⁶⁹ APEOF, C8, E18, D2.

⁷⁰ APEOF, C9, E54, D4.

procuraban efectuar las funciones que les delegaba el orden institucional, celebraban los rituales cotidianos. Todavía empuñaban la pluma para relatar la crónica de las veladas de la alta sociedad o para componer versos de ocasión, a pesar de que el cansancio y la enfermedad consumían su energía y prescribían el sentido de sus últimos días. Las cartas que Juan de Dios Peza dirigió a Enrique de Olavarría y Ferrari en ese tiempo preservan el recuento de aquellas jornadas crepusculares. Los primeros malestares de Peza se hacen sentir en 1906, cuando escribe en una carta del 9 de marzo que está “ronco, acatarradísimo, muy aporreado por la gripa.”⁷¹ Meses después, una carta del 22 de febrero de 1907 da cuenta de los atributos que el padecimiento ha arrebatado al literato: “ahora estoy sin dientes, no puedo hablar, muy enfermo de la garganta, con muchos cuidados íntimos y sin aliento para escribir.”⁷² Sin embargo, debe consentir a los requerimientos de quienes lo impelen a escenificar de nueva cuenta los trabajos de su persona pública. El 27 de marzo de 1908 lamenta haber sido obligado a asistir a una fiesta donde “nadie me entendió ni me oyó porque aún no tengo mis dientes.”⁷³ Ante la presentida proximidad de la muerte, en una misiva del 12 de febrero de 1909 Peza le confiesa a Olavarría: “cada día me siento peor y cada día vivo más retraído, más desencantado, más lleno de penas y sintiéndome más decrepito que Matusalén”⁷⁴; unos días después, el 20 de febrero, añade que ya no tiene “dientes, ni voz, ni fuerza, ni inspiración, ni seguridad de movimiento”, que sigue “remalo y, como Usted, sin fe en ningún médico ni en ninguna medicina.”⁷⁵ A mediados de ese año refiere los trabajos de un último esfuerzo literario, en una carta del 27 de agosto, donde dice estar “muy enfermo, sumamente enfermo, pero he trabajado literariamente y allá voy a leerle algo nuevo antes de pocos días. No se abata. Levante su ánimo.”⁷⁶ Con respecto al encuentro proyectado, la colección epistolar de Olavarría no guarda registro alguno. En aquellos días Peza dejaba ver un semblante desencajado, “hondas ojeras y una torpeza de movimientos que nada bueno prometían.”⁷⁷ En una de sus últimas cartas a Olavarría, fechada el 7 de febrero de 1910, cuando ya se encontraba condenado por el silencio y hechizado por la salmodia de la memoria, comunica que ha resultado despedirse de la vida pública: “pasé días muy felices entre amigos como el General Ramón Corona, Pancho Corchera, Esther Tapia de

⁷¹ APEOF, C10, E6, D4.

⁷² APEOF, C10, E17, E4.

⁷³ APEOF, C10, E29, D7.

⁷⁴ APEOF, C18, E4, D2.

⁷⁵ APEOF, C18, E4, D3.

⁷⁶ APEOF, C18, E10, D2.

⁷⁷ Federico Gamboa, *Mi diario V (1909-1911)*, México, CNCA, 1995, p. 99.

Castellanos, el Doctor Arias y otros que la muerte arrancó del mundo pero no de mi corazón, donde les consagro culto íntimo. No se me olvidan la plaza, los preciosos patios de las casas, aquellos ladrillos barnizados, siempre brillantes y limpios, los paseos a San Pedro y a Juanacatlán, las colonias grandes y chicas y, en una palabra, el trato cordial y franco de aquellas buenas gentes, con quienes en pocos días se encariña uno tanto con ellas, que duele mucho dejarlas y siempre se sueña con volver a verlas. Le daré una triste noticia: no podré hablar este año en las Vizcaínas porque no tengo voz, ni dientes, ni inspiración ni fuerzas. Lo siento en el alma pero no vuelvo a presentarme en público. Ya me corté la coleta y le di un adiós eterno a la tribuna. *Estoy incapacitado de hablar.*⁷⁸ Juan de Dios Peza murió el 16 de marzo de 1910. En los funerales, Federico Gamboa advirtió que el cadáver conservaba “su mismo semblante dulce, su mismo aspecto de *vieux beau* estropeado por la enfermedad.”⁷⁹ Para entonces, el eco de los aplausos ofrendados al “ídolo de la calle y de los salones”⁸⁰ de los años dorados del Porfiriato ya se había extinguido, mientras se imponía en su lugar la representación de una “tosca caricatura del romanticismo francés”, como escribió Brummel.⁸¹

Cobijados por la media luz de una habitación recóndita, iluminación sepia armonizada con las fotografías de conocidos que acaso ya han muerto, los últimos porfiristas rememoraban los trabajos de la primera modernidad mexicana. Prestaban atención al susurro que emanaba de los objetos, trofeos de tiempos lejanos, que adornaban la habitación, reconocimientos de sociedades literarias o científicas, un álbum de autógrafos, libros dedicados, recortes de periódico, retratos. También arrojaban diatribas contra la presunta irracionalidad de los tiempos que siguen al Porfiriato, aunque lo hacían en la intimidad pues públicamente algunos aún intentaron llevar a cabo alguna función en el inconstante aparato que procuraban instituir los intereses que despuntaron tras la caída del régimen dictatorial. En espera de la muerte, a la que se aludía insistentemente en las misivas íntimas, habitaban un menudo instante que buscaba eternizarse en las fisuras que la conciencia marchita imprimió en la materia del devenir cotidiano de la historia. Distantes de los eventos de la vida pública, enfocaban su atención en los sucesos de otro tiempo que evocaba la memoria nostálgica. La racionalidad de la conciencia, igualada a la del régimen, desconocía la posibilidad de una historia más allá del

⁷⁸ APEOF, C18, E16, D7 (en cursivas en el original).

⁷⁹ Federico Gamboa, *op. cit.*, p. 99.

⁸⁰ José Juan Tablada, *La feria de la vida*, México, CNCA, 1991, p. 128.

⁸¹ Manuel Puga y Acal, *Los poetas mexicanos contemporáneos*, México, UNAM, 1999, p. 70

Porfiriato. Desde esa morada, extraña tanto al pasado como al presente, hilaban y deshilaban ociosamente las variaciones de instantes efímeros, tan inapreciables como inaprensibles.

Justo Sierra anotó respecto a la psicología de Porfirio Díaz que “en el proceso de sus voliciones, como se dice en la escuela, de sus determinaciones, hay una perceptible inversión lógica: la resolución es rápida, la deliberación sucede a este primer acto de voluntad, y esta deliberación interior es lenta y laboriosa, y suele atenuar, modificar, nulificar a veces la resolución primera.”⁸² Como si la época asimilara las particularidades del personaje que la protagonizó, las disputas militares y políticas en torno a la apropiación efectiva y legal del poder concordaron con el momento de las audaces resoluciones del caudillo mientras que el apogeo y la decadencia del régimen reprodujeron los tiempos parsimoniosos de su deliberación. En aquel momento, los actores de la escena pública prefirieron atenuar la significación de las proclamas originales e interiorizaron laboriosamente las directrices institucionales. Aletargados por los placeres de una urbanidad meticulosa, los porfiristas menoscabaron sus fuerzas y propiciaron su propia ruina. Los ancianos del régimen prefirieron entregarse a las invenciones del recuerdo y perfeccionar las sutilezas de suplicios íntimos. En sus últimos días, los hombres que abrigaron esperanzas de gloria nacional durante la juventud, que durante la madurez gestionaron y degustaron las dádivas que prodigaban las instituciones gubernamentales, fueron engullidos por la amargura. A partir de entonces no conocieron gracia alguna, ni más enemigo que el abandono. Alejados de la vida pública dedicaron su tiempo a balbucear proezas pasadas y a abrigar pensamientos retorcidos.

Los actores del Porfiriato se habituaron desde la juventud a espectáculos románticos, tan monumentales como desastrosos. La aguerrida casta liberal nunca cejó en arrojar a la nación al caos con tal de materializar los ideales anhelados. Los porfiristas conocieron una historia patria compuesta por violentos conflictos internacionales e intestinos, por tentativas ambiciosas y fatídicas, protagonizada por titanes. No supieron reconocer la herencia de su tiempo, cuando finalmente el ciudadano pudo tomar parte del transcurso nacional. Participaron de un Estado inmaterial, cuya realidad administrativa, siempre elegante y discretísima, se encontraba virtualmente en todos lados, no en el monumento sino en la técnica, no en la gesta sino en el gesto, en las minucias lujosas, cuyo resplandor asomaba en el guiño aristocrático de la mesocracia. A lo largo del siglo, las controversias acerca de los derechos y las obligaciones del hombre, las intensas jornadas de trabajo intelectual que requería

⁸² Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*, México, CNCA, 1993, pp. 396-397.

la redacción de un artículo constitucional, contrastaban con el páramo extenso de la existencia nacional. Hasta antes de que el Porfiriato rindiera frutos, los conceptos de vida pública y opinión pública solían aplicarse a los contados círculos de convivencia de la clase letrada, y más allá permanecían las masas bajo el asedio de las guerras, civiles o internacionales. La transición de una sociedad homogénea en su pobreza a una sociedad complicada por los conflictos inherentes al sistema de clases atravesó por los senderos de las vidas cotidianas de los ciudadanos, cuyos hábitos proporcionaban el complemento de la literatura jurídica, la misma ciudadanía que, tras haber alimentado la noción de la presencia necesaria del dictador, la despreció en pos de nuevos medios para satisfacer sus intereses.

Los ideólogos que asociaban la realidad del régimen con la permanencia de Porfirio Díaz en el poder ni siquiera se aventuraban a concebir seriamente, con base en fundamentos políticos y legales, la posibilidad de la sucesión presidencial. Sin embargo, cuando ocurrió la desaparición del caudillo, la violencia que sobrevino no significó la erradicación del modelo de civilización que México había alcanzado en ese momento, sino que a partir de entonces quedó al descubierto el soplo trascendental que dispuso los elementos de la época. La dispersión de la antigua clase política verificó la eficaz hechura de un entramado social que ya no dependía de la presencia caprichosa de algún individuo carismático. Sólo en la incertidumbre política y sufriendo el acoso de la barbarie, se descubrió que en vez de dependencias con respecto a astros contingentes había prevalecido la conciencia omnipresente y anónima del orden social, se hizo palpable el estado de modernización que la nación había alcanzado. Al contrario de los periodos históricos anteriores, los años del porfirismo no legaron héroes al panteón nacional ni gestas al calendario. La celebración de la libertad y el patriotismo beligerantes incumbió a los mártires del liberalismo. Los mismos historiadores porfiristas se ocuparon de fijar las efemérides de la nación. Respetaron la literatura jurídica que sus antecesores liberales les habían legado y se dedicaron a interpretarla en términos prácticos, dentro de los márgenes de lo posible. La dictadura, la excepción que confirmaba la regla, nunca gozó de una definición categórica, sino que se interpretó como una figura política contingente. La administración anuló el dominio de los astros confrontados del liberalismo y el conservadurismo. De esta manera, mientras desde la concordia institucional reinterpretaba y ponía en práctica la preceptiva de su siglo, sentaba las bases para los procesos históricos del siglo siguiente. En vez de trabajar los materiales románticos de la conflagración, el espíritu de la época esculpió la dura piedra de la vida cotidiana, encauzando las caminatas habituales de la conciencia por las

avenidas urbanizadas de una sociedad moderna. El Porfiriato contrapuso a la fantasmagoría desgarrada del imaginario romántico los fundamentos del ejercicio eficaz del poder político, a la alquimia idealista del poeta la acción positiva del funcionario, al arrobo lírico los procedimientos de la tecnología. Eludió el mal gusto de las ruinas y prefirió disimular su legado en obras de lenta y meticulosa elaboración, ajenas al encanto de cualquier musa distinta a la de la vida cotidiana, como el estilo literario de la correspondencia oficial, como la presunta objetividad del moderno periodismo, como el fraccionamiento de las labores administrativas, como la disposición de las avenidas y los jardines públicos. De esta manera, como apuntó Emilio Rabasa, “la renovación se extendía por toda la República.”⁸³

⁸³ “Soberbios edificios públicos, ostentación del arte arquitectónico más elegante, se erigieron; la casa de Correos, el palacio de la Secretaría de Comunicaciones, en Palacio Municipal, lucirían en las mejores capitales europeas; el Teatro Nacional (aún no concluido) podría parearse con los más bellos de Europa; el Palacio del Poder Legislativo es tan bello como adecuado, y el gran edificio que para substituirlo comenzó a construirse iba a ser el monumento más grandioso de la ciudad. El Hospital General y la Penitenciaría no tienen rivales en el continente, por su acomodación y condiciones especiales; el Manicomio, las escuelas normales para varones y para mujeres, el Hospicio de niños, son modelos en su género, y construcciones de gran costo. Los edificios para escuelas públicas se construyeron en rumbos diversos de la ciudad, con todas las exigencias de la enseñanza moderna. El Instituto Geológico y el Instituto Médico eran a la vez hermosos edificios e instituciones de gran valor científico. El Gobierno hizo en los Estados gran número de construcciones para los servicios federales, entre otros la Aduana y la Dirección de Faros en Veracruz; y los gobiernos locales, animados por el ejemplo, entraron en la porfía de mejoras materiales de todo género, construyendo palacios para los poderes públicos, edificios para escuelas primarias y profesionales, parques y calzadas, haciendo la pavimentación de las capitales, su provisión de agua y drenaje.” *La evolución histórica de México*, México, UNAM-Miguel Ángel Porrúa, 1986, pp. 176-177.

2. Ilustración y destino de las mujeres a finales del siglo XIX.

a) *Antecedentes de la representación ideológica de la mujer del Porfiriato.*

Las directrices de la modernidad que en el siglo XIX procuraron ceñir los márgenes de la cultura occidental modelaron expresiones inéditas del Estado y de la familia, delineando las relaciones de dominio que hermanaban al plano de la vida pública con el de la vida privada. En ese momento las luces de la ilustración se disgregaron por entre los amplios pasajes de aquélla y los estrechos senderos de ésta. Bajo sus efectos, adoptó un nuevo rostro la cotidianidad, cuyos modernos materiales compusieron ese semblante. Las anécdotas familiares, insinuadas en un pañuelo bordado, en retratos preciosamente enmarcados o en los versos de un álbum, relataron su biografía. Mientras los filósofos pretendían rasgar los velos de la mistificación que ensombrecían las habitaciones del saber, las costumbres políticas y económicas mudaron sus formas tradicionales por otras modernas, acordes con el período liberal del proceso capitalista durante el cual se pretendían divulgar las prácticas de la democracia y la industria. Si bien las obras de los modernos se edificaron sobre los basamentos de la sustancia exterior e interior de las prácticas culturales, las fábulas que conformaban el imaginario de la época, bajo cuyo juicio la intimidad ostentaba los rasgos arquetípicos de las creaciones del proyecto de renovación de la cultura, otorgaron a ésta la supremacía por encima de la publicidad. Según Michelle Perrot, “el siglo XIX esbozaría así una edad de oro de lo privado, en la que se precisan las palabras y las cosas y se afinan las nociones.”⁸⁴

⁸⁴ Michelle Perrot, “Introducción” a *la Historia de la vida privada 4. De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Taurus, 2001, p. 13.

Los pigmentos de las flores de la mitología íntima que brotaron del árbol de la modernidad exhibieron y enfatizaron las inflexiones en la correspondencia entre lo público y lo privado, hasta anteponer a la reciprocidad inherente la supuesta contraposición entre una racionalidad de la plaza y una racionalidad de la alcoba. La mujer protagonizó dicho ciclo mitológico, cuya “moral doméstica” reivindicó “la fe contra la razón, la caridad contra el capitalismo y la reproducción como auto justificación.”⁸⁵ A través de las revoluciones sociales se abrió paso una tendencia conservadora: la mujer, resistiendo a las fuerzas de Escila y Caribdis del acontecer histórico, interpretaba el rol de la sacerdotisa de las costumbres al mismo tiempo que el padre y el hijo contendían por la jurisdicción de la familia y que la sociedad se debatía entre la oligarquía y la democracia.

Cuando José Ortega y Gasset intentó determinar el género de los distintos estados de la modernidad, distinguió una era dominada por el sino de lo femenino, cuya sexualidad despuntó durante el siglo XVIII, floreció en las últimas décadas del siglo XIX y feneció en las primeras del XX, a causa de la emergencia de la “juventud masculina”, cuando el muchacho se coronó como “el amo del mundo.”⁸⁶ La edad de oro de lo femenino dio sus primeros pasos durante el siglo de las luces; la literatura, la filosofía y la ciencia de los ilustrados la sustentaron.

Los fisiólogos del siglo de las luces consideraban que la mujer existía bajo el imperio de influencias uterinas que la inhabilitaban para tomar parte en los conflictos históricos que trastornaban la escena pública con el objetivo de conducir al espíritu humano rumbo a la libertad. La mujer permanecía sujeta a la ley imperecedera de la naturaleza mientras el derecho moderno puntualiza las condiciones del orden social burgués que siguió a las revoluciones atribuyendo al ciudadano nuevas libertades y obligaciones. En 1803 el antropólogo moral Jaques-Louis Moreau acotó los resquicios selectivos que vedaban a la mujer el camino de la emancipación al afirmar “que el varón no es varón más que en ciertos momentos, pero que la hembra es hembra durante toda su vida.”⁸⁷

En los escritos de Jean-Jacques Rousseau la fisiología adquirió los atributos estéticos y filosóficos que la transfiguraron en literatura moral. Rousseau dedicó el *Emilio* al problema de

⁸⁵ Michelle Perrot, “Figuras y funciones”, en *Historia de la vida privada 4. De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*, p. 146.

⁸⁶ José Ortega y Gasset, “¿Masculino, o femenino?”, en *La rebelión de las masas*, Barcelona, Planeta-De Agostini, 1995, pp. 284-295.

⁸⁷ Jacques-Louis Moreau, *Histoire naturelle de la femme*, citado por Lynn Hunt, “La vida privada durante la Revolución Francesa”, en *Historia de la vida privada 4. De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*, p. 50.

la educación en la modernidad. Cuando su personaje, a punto de concluir su formación primera, precisó de una pareja para contraer nupcias, el autor concibió a Sofía. Ese acontecimiento simbolizó uno de los momentos capitales en el curso de la dilucidación de lo femenino en la filosofía moderna. Desde la perspectiva naturalista, la mujer edificó su moral en sus atributos orgánicos, de donde se desprendió asimismo su supremacía romántica, tal y como apuntó Rousseau:

Obsérvese cómo lo físico nos lleva de un modo insensible a lo moral, y cómo de la tosca unión de los dos sexos nacen paulatinamente las leyes del amor: el imperio no es de las mujeres por la voluntad de los hombres, sino porque la naturaleza así lo tiene ordenado, y antes de que pareciese que les pertenecía, ya era suyo.⁸⁸

Cuando los fisiólogos expulsaron a la mujer de la historia universal, ella, en vez de desmoronarse en los baldíos de la amoralidad, levantó un imperio sentimental que se apoderó de la jurisdicción de las emociones. A partir del siglo XVIII la mujer decidió las disposiciones del amor, el cosuelo y la gratitud, de la educación de los niños y el cuidado de los adultos. Mientras el hombre recorría la senda de la historia en busca de la emancipación, ella exploraba la vida doméstica en busca de la amenidad; los caminos divergentes se armonizaron y de la avenencia social entre las labores de los sexos resultó “una persona moral, cuyos ojos son la mujer y los brazos el hombre, pero con tal dependencia uno de otro que la mujer aprenda del hombre lo que ha de ver, y él, de ella, lo que ha de hacer.”⁸⁹ Rousseau pronosticó la escisión entre las racionalidades pública y privada cuando indicó las tendencias genéricas que le antecedieron, las cuales conducían al hombre hacia la razón especulativa, y a la mujer hacia la razón práctica y “los conocimientos agradables, cuyo objeto es el gusto.”⁹⁰

La mujer penetró la senda de la secularización que abrieron los modernos vistiendo el atuendo de la hechicera y de este modo pudo secularizar sus sentimientos sin profanarlos: bajo su encantamiento apareció una cultura de la naturaleza y una naturalización de la cultura. No participó de la razón de los filósofos sino del arte de la adivinación, cuya mirada le reveló los misterios del amor y la crianza, ya que, según advirtió Rousseau, “la mujer tiene más agudeza y el hombre más ingenio; la mujer observa y el hombre discurre, y de este concierto resultan la más clara luz y la ciencia más completa que pueda adquirir el entendimiento en cosas

⁸⁸ Jean-Jacques Rousseau, *Emilio o la educación*, V, Barcelona, Bruguera, 1983, pp. 503-504.

⁸⁹ *Ibid.*, pp. 525-526.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 538.

morales.⁹¹ La interiorización de lo femenino que se desarrolló como moral doméstica restringió los bordes de la determinación de la mujer y al mismo tiempo amplió sus facultades en las regiones del sentimiento, donde pudo exteriorizar su voluntad de dominio.

El siglo XVIII no sólo dotó a la modernidad de una razón, también le otorgó una mitología. Originalmente Rousseau brindó a su Sofía una religión natural asentada en la exploración de los sentidos; en seguida la mujer se entrelazó con la religión, atravesó el umbral de la divinidad y transformó a sus virtudes sentimentales en el ritual que se representaba en el santuario doméstico; la mujer se convirtió en “el altar”, según Jules Michelet⁹², quien además describió las circunstancias de la ascensión:

El alma de la mujer, mucho más móvil, mucho más fluida que el alma del hombre, nunca se corrompe tan profundamente. Cuando ha descado seriamente volver al bien, cuando ha vivido con esfuerzo, de sacrificios, de reflexión, se ha renovado realmente. Es un poco como el río, que algún día fue contaminado, pero después vinieron otras aguas, y hoy está claro. Si la mujer así transformada, olvidando el mal sueño de sus culpas involuntarias, donde el corazón no puede nada, logra encontrar ese corazón, si ama, todo está salvado.⁹³

La estética de los relatos sentimentales del ginebrino derramó en la cultura occidental las semillas del romanticismo. Las fábulas de la moderna estirpe sentimental ciñeron la figura femenina, transfigurándola. La mujer adoptó la indumentaria de la sacerdotisa que le otorgó el poeta romántico. El mandato originado en la naturaleza y fortalecido por los lazos de la sociedad le encomendó el cuidado de la intimidad y el cultivo del amor. Así se elevó a la mujer a las alturas de la mitología moderna. Su culto, nacido en Europa, pronto se diseminó por los hogares de la periferia occidental, concediendo a los profanos las costumbres de la civilización romántica a pesar de las adversidades.

La circunstancia americana presentaba hostilidades a la moral doméstica ya que, según conjeturaban filósofos e historiadores, “las mujeres eran más o menos severas en sus costumbres, según la mayor o menor distancia en que se hallaban del ecuador.”⁹⁴ El recorrido de la historia universal omitía los vastos paisajes de la América ibérica; ni sus planicies ni sus montañas acogerían los rayos de la ilustración. Los copartícipes de la razón condenaban a los

⁹¹ *Ibid.*, p. 539.

⁹² Jules Michelet, *La mujer*, México, FCE, 1999, p. 86.

⁹³ *Ibid.*, pp. 43-44.

⁹⁴ Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, II, 3, xi, México, FCE, 2001, p. 549.

habitantes del nuevo mundo a una puericia ineludible.⁹⁵ La pluma del cartógrafo y la del filósofo concurrieron y en aquel momento amasaron una topografía moral que fatalmente pretendía arrojar a los americanos a la barbarie.⁹⁶

Pese a que la raza y el entorno parecían coaligarse para someter al americano a la enajenación, la circunstancia mexicana favoreció la gestación de la moral doméstica femenina. Los antecedentes prehispánicos no opacaron sino que robustecieron el resplandor moral proyectado desde el viejo continente. La mujer mexicana franqueó las estaciones del ascenso moral, favorecida por la “superioridad moral” y la “conducta irreprochable y verdaderamente ejemplar” que los primeros cronistas concedían a su ascendiente azteca, cuyos nobles hábitos resaltaban en medio de “sombrias supersticiones” y “un culto bárbaro y sangriento”; en seguida, a lo largo del período colonial, asimiló los atributos del católico espíritu español, “creyente, leal, caballeresco, severo de costumbres, y hasta la exageración celoso de su honra.”⁹⁷ Ambas vertientes confluyeron en una feminidad mexicana que, durante el siglo XIX, recogió devotamente el culto romántico, practicado por las amas de casa y exaltado por las poetisas, de acuerdo con lo que escribió José María Vigil:

La imaginación, la sensibilidad, la ternura exquisita de las poetisas mexicanas, encontraron pábulo inagotable en aquella atmósfera candente de ideas y pasiones, inflamadas al contacto del curso vertiginoso de sucesos que semejaban un completo desquiciamiento social; pero el fragor de las tormentas revolucionarias, al vibrar en las cuerdas de su lira, se impregna de una suavidad, de una dulzura melancólica, en que se derrama toda el alma de la mujer.⁹⁸

Asediada por las revueltas del siglo ardió la llama del amor, que evocaba a la nobleza indígena y sublimaba las tradiciones católica y romántica; bajo el abrigo de su calor se resguardó la integridad moral de la vida privada.⁹⁹ Como una contraparte íntima de los

⁹⁵ Para Hegel “los americanos viven como niños, que se limitan a existir, lejos de todo lo que signifique pensamientos y fines elevados.” *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, tomo I, Madrid, Revista de Occidente, 1953, p. 176.

⁹⁶ Las costumbres de los pueblos bárbaros no comprendían el alto ideal del amor y abandonaban la práctica reproductiva al salvajismo; al respecto, Hegel leyó alguna vez que, entre los pueblos nativos catequizados, “a media noche, un fraile tocaba una campana para recordar a los indígenas sus deberes conyugales.” *Ibid.*, p. 176.

⁹⁷ Cfr. José María Vigil, “La mujer mexicana”, en *Poetisas mexicanas. Siglos XVI, XVII, XVIII, XIX*, México, UNAM, 1977, pp. lxxiii-lxx.

⁹⁸ *Ibid.*, p. lxxiv.

⁹⁹ Desde la perspectiva de Françoise Carner, en el México decimonónico “florece dos conceptos del amor y de la mujer, el tradicional cristiano, renovado con ideas ilustradas, y el romántico. En ambos la mujer es la personificación del amor en la tierra y los ideales religiosos y amorosos se conjugan para buscar en ella abnegación, servicio a los demás y resignación silenciosa ante el dolor, el sufrimiento y los malos tratos.” “Estereotipos femeninos en el siglo XIX”, en *Presencia y transparencia: la mujer en la historia de México*, México, COLMEX, 1987, p. 102.

conflictos ocurridos que desgarraban el entramado político de la vida pública, se encendía la expresión de un nuevo espiritualismo. Mientras las leyes públicas sufrían reformas y rupturas, la mujer mexicana instituyó la ley del afecto en el hogar; ella prefirió ocupar las habitaciones íntimas del edificio social, en las que “brotan y se desarrollan los afectos más puros y profundos, el amor filial, el amor conyugal, el amor maternal, que fortifican su alma, infundiéndole abnegación heroica para soportar los reveses de la fortuna y las miserias de la vida.”¹⁰⁰ Acaso el pueblo mexicano habría desfallecido en su evolución política sin el sustento espiritual del amor femenino.

El envés de la racionalidad moderna presentaba una mitología que reivindicaba la tradición en medio de la novedad y que glorificaba el recogimiento femenino cuando los conflictos sociales revolvián la escena pública. Mientras el violento choque de las fuerzas políticas incitaba a la ruptura, surgía un agente que resguardaba la integridad de los lazos familiares. La mujer, que preservaba las instituciones íntimas mientras las públicas fenecían y renacían en nombre del progreso, simbolizaba al motor inmóvil de la movilidad social. Reparando en tal mujer, contraria a las revoluciones históricas e idéntica a sí misma, cual figura mística arrebatada por el hechizo del amor, encontramos la respuesta a la perplejidad que abrumaba al poeta Manuel M. Flores cuando se preguntaba:

¿Viste luego en la vasta muchedumbre
de las hijas humanas
alguna más gentil, más hechicera,
más ideal que la mujer primera?¹⁰¹

La gentileza, el hechizo y el ideal que Eva confirió a su progenie atrajeron a la historia hacia sus orígenes, hasta que aquélla plasmó el emblema del rito en la edad del progreso. La ideología subvierte la trayectoria ascendente del progreso moderno y la hace girar hasta unir al fin con el principio, dibujando el emblema arquetípico del pensamiento mitológico. Así, a pesar de que la materia de estos sueños de lo femenino procede de las ensoñaciones de los materiales de la historia, del lado oscuro que proyectan las luces de la racionalización de los fenómenos socioeconómicos, el resplandor irracional de las leyendas oculta finalmente a las raíces racionales y materiales. Solamente quedan al descubierto las representaciones de la fábula ideológica, el aura angelical, el vaho de la amante. La antigüedad fingida del culto femenino, la

¹⁰⁰ José María Vigil, *loc. cit.*, p. lxxv.

¹⁰¹ Manuel M. Flores, “Eva”, en *Poesía romántica* (prólogo de José Luis Martínez y selección de Ali Chumacero), México, UNAM, 1993, pp. 125-126.

cual sustituye ante los ojos de las conciencias a los verdaderos fundamentos de la historia, pretende conducirnos al edén inmemorial. Pero la expresión se desprende inevitablemente de una rama del saber ilustrado, de un vestigio de irracionalidad en la edad de la razón, de acontecimientos inscritos en la historia. La aspiración de una mitología en las profundidades de la modernidad exterioriza el gatuperio de conductos provenientes de las dos fuentes que componen la realidad: la materia y la imaginación.

El amor y los otros conjuros de la naturaleza femenina son las parábolas que complementan y embellecen a la vida cotidiana, donde las personas y los objetos se compenetran con sus ensoñaciones. La arqueología de la leyenda indica que detrás existe una historia material de la mujer, desprovista de la poética del encantamiento o dotada del encantamiento prosaico de la trivialidad. Una y otra vertiente de la realidad andan a la par, confundiendo sus pasos y ocultando la puerta de cristal que a la vez une y separa a las dos caras del espejo.

Las artes románticas del encantamiento concuerdan con una pedagogía cotidiana que determina los principios de una economía de los sentidos. Los recursos materiales y emocionales de la civilización transitan por los pasillos circunscritos por el andamiaje de la intimidad. A lo largo del siglo XIX prevaleció, en el campo de las artes así como en el de los hábitos, la escuela del romanticismo, que aleccionaba a las damas de clases acomodadas en el oficio liberal del amor. La economía sentimental concordaba con la economía material en la estratificación de sus expresiones. También las representaciones de la psicología pendían del hilo de las circunstancias materiales. Tras cada expresión emotiva se escondía el dejo de la distinción, la cifra genealógica que señalaba en las pasiones el camino al lujo. Las aristócratas se distinguían del resto de las mujeres porque, en vez de administrar su fuerza de trabajo en la maquinaria de las industrias predominantes, como la textil o la tabacalera, fiscalizaban la armonía, los placeres y la misericordia. Cuando la dama hechizó los dispositivos del capital con su alquimia del amor, las ganancias materiales adquirieron el valor de la caridad cristiana, cuya armonía espiritual se expresaba en la delectación artística. Las bellas artes y la filantropía se dieron la mano en el espectáculo que celebraba la nobleza de la dama.¹⁰² La mujer de las clases

¹⁰² Según María de la Luz Parceró, las mujeres de la clase acomodada “exhibían sus sentimientos de caridad con donaciones a la Iglesia, socorriendo a los pobres o apoyando la fundación de colegios, asilos y hospitales para ellos. Unas cuantas, muy pocas, cultivaban como prenda de adorno las bellas letras y, con sus escritos líricos o moralizadores, creían colaborar en los proyectos de regeneración del país planeados por sus padres o esposos, generalmente, capitalistas, terratenientes, militares y hombres de gobierno.” *Condiciones de la mujer en México durante el siglo XIX*, México, INAH, 1992, p. 33.

acomodadas se instruía desde su juventud ya en prácticas filantrópicas que se complacían en la caridad cristiana, ya en prácticas artísticas que amenizaban las reuniones íntimas y los festejos de sociedad. Sus prácticas la distinguían; su identidad reposaba en la distinción.

b) Experiencias de juventud: la cultura y las artes.

Descolló en la historia de la filantropía en México durante el Porfiriato la figura de Francisco Díaz de León, que fundó y dirigió el Asilo de Mendigos. En 1891 organizó un gran espectáculo en apoyo a dicha institución: la noche del 24 de agosto tuvo lugar en el Teatro Nacional el Concierto a favor del Asilo de Mendigos. El filántropo convocó a compañías de ópera, poetas e instrumentistas varios, cuyo talento y prestigio atrajo a las “estimables señoritas y jóvenes *dilettanti*”¹⁰³ a la celebración del altruismo y la abnegación de la alta sociedad porfiriana. En las noches del Porfiriato las señoritas, mientras lucían las prendas que moldeaban sus cuerpos y la educación que ceñía sus actos, traducían el esplendor de la época al lenguaje escrupuloso de los altos círculos sociales y embellecían la escena misericordiosa con recitaciones y notas musicales. Su ilustración, formal y romántica, les revelaba el secreto del placer y la clemencia.

En aquella velada se presentaron por primera ocasión en un escenario dos señoritas, la cantante Matilde de Olavarría y la pianista Elena Padilla, quienes sobresalieron por su juventud y por la promesa del éxito inscrita en su futuro. Cuentan los espectadores que la niña cantante Matilde de Olavarría, que solía asistir a los eventos donde concurrían “lo más brillante y escogido entre la elegancia y el lujo”¹⁰⁴, interpretó divinamente el *Ave María*, de Luzzi. Manuel Larrañaga y Portugal exclamó: “¡qué bien canta Matilde! Parecía que un ángel era el que elevaba aquella oración, que cuando surge de unos labios castos y virginales como los de ella, debe subir al cielo como una onda azulada de perfumes”¹⁰⁵; Alberto Michel la elogió; Enrique de Olavarría y Ferrari, su padre, prefirió contener la alegría.

Tras el temprano debut en los escenarios mexicanos, las aspiraciones por dominar la magia de los escenarios persistieron. Pocos años después, Matilde de Olavarría continuaba su educación bajo la tutela de una institutriz francesa, quien relata a Enrique de Olavarría, en una carta del 26 de noviembre de 1897, las experiencias cosmopolitas de la dama: “Matilde nous disait qu’elle avait chanté pour Monsieur Gran au Metropolitan Opéra de New York, qu’il était tout à fait enlevé par sa voix, puis il l’a fait chanter une seconde fois en présence des meilleurs

¹⁰³ Enrique de Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, VIII, 5, p. 1344.

¹⁰⁴ *Ibid.*, VIII, 11, pp. 1414-1415.

¹⁰⁵ *Ibid.*, VIII, 5, p. 1345.

juges de New York; tous ces mesieurs l'ont beaucoup félicité qu'elle avait une voix magnifique, plus que magnifique, surprenante, et tout de suite Monsieur Gran l'a engagée pour le grand opéra, qu'une voix comme la sienne n'est pas à perdre dans les concerts, il la veut pour le grand opéra seulement." Luego de comunicar que el profesor Caport la disciplinaria hasta hacer de ella "une aussi bonne tragedienne, qu'elle est déjà chanteuse", concluye escribiendo que "quand elle soit une étoile Monsieur Olavarría pourra se dire: c'est moi le premier qui l'ait dit."¹⁰⁶ En Nueva York Matilde de Olavarría cautivó con su voz el oído de los entendidos pero no pisó los tabladros de la gran ópera ni conoció el aplauso del público. Volvió a la Ciudad de México, donde frecuentaba lucidos recitales y funciones de ópera consagrados a la aristocracia mexicana. Las asistentes proporcionaban un espectáculo que contendía con el que tenía lugar en los escenarios. Simultáneamente transcurrían dos representaciones, una en las tablas y otra fuera de ellas; una, invención estética; la otra, invención de la ideología de la clase política. Enrique de Olavarría refiere que las damas "brillaban por su distinción, su elegancia o su belleza."¹⁰⁷ Incluso en ciertas ocasiones, como cuando Matilde de Olavarría y demás personalidades distinguidas asistieron a la inauguración del Ateneo Mexicano Literario y Artístico, celebrada el 8 de mayo de 1902 en la Cámara de Diputados, en medio de la austeridad severa "bastó para el lucimiento de la numerosa, brillante y escogida concurrencia, su propia distinción y la grandiosa sencillez del local."¹⁰⁸ En aquellos escenarios la señorita Olavarría se convirtió efectivamente en una estrella magnífica y sorprendente que, junto con las otras damas de sociedad, conformaba una pléyade porfiriana, que centelleaba acompañada por dádivas misericordiosas, nocturnos de Chopin y recitaciones.

Si bien la noche del 24 de agosto de 1891 la melodiosa voz de la señorita Olavarría le granjeó la aprobación de la prensa especializada, la estrella de Elena Padilla iluminó con mayor intensidad la velada. La lumbré de sus rayos ilustra los procedimientos que sigue la mujer durante los ciclos de la producción y el consumo del placer entre la aristocracia mexicana de fines de siglo. Nació el 19 de abril en Guadalajara, Jalisco, donde desde temprana edad

¹⁰⁶ *APEOF*, C8, E1, D15. "Matilde nos contaba que había cantado para el Señor Gran en la Metropolitan Opera de Nueva York, quien se mostró encantado por su voz y luego la hizo cantar por segunda vez ante los mejores jueces de Nueva York; todos esos Señores la han felicitado muchísimo por su magnífica voz, más que magnífica, sorprendente, y de repente el Señor Gran la comprometió para la gran ópera, pues una voz como la suya no debe desperdiciarse en los conciertos, la desea para la gran ópera exclusivamente"... "una intérprete de tragedias tan buena como ya lo es de canciones"... "cuando sea una estrella, el Señor Olavarría podrá decirse: soy yo quien lo ha dicho en primer lugar" (la traducción es mía). El documento, incompleto, no especifica la identidad de la institutriz.

¹⁰⁷ Enrique de Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, XII, 10, p. 2010.

¹⁰⁸ *Ibid.*, XXIV, 4, pp. 2294-2295.

demonstró sus aptitudes musicales en recepciones privadas. Cuando superó a todos los maestros de la región decidió marchar, en 1890, rumbo a la Ciudad de México, donde deslumbró a la aristocracia capitalina con su talento, su técnica y su memoria extraordinaria. Su fama se extendió gracias a artículos elogiosos aparecidos en publicaciones como *El Tiempo*, *El Nacional*, *El Heraldo* o *El Mundo Literario Ilustrado*, aunque, en una carta del 17 de septiembre de 1891, Francisco de P. Covarrubias, editor y director del periódico jalisciense *El Mercurio Occidental*, alega a Enrique de Olavarría que “ha sido *El Mercurio* el único periódico que se ha ocupado de la notable pianista y hoy le remito algunos de los números en que aunque de breve modo se ha dicho algo de ella.”¹⁰⁹ A lo largo de los años que siguieron a su llegada a la capital, la pianista alimentó sus ambiciones de viajar a Europa para residir en “un ambiente esencialmente artístico, pues”, según escribe Enrique de Olavarría, “aquí en México la escasa protección que las artes encuentran hace que ese ambiente no exista.”¹¹⁰

La poética de los encantos de la señorita Elena Padilla excitó la sensibilidad de los literatos, quienes la encumbraron en el reino celestial de las heroínas mitológicas de la época. De esta manera, la melancolía que postraba al poeta Manuel M. González se esfumó cuando la conoció; la nombró “maga del arte” y le consagró los siguientes versos:

Oí los arrebatos y explosiones
De soberbias y hermosas fantasías,
Baladas de dolientes vibraciones,
Nocturnos de celestes melodías,
Todo surgiendo del inerte piano
Al impulso nervioso de tu mano
Y al ardor de tu mente de inspirada.
[...]
Elena, ante tu genio incomparable,
Yo no sé qué placer desconocido,
Qué fruición inefable,
Así en el corazón como en la mente,
Postróme en dulce, en indecible calma,
Y con luz de fulgor indeficiente
Desvaneció las sombras de mi alma.¹¹¹

¹⁰⁹ APEOF, C7, E3, D6.

¹¹⁰ Enrique de Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, VIII, 5, p. 1345.

¹¹¹ APEOF, C6 (documento aún no catalogado. Fecha de redacción desconocida).

La joven pianista atesoró en su álbum íntimo los testimonios de su encanto y de este modo registró los estados ascendientes de su fortuna, cuya directriz parecía apuntar hacia las academias y los escenarios del viejo continente. Los usos del álbum entre las señoritas de las altas esferas porfirianas alteraron la intimidad y la volvieron hacia fuera. Proponían una estética del comentario íntimo. Permitían a los espectadores certificar la notoriedad de la dama, tal y como escribe a Enrique de Olavarría, en una misiva del 19 de abril del 94: “mi mamá me dijo que Usted deseaba tener una copia de la composición que escribiera en mi álbum el Señor López Portillo; no ha tenido tiempo para escribir pues todas las personas amigas desean leer todo lo que está escrito en mi álbum y por este motivo no había podido darle el álbum hasta antes de ayer, pero le ofrezco a Usted que inmediatamente que me lo entregue copiaré la composición para mandársela a Usted”¹¹²; o en una del 17 de junio del mismo: “creo que habrá Usted recibido una carta que le escribí con fecha 5 del presente. Le mandé con ella cuatro composiciones de las que han escrito para mi álbum y hoy tengo el gusto de mandarle otra.”¹¹³

A la espera del momento de la partida, Elena Padilla se presentaba en distintas regiones de la república, donde divulgaba la leyenda de su encantamiento romántico. El 3 de enero de 1894 el periodista Covarrubias escribe a Olavarría: “anuncié, y luego lo hizo algún otro periódico, el arribo de la señorita Padilla, que supe que iba a las fiestas de Tecolotlán”¹¹⁴; en abril del mismo año la Sociedad de Artes y Letras, que la nombró socia honoraria, organizó una velada en su honor¹¹⁵, a la que faltó a causa de un viaje a Colima, en el que conoció el mar, concurrió a las fiestas de la Catedral y se codeó con la aristocracia local, sobre la que escribe a Enrique de Olavarría que “no es nada bonita”, pero puntualiza: “tuve la buena suerte de que a todas las personas les gustara oírme tocar y me invitaban a muchas reuniones, con ese motivo tuve oportunidad de oír cantar a algunas personas y conocí que casi todas tienen buenas disposiciones sólo que falta algún profesor que las tome a su cargo pues no hay ninguno que pueda enseñar. A nadie vi tocar el piano pues todas las personas que sabían se negaron a tocar,

¹¹² APEOF, C7, E6, D64.

¹¹³ APEOF, C7, E6, D82.

¹¹⁴ APEOF, C7, E6, D3.

¹¹⁵ Escribe a Enrique de Olavarría: “Supongo que en *El Mercurio* leería Usted que la Sociedad de Artes y Letras me nombró socia honoraria. El sábado de la semana que viene va a dar una velada y voy a tocar. Quieren que sea en el Teatro Degollado pero todavía no es seguro que sea allí pues lo están componiendo. Estoy casi tan asustada como para el Concierto del Teatro Nacional, pues ya sabe Usted que nunca faltan motivos por qué temer las críticas de algunas personas. He pensado tocar el 2º scherzo de Chopin pues no es muy conocido aquí. Ya le escribiré a Usted dándole pormenores de la velada.” APEOF, C7, E6, D64, carta del 19 de abril de 1894.

así es que me quedé con la curiosidad de saber qué tan aventajados son los pianistas.”¹¹⁶ El 14 de noviembre participó en la reunión de un consejo de familias católicas que distribuía limosnas entre los necesitados y que aunaba a su “piadosa tarea algunas piezas musicales ejecutadas por los concurrentes.”¹¹⁷

El intercambio epistolar que Elena Padilla sostuvo con Enrique de Olavarría durante 1894 verifica parcialmente las predicciones entrevistas por los periodistas de espectáculos en aquella velada del 24 de agosto de 1891. La pianista satisfizo las exigencias de los conocedores y fascinó al buen gusto de la aristocracia, en vez de caer en sus intrigas. La alta sociedad la consagró, pero la dama que recorrió los escenarios mexicanos nunca conoció la promesa europea, si bien llegó a alternar con afamados instrumentistas europeos, como el violonchelista ruso José Malkín o la pianista alemana Adela Verne, quien en 1909 celebró varios recitales en la Sala Wagner de la Ciudad de México. La noche del 10 de agosto Elena Padilla la acompañó en el segundo piano para ejecutar el concierto para piano y orquesta en *Mi bemol* de Beethoven (*op.* 73)¹¹⁸; Enrique de Olavarría reseñó así la participación de la jalisciense:

Algunos años antes fue vista como una esperanza para el arte en muy memorables conciertos. Retirada del ejercicio activo por necesidades de familia de que hubo de hacerse cargo con meritorio afán, cortó la bien comenzada serie de sus triunfos y con gusto de sus amigos dejó su retraimiento para acompañar primero a Malkín, y después a Adela Verne. Por desgracia no fue estimada según sus antecedentes.¹¹⁹

Con laconismo marcial delimitó Olavarría los confines de la efímera saga mitológica de la pianista en el universo de los espectáculos. Encerró en una nuez la grandeza presentida. Entonces la nostalgia sustituyó al elogio y la notoriedad del pasado empequeñeció en el presente, marchitando los laureles de la gloria, cuando años atrás había escrito que ella “quizá no tardaría mucho en ser una notabilidad universalmente aclamada, y quizá también se nos revelaría excelente compositora, pues por más que se obstine en no quererlo creer, entendemos que para ello le sobran facultades y talento.”¹²⁰ La estrella que despuntó iluminó los escenarios durante la última década del siglo XIX; la que, según el poeta, desprendía de un piano “soberbias y hermosas fantasías” y “mieles exquisitas”¹²¹, se ocultó en las recámaras de la estancia familiar. La promesa de éxito y los años de gloria permanecieron en las hojas

¹¹⁶ *APEOF*, C7, E6, D75, carta del 25 de mayo de 1894.

¹¹⁷ Enrique de Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, X, 1, p. 1599.

¹¹⁸ Mejor conocido como “El emperador”. Probablemente se trata de una adaptación de la obra hecha para dos pianos, siguiendo una práctica usual en las veladas musicales de la época.

¹¹⁹ Enrique de Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, XIX, 4, p. 3192.

¹²⁰ *Ibid.*, VIII, 5, p. 1345.

¹²¹ *APEOF*, C6 (documento aún no catalogado. Fecha de redacción desconocida).

amarillentas del álbum íntimo. Desde su recogimiento, la pianista cinceló los últimos rasgos de su efigie idólatra, la concluyó y la abandonó a la melancolía. La moral doméstica que emergió imponente en la madurez de la aristócrata retrajo los ensueños del espectáculo hacia la nostalgia y los cajoncillos del armario.

La legalidad de la vida pública concedió a la dama de sociedad una breve participación en los entremeses de la evolución política. Interpretó una comedia sentimental entre las estaciones trágicas del progreso del espíritu nacional, pero el impulso ascendente de la fama y la publicidad en el teatro de la alta sociedad suponía su propio descenso y el retraimiento en las alcobas del hogar. Durante alguna jornada hogareña su memoria acaso avivó el pálido recuerdo de los siguientes versos, que en una velada de junio de 1892 le dedicó uno de tantos poetas fascinados por su arte:

Hay notas que susurran en los oídos,
y recuerdan perfumes de glorias idas.¹²²

La melancólica pérdida de la excelencia publicitaria adquirió el valor de la inmolación. La dama angelical trocó la notoriedad pública a cambio de la preservación moral de la familia. El lenguaje femenino invirtió las perspectivas morales vigentes. Insertó lo grande en lo pequeño y viceversa: mientras la vanidad y el deseo de fama constituían la pulsión mundana que animaba las expresiones en los amplios espacios de la publicidad, el amor y la abnegación constituían la pulsión divina que las vivificaba en la angosta intimidad. Discretos principios estimularon a la mujer por los espacios abiertos y, por los espacios cerrados, principios excelsos.

Las circunstancias materiales circunscribían las esferas del ensueño. Los matices de la mitología moderna otorgaron a la dama de la alta sociedad un escenario distinto al de la mujer de clase media y a ésta uno distinto al de la muchedumbre; paralelamente, diversas tonalidades culturales estratificaban a las tres especies. La discreta vanidad de los oficios liberales de la dama de sociedad se desvanecía ante la moralidad de la trabajadora. Mientras la primera accedió al universo de los espectáculos, la imaginación de la segunda se prolongó en los espacios extenuantes de la retribución salarial. Las distracciones de la aristócrata respondían a

¹²² Manuel José Othón, "A Elena Padilla", en *Obras completas I* (compilación de Joaquín Antonio Peñalosa), México, FCE, 1997, pp. 478-480. Según Peñalosa, esta composición, dada a conocer en 1949, fue descubierta por Alfonso Méndez Plancarte en el álbum de la pianista.

“un arte que cultiva hoy día por simple inclinación, sin preocuparse con vivir de él, porque afortunadamente para ella no lo necesita”, como escribió Olavarría sobre la señorita Padilla.¹²³

c) Experiencias de madurez: la cultura y los oficios.

A medio camino entre la delicadeza liberal y el trabajo asalariado se hallaba la mujer que practicaba las artes manuales o mecánicas, opuestas a las artes que no pretendían el lucro. La distinción clásica entre las artes liberales y las artes mecánicas se eclipsó durante el período liberal del proceso capitalista. La energía deslumbrante de la razón práctica animó primero la lógica de los mercados y luego la del resto de las estancias del saber, trastornando las fábulas de la ideología tradicional. Con la paulatina racionalización de las prácticas del letrado, la cultura moderna pasó de una fase especulativa a otra que transmutaba efectivamente en hábitos cotidianos los postulados filosóficos. Las consecuencias cotidianas de los postulados intelectuales de la modernidad pronto alcanzaron también al intelectual mismo y restringieron el revoloteo especulativo del letrado a los horizontes desencantados del trabajo asalariado. La civilización ilustrada, que diseñó el arte de la industria, industrializó además a las bellas artes y sustituyó el esquema bipolar que componían la razón crítica y la razón práctica por la industria cultural unipolar que aprehendió y encasilló todas las expresiones culturales. La mitología romántica se extinguió allí donde el culto del amor tropezó con la irreligiosidad de la encrucijada del trabajo asalariado y el envejecimiento, según infirió Laura Méndez de Cuenca cuando escribe: “ya estoy bastante vieja para morirme de amor o de otra poética enfermedad de esas que proporcionan a los gacetilleros modernos la oportunidad de cobrar a los editores dos columnas de jeremiadas necrológicas, a \$2 columna.”¹²⁴

Laura Méndez nació en las inmediaciones de Amecameca, Estado de México, en 1853. Estudió en la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres y en el Conservatorio de la Sociedad Filarmónica Mexicana, cuyos inmuebles y jornadas evocaría años más tarde en algunas cartas remitidas a su maestro Enrique de Olavarría y Ferrari, a quien le participaba las imágenes recobradas de aquella pared del salón de clases, donde colgaba “nuestro mapa mundo de Europa con todos sus detalles”¹²⁵; de “aquellos días en que le oía yo a Usted recitar el diálogo de Calixto y Melibea, o Usted me oía confundir los lagos de Suiza con los de Italia”¹²⁶;

¹²³ Enrique de Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, X, 1, p. 1599.

¹²⁴ APEOF, C8, E1, D11, carta del 25 de octubre de 1897.

¹²⁵ APEOF, C7, E8, D50, carta de agosto de 1896.

¹²⁶ APEOF, C7, E9, D14, carta del 1º de mayo de 1897.

de aquellas páginas de “la *Historia del teatro español*, que es Usted autor, la cual nos servía de texto a las alumnas del Conservatorio, allá por el año de 72.”¹²⁷ Se desempeñó como profesora de la Escuela Normal para Profesoras y de la de Artes y Oficios para Mujeres y asistió a congresos sobre educación celebrados en París, Berlín, Londres y Bruselas. Contrajo nupcias con el poeta Agustín F. Cuenca, que murió en 1884. Poco después, se trasladó en compañía de sus hijos a los Estados Unidos, desde donde colaboró con publicaciones periódicas mexicanas como *El Mercurio Occidental*, *El Renacimiento* y *El Mundo*, luego conocido como *El Mundo Ilustrado*.

En 1869, en el amanecer del México moderno, Ignacio Manuel Altamirano coordinó los esfuerzos de los literatos por crear un proyecto de restauración cultural que complementara la restauración efectuada en el escenario político y, como resultado, editó la revista literaria *El Renacimiento*; veinticinco años más tarde, en el ocaso porfiriano de la primera modernidad mexicana, Enrique de Olavarría, con el apoyo del editor y filántropo Francisco Díaz de León decidió restaurar el proyecto literario con la publicación de una segunda época de *El Renacimiento* pero corrió con suerte desigual. Cuando Laura Méndez de Cuenca recibe la invitación a participar en dicha empresa, responde desde San Francisco, California, a Enrique de Olavarría, en una carta del 21 de enero de 1894: “estimo mucho sus galantes apreciaciones de mis insignificantes versos, los cuales le enviaré si Usted quiere, pero le advierto que ya todos están publicados. Nada inédito tengo por el momento, pues mis dos últimas composiciones las publicó *El Mercurio* de Guadalajara en octubre y noviembre últimos”¹²⁸; sin embargo, un hecho funesto ocurrido semanas después la releva de sus compromisos y el 26 de marzo le escribe: “Adjuntos encontrará Usted unos versitos para el periódico. Rotos mis compromisos con *El Mercurio* por el fallecimiento de mi querido amigo Pancho Covarrubias, tendré mucho gusto en colaborar con más actividad en *El Renacimiento*.”¹²⁹ Mientras transcurrían los meses, la empresa literaria adolecía de las dificultades económicas que finalmente la arruinaron en julio de 1894, a pesar de que en las páginas de la revista se congregaron, con absoluta libertad de criterio en los campos de las artes y las ciencias, las plumas más prestigiadas. Laura Méndez escribe a Olavarría, el 18 de julio: “la desaparición de *El Renacimiento* me ha hecho mucha mella. Era mi único amigo en la actualidad: él era el que me traía las primicias de los escritores nacies, las sustanciosas y deleitables obras de nuestros hombres de letras más distinguidos y las noticias

¹²⁷ APEOF, C7, E5, D59, carta del 25 de diciembre de 1893.

¹²⁸ APEOF, C7, E6, D15.

¹²⁹ APEOF, C7, E6, D53.

de la desaparición de nuestros viejos y queridos poetas.”¹³⁰ La primera modernidad de la república de las letras, representada por los astros del liberalismo y el romanticismo, y el designio de la restauración, se apagaba y entre tanto distintos modernismos advertían las disposiciones de la cultura del siglo XX. La decadencia de la segunda época de *El Renacimiento* coincidió con el final de un período cultural y exteriorizó el retraimiento de una generación, a juzgar por el juicio de Laura Méndez, quien escribe: “vaya si *El Renacimiento* fue desgraciado: durante seis meses de vida perdió a lo más florido y granado de sus redactores, entre los cuales hay algunos cuya pérdida es a mi juicio irreparable para las letras patrias y de gran valor para nuestra austera y exigente sociedad.”¹³¹

En 1895 Laura Méndez puso en marcha un proyecto periodístico, disuadida de las sendas del nacionalismo por el anterior fracaso y guiada por la promesa de una cultura panamericana. El 6 de marzo de 1895 avisa a Enrique de Olavarría: “ahí le mando por el correo tres números de la *Revista Hispanoamericana*, periódico mensual ilustrado que en compañía del Señor Schleiden he establecido aquí.”¹³² Un mes después, el 9 de abril, pormenoriza acerca de su trabajo editorial: “he ganado con el cambio de socio en la empresa de la *Revista* y, queriendo dar nuevo impulso y mayor extensión a nuestros negocios, nos proponemos nombrar agentes en las diversas repúblicas hispanoamericanas que nos busquen suscripciones, avisos, trabajos tipográfico, litográfico, el llamado medios-tonos, grabados en madera y otros”; y añade con optimismo que en las repúblicas hispanoamericanas tiene “la mayor parte de los suscriptores de la *Revista*. De cuatro mil ejemplares que tiramos vendemos unos 30 en San Francisco, cosa de 120 en el resto del país y lo demás en Centro y Sudamérica.”¹³³ En los siguientes meses el intercambio epistolar se interrumpe hasta que en agosto de 1896 Laura Méndez escribe a Enrique de Olavarría: “la causa de mi tardanza en contestar ésta tiene que referirse a un golpe que mi apreciable socio me dio en la chapa del alma, quedándose con el periódico y sus pertenencias todas, por haber yo confiado en su lealtad y descuidado el contrato de sociedad. Esto aconteció el 30 del pasado”¹³⁴; el 28 de diciembre expone las conjeturas que ha extraído de su experiencia editorial: “este año he trabajado como un patán. He escrito más que en ningún otro y solo he cosechado desengaños.

¹³⁰ APEOF, C7, E6, D91.

¹³¹ APEOF, C7, E6, D91.

¹³² APEOF, C7, E7, D15.

¹³³ APEOF, C7, E7, D18.

¹³⁴ APEOF, C7, E8, D50.

Por acá tuve el pesar de verme despojada de una empresa criada por mí y que a la fecha produce mensualmente \$1,000 limpios de polvo y paja.”¹³⁵

Tras la decepción de la empresa informativa panamericana Laura Méndez pretendió emplear su oficio literario en el mercado periodístico mexicano, gracias al apoyo de Rafael Reyes Spíndola, quien entonces publicaba los periódicos *El Mundo* y *El Imparcial*; la relación concluye a mediados de 1897, tras una paulatina confrontación de intereses, cuya descripción plasma un panorama del periodismo mexicano a fines del siglo XIX.¹³⁶ A lo largo del Porfiriato la prensa mudó sus prácticas: abandonó el periodismo de opinión, la oratoria y las controversias doctrinarias, en pos del divertimento literario y del reportaje escueto, apolítico y sensacionalista, a semejanza de las publicaciones estadounidenses que, según Méndez de Cuenca, ostentan las siguientes características: “no se citan unos a otros, ni para hacerse bombo, ni para pelearse; dan las noticias frescas, amplias e imparciales o cuando menos vestidas de imparcialidad; no hablan nunca de sus repórteres, pues estos se cuelan por todas partes con el sigilo de un agente de la policía reservada; tienen divididas en secciones toda clase de materias y, sobre todo, cultivan en los lectores el espíritu nacional, poniendo a los Estados Unidos como ejemplo en todas las ramas del saber humano, lo cual sirve de estímulo al pueblo para adelantar y progresar.”¹³⁷ *El Siglo XIX* y *El Monitor Republicano*, los paradigmas de la prensa comprometida durante el siglo del liberalismo mexicano, desaparecieron en 1894, cuando Reyes Spíndola fundó *El Mundo*, que modernizó los usos establecidos por periodistas como Ignacio Cumplido y Vicente García Torres. En agosto del 96, Laura Méndez, quien en aquel entonces se hallaba “completamente en la calle”, comunica a Olavarría que, “con todo, encontré inmediato refugio en don Rafael Reyes Spíndola, quien, como siempre, se ha portado bondadosamente conmigo, dándome ahora algo que hacer para *El Mundo*.”¹³⁸ Comienza un conflictivo ciclo periodístico acompasado por escasas contribuciones, a causa de la incompreensión que la separa de los intereses custodiados por la junta directiva de la publicación en los campos de la información y el entretenimiento, de manera que, si bien en un

¹³⁵ APEOF, C7, E8, D61.

¹³⁶ En una carta del 16 de junio de 1897, Méndez de Cuenca comunica a Olavarría: “me ha ido del Diabolo porque Spíndola me alzó la canasta completamente, sin siquiera darme razón porqué pues le he escrito tres veces y no me ha contestado” (APEOF, C7, E9, D24). Un mes después ocurre el despido definitivo, cuando, según cuenta a Olavarría, recibe una carta “de un señor Cuyas, empleado de las oficinas de *El Mundo*, el enfajillador o el barrendero quizá, en la que el Licenciado Moguel a nombre de Spíndola y por medio del dicho Cuyas me despide de su periódico diciéndome que ni debo ni me deben” (APEOF, C7, E9, D24).

¹³⁷ APEOF, C7, E8, D61.

¹³⁸ APEOF, C7, E8, D50.

principio recibió de ella cincuenta pesos y “una letanía de sabrosísimos piropos”, en una carta del 28 de diciembre del 96 se figura que Reyes Spíndola “debe estar muy adulado y rodeado de muchos que dirigen los periódicos en comandita y a ellos tengo que agradecer el ningún caso que hacen de mí pues ni me contestan mis cartas ni me explican qué es lo que les desagrade de los originales que arrojan al canasto ni qué les agrada de los que publican”¹³⁹; conjetura que los redactores emulan el estilo de la industria literaria norteamericana, obteniendo ganancias sospechosas que en verdad quebrantan el cuerpo de la literatura hispánica; le escribe a Enrique de Olavarría: “habrá Usted notado que en *El Mundo* hay ciertas tendencias de americanismo gringo y que el vocabulario inglés sustituye en mucho al de nuestro gallardo y hermosísimo idioma. Y es que los viajes a los Estados Unidos son para mis impresionables paisanos lo que los banquetes a los estómagos destruidos por la dispepsia.”¹⁴⁰ Las astucias del gran capital norteamericano se disgregaban por los alrededores de occidente y aleccionaban a los intelectuales que laboraban en las industrias de la cultura, pero la destreza mercantil de los nuevos periodistas, cuyas ganancias se simbolizaban “en aplausos y en pesetas”, producían realmente “tartas y pan pintado.”¹⁴¹

Durante el siglo XIX la periferia occidental cimentó sus centros en Europa, pero el mundo de los salones y los bulevares de París, el de las salas de ópera de Milán, reflejado a veces con fidelidad, a veces con ironía, en los escenarios de la cultura latinoamericana, conoció sus límites y distinguió el anuncio de su crepúsculo en el pragmatismo económico de los norteamericanos que desarticuló el lenguaje de las bellas artes y articuló los artefactos de la industria cultural. Cada una de las jornadas laborales de Laura Méndez de Cuenca representaba a su vez alguna de las expresiones, ya conflictiva, ya armónica, de la civilización occidental en México y en Estados Unidos. Tras su participación en *El Mercurio Occidental*, *El Renacimiento* y *El Mundo*, además de la fundación de la *Revista Hispanoamericana*, ejerció la docencia, enseñando español a jóvenes norteamericanos, tal y como describe a Olavarría: “he tenido que dedicarme completamente a la enseñanza de la lengua española a estos gringos, lo cual es buen negocio en invierno pues puedo sacar de 20 a 25\$ cada semana cobrando barato: 1.50 c. la hora. Pero en verano los discípulos se largan a Europa, a México, al Japón o simplemente al campo y me quedo sin nada. Esto es poquito duro para mí pero sin remedio, conocido al menos.”¹⁴² En el

¹³⁹ APEOF, C7, E8, D61.

¹⁴⁰ APEOF, C7, E8, D61.

¹⁴¹ APEOF, C7, E8, D61.

¹⁴² APEOF, C7, E9, D24, carta del 16 de junio de 1897.

verano del 97, cuando viaja a Berkeley por instrucciones médicas, repara en las oscuras astucias de la academia en el seno de la tecnología, escenificadas en “este pueblo que yo llamaría rabón si no temiera agraviar a los sabios que aquí moran, pues ha de estar Usted para saber que Berkeley no es más que la prolongación de un caserío amontonado alrededor de la Universidad de California de donde es fama que salen anualmente muchas lumbreras. Si a la Naturaleza no tienen mucho que agradecerle los vecinos de este lugar, lo que es al esfuerzo de los hombres, sí: luz eléctrica, telégrafo, teléfonos, ferrocarril, tranvías eléctricos, caminos vecinales, iglesias de todos los cultos, biblioteca pública, casa de correos en toda forma, escuelas primarias y superior y por último la famosa Universidad con sus magníficos edificios diseminados en vastísimo parque, su Jardín Botánico y biblioteca amén de otras cosas útiles y bellas que no enumero porque no le ponga a Usted miedo leer mis cartas”¹⁴³; mientras presta atención a los escolares no ignora que “en este país egoísta se destituye de sus empleos a los viejos para que los jóvenes puedan ganarse la vida, y los pocos viejos que hallan colocación es con sueldos muy miserables.”¹⁴⁴ El imperio de la mecánica, que se figura como una vida “siempre con el reloj en frente, contando los minutos y corriendo la Ceca y la Meca”¹⁴⁵, violenta las perspectivas de la modernidad; de este modo, el 12 de enero de 1892 apunta: “es imposible que Ustedes puedan comprender que a esta tierra de máquinas no acuden las musas quizá por no tener que huir avergonzadas. Cualquiera día pienso que estos gringos que Dios confunda van a inventar máquinas que sustituyan el corazón y el pensamiento: son las dos únicas que les quedan por inventar.”¹⁴⁶ El arrebato progresista arrojó al hombre a un estado de barbarie mecanizada mientras la hipérbole de la racionalidad del mercado suprimió las fronteras con la irracionalidad y el terror. Méndez de Cuenca describió el itinerario de dicha operación desde diversos ángulos de la vida cotidiana y revistió a la idolatría mundana del progreso y el éxito con los adjetivos de la deshumanización.

A finales de siglo la dubitante escena cultural mexicana conocía una tradición pero ignoraba un destino y se sabía, mediante la mirada de sus intelectuales, en el borde crítico de una primera jornada del recorrido moderno. En una carta del 18 de julio de 1894, Méndez de Cuenca opina que personajes inteligentes y eruditos, emprendedores y laboriosos, “son los que necesita México para desarrollarse, y esos también son los únicos capaces de medrar en nuestro

¹⁴³ APEOF, C7, E9, D27, carta del 26 de julio de 1897.

¹⁴⁴ APEOF, C8, E1, D11, carta del 25 de octubre de 1897.

¹⁴⁵ APEOF, C7, E9, D14, carta del 1º de mayo de 1897.

¹⁴⁶ APEOF, C7, E8, D2.

país tan rico en elementos materiales como pobre en actividad y diligencias de sus hijos”¹⁴⁷; en 1898 vuelve a México, convocada por la Escuela Normal de Señoritas, y entonces escribe: “encontré a México muy mejorado en obras públicas pero de su progreso intelectual no tuve ocasión de juzgar.”¹⁴⁸

Durante el Porfiriato los brazos de la industria mexicana supieron apropiarse de la fuerza de trabajo de las mujeres letradas: algunas participaron en los mecanismos de la industria cultural y se recrearon en una mitología que las representaba como “mensajeras de la ternura escrita” y traductoras de “los estremecimientos misteriosos que sacan las lágrimas a los ojos y los suspiros al pecho, cuando el amor, como principal agente, las obliga a mover el pensamiento y la pluma”¹⁴⁹; así ocurrió hasta que las adversidades económicas sofocaron al ensueño, cuando las batallas se tuvieron que “lidiar a diario para allegar los frijolitos”, cuando la mujer advirtió que, “aunque no tengo ninguna de las cualidades que Usted y otros amigos tan amables como Usted me suponen, sí tengo energía y, sobre todo, estoy resuelta a que mientras pueda, por el trabajo, ganar un peso para mis hijos, no he de permitir que el vecino lo gane antes que yo”¹⁵⁰, como escribió Laura Méndez.

No lejos de las alegorías del amor de la poetisa existían las ensoñaciones de la educadora. La mujer de clase media que necesitaba asegurar la subsistencia de los suyos consagraba habitualmente su fuerza de trabajo al magisterio, “oficio casi exclusivo de solteras” que abandonaba al contraer nupcias y al que regresaba “sólo en el caso de viudez”, según asevera María de la Luz Parceró.¹⁵¹ La mujer letrada que desconocía el sortilegio de las musas hacía suyos el desconsuelo y la abnegación laboral y se consagraba a una profesión buscando el sustento material de la familia sin desasirse de los preceptos de la rectitud moral, inclusive delineando con los hábitos una hipérbole del sacrificio que suprimiera la anomalía del abandono o la viudez. De este modo sufrió Javiera Romero de Buenrostro los últimos años del siglo XIX. En una extensa carta del 11 de junio de 1901 que envió a Enrique de Olavarría y Ferrari recuerda, con “ternura”, “gratitud y veneración”, que estudió en el Conservatorio, donde “impartieron una educación, moral e intelectual, extensa y sólida, profesores como no

¹⁴⁷ APEOF, C7, E6, D91.

¹⁴⁸ APEOF, C8, E10, D3, carta del 8 de septiembre de 1898.

¹⁴⁹ Juan de Dios Peza, “Prólogo de las poesías completas de Josefina Pérez de García Torres”, en *Memorias, reliquias y retratos*, México, Porrúa, 1990, p. 193.

¹⁵⁰ APEOF, C7, E7, D18, carta del 9 de abril de 1895.

¹⁵¹ María de la Luz Parceró, *Condiciones de la mujer en México durante el siglo XIX*, México, INAH, 1992, p. 70.

los tenía ningún plantel, notables y de la talla del Señor Peredo, Baranda, Usted, G. Cubas, el Señor Justo Sierra (cuando Usted marchó a España), y tantos otros.”¹⁵² Después de obtener, en medio de la distinción y el halago, el título profesional que ambicionaba, se retiró a la intimidad de la vida familiar, hasta que ciertos infortunios matrimoniales la obligaron a practicar su oficio con el auxilio de sus hijas. Cuenta que “en el año en que se inauguró la Dirección General de Instrucción Primaria solicité y obtuve un empleo para mí y mis hijitas, nombrándonos para un pueblo apartado de la Prefectura de Xochimilco, yo como directora y las niñas como ayudantes”¹⁵³; luego, enumera las tribulaciones que la aquejaron durante los siguientes meses: “sufrimos desde luego la lucha con el retroceso, pues aquellos indígenas eran refractarios a la Instrucción moderna; en segunda, el resultado de las vías de comunicación, pues no había aún ferrocarril, y navegábamos en las aguas inmundas del lago, en las canoas trajineras, confundidas con gente desigual, pasando las noches que veníamos a la Capital (que era cada viernes y de regreso el domingo) en vela y, si llovía, como se colaba el agua de la lluvia por el toldo de la canoa, llegábamos empapadas, por lo que contraímos mis hijas una enfermedad contagiosa de la garganta, cuyos resultados sufren todavía, y yo una complicación de tifo y pulmonía que me expuso a morir. Además sufrimos también en nuestra alimentación, pues no probábamos la carne; pan caliente sino cuando veníamos a la Capital, los demás días comíamos pan durísimo, si lo había, y, si no, carecíamos de él, así como de la carne.”¹⁵⁴ El año siguiente se trasladaron a San Joaquín, en Tacubaya, donde diversas calamidades prolongaron el sacrificio magisterial. Escribe que “teníamos que caminar dos leguas diarias, en la ida a la escuela y regreso a la casa. Allí, lo mismo que en Ixtayopan, la carencia de artículos de primera necesidad. Y como en las Escuelas Foráneas los directores de ambos sexos carecen de habitación en aquéllas, no teníamos más remedio que llevar nuestra comida hecha en el día anterior, para calentarla a la hora necesaria. Nos enfermamos del estómago. En época de lluvias, como al frente de la escuela pasa una corriente que procede del río de San Joaquín, al salir de la escuela recibíamos el agua del cielo y atravesar aquella corriente (con el peligro de que nos arrollara cuando venía crecida) para llegar a nuestra casa a cambiarnos hasta las medias, por lo mojadas que estaban nuestras ropas. Así pasaron dos años y yo sin quejarme.”¹⁵⁵

¹⁵² APEOF, C9, E19, D4.

¹⁵³ APEOF, C9, E19, D4.

¹⁵⁴ APEOF, C9, E19, D4.

¹⁵⁵ APEOF, C9, E19, D4.

Gradualmente, las mujeres abnegadas parecían expiar los yerros del retroceso social. La señora Romero de Buenrostro apunta, con sosiego y orgullo, que a continuación marcharon hacia Atzacapotzalco, donde: “ya comíamos a una hora conveniente, al lado de mi anciana y querida madre, comida hecha en el mismo día, nos mojábamos lo indispensable, en una palabra, habíamos pasado, gradualmente, de lo peor a lo malo y de esto a lo regular, ganando estos grados por medio del cumplimiento de nuestros deberes, palmo a palmo.”¹⁵⁶ Los duros sacrificios parecían conducirla a la antesala de la distinción. En 1901 esperaba asumir la dirección de una escuela recién erigida en Superior, tras años de lamentaciones mudas que permanecían como memorias amargas. Recuerda cuando, “caminando entre el fango del camino, mirando a mis hijas enfermas, venían lágrimas a mis ojos, trataba de enjugarlas luego, bendecía a Dios, pues me había dado en aquellas penas el modo de vivir, y seguía mi camino tranquila para no desmoralizar a mis hijas, cuya adolescencia terminaba apenas ¡y ya tenían que ayudarme en la lucha por la vida!”¹⁵⁷ Sin embargo, la burocracia educativa, movida por un tráfico de influencias que degradaba la eficacia de los estímulos, no le concedió dádiva alguna. En cambio, le ofreció como recompensa por las penalidades el regreso a las despreciables circunstancias de miseria y estulticia, en vez del “descanso pecuniario” y el “ascenso moral” anhelados; la recompensa ingrata que expulsó del quehacer educativo al espíritu de la nobleza devaluó el mérito de la inmólación y, concluye Javiera Romero de Buenrostro, “me acabó de desilusionar.”¹⁵⁸

d) Disolución de la representación ideológica de la mujer del Porfiriato.

El abatimiento de Romero de Buenrostro anticipó la decadencia del régimen porfirista, verificó las correspondencias y discrepancias entre la materia y el ensueño, entre la sociedad y la ideología, y confrontó al proyecto moderno con su elaboración. El romanticismo que envolvió a la mujer a lo largo del siglo XIX nació mientras los teóricos de la ilustración discutían la abolición de las costumbres femeninas tradicionales. Las secuelas racionales del derecho natural cimbraban los cimientos de las convenciones sociales y objetaban concretamente los procesos de la práctica cotidiana abreviados en la educación, los cuales a la sazón se revelaron como “una especie de coacción en que las opiniones relativas a las costumbres mantienen al alma y al pensamiento de las mujeres prácticamente desde la infancia y sobre todo desde el

¹⁵⁶ APEOF, C9, E19, D4.

¹⁵⁷ APEOF, C9, E19, D4.

¹⁵⁸ APEOF, C9, E19, D4.

momento en que el genio comienza a desarrollarse.¹⁵⁹ El pragmatismo decimonónico acotó las proposiciones ilustradas y las aplicó a las circunstancias económicas y sociales, asemejándolas a los intereses de la burguesía ascendente. En el devenir histórico de la ilustración la proyectada emancipación de la mujer se extiende hasta el imperio positivista mexicano que inicia a fines del siglo XIX, cuando las administraciones culturales confirieron a la mujer un papel notable en la marcha del orden y el progreso, extendiendo el idealismo romántico del hogar a las aulas, y arremetieron contra los principios ideológicos divulgados por las escuelas católicas; así la mujer asumió un rol social progresista sin desatender las actividades que le delegaba la tradición.¹⁶⁰ Si bien durante el apogeo del Porfiriato las instituciones procuraron la conservación del orden establecido, del mismo modo consintieron la emergencia de componentes sociales anómalos. Raquel Barceló considera que los planteles educativos intervinieron directamente en este proceso de corrosión, ya que permitieron que “a pesar de la rigidez de la sociedad porfiriana” las mujeres se apartaran “del modelo femenino aceptado”, y señala la relevancia de la labor de personajes como Ezequiel Montes, Joaquín Baranda y Justo Sierra, quienes “combatieron el dogmatismo religioso en las escuelas públicas” y “trataron de equilibrar el progreso económico con las condiciones sociopolíticas, razón por la cual promovieron la educación primaria y secundaria para las mujeres y la formación de maestras.”¹⁶¹

El crepúsculo del Porfiriato clausuró la fábula romántica y abrió un episodio de desencanto, una desilusión, en opinión de Romero de Buenrosto¹⁶², o una cosecha de desengaños, en opinión de Méndez de Cuenca.¹⁶³ Las aspiraciones, las experiencias, los juicios y los pesares de estas mujeres se inscriben dentro del proceso histórico que condujo al México moderno de la decadencia de los años postreros del Porfiriato a los años errantes de los comienzos del periodo inscrito dentro de la Revolución Mexicana. Las instituciones del

¹⁵⁹ Marqués de Condorcet, “Cartas de un burgués de Newhaven a un ciudadano de Virginia”, en *La ilustración olvidada. La polémica de los sexos en el siglo XVIII* (edición de Alicia H. Puleo), Barcelona, Anthropos, 1993, p. 98.

¹⁶⁰ Para Carmen Ramos Escandón, “lo que resulta patente es la necesidad de construir una imagen en la que ‘lo femenino’ conserve las características de dependencia y sumisión que forman parte de la imagen tradicional de la mujer. Pero, al mismo tiempo, se le prescribe a esta ‘mujer moderna’ una mística del trabajo inspirada en la necesidad de una creciente fuerza de trabajo femenina.” “Señoritas porfirianas: mujer e ideología en el México progresista, 1880-1910”, en *Presencia y transparencia: la mujer en la historia de México*, p. 160.

¹⁶¹ Raquel Barceló, “Hegemonía y conflicto en la ideología porfiriana sobre el papel de la mujer y la familia”, en *Familias y mujeres en México*, México, COLMEX, 1997, pp. 82-100.

¹⁶² APEOF, C9, E19, D4.

¹⁶³ APEOF, C7, E8, D61, carta del 28 de diciembre de 1896.

Antiguo Régimen formaron partículas sociales que cayeron desilusionadas en la deriva y que eventualmente se volvieron contra el orden establecido, adoptando en la intimidad posturas críticas análogas al inconformismo latente en los foros de la vida pública. El orden de las cosas establecido sentó la pauta de su propia heterodoxia. La dialéctica histórica que profanó a la mitología de las tradiciones atrajo a la periferia hacia el centro: los relatos materiales y cotidianos de la mujer moderna desdijeron a las fábulas ideológicas que sublimaban románticamente ya al artista marginado de la sociedad, ya a la doncella mística, constelaciones sobresalientes en el cielo de las ideologías que encantaban las conciencias de los letrados durante la época. Los personajes, hartos de inconformidad, reclamaron una posición fundamental desde los márgenes culturales de la excepción, donde aparentemente transcurrían sus existencias.

Socavando las acotaciones conservadoras que dibujaban a la velada y luego al hogar como los reinos fantásticos que albergarían a las doncellas, las expresiones vanguardistas de la modernidad emergieron del subsuelo del sistema social que las produjo y se desarrollaron hasta convertirse en la antítesis de su propio origen. Las circunstancias materiales que sustentaban a la ideología se despojaron de ella cuando se tornaron conflictivas. Las fantasías se esfumaron cuando los instrumentos que permitieron al Porfiriato materializar los valores que los ideólogos liberales indefectiblemente vislumbraban tras la espesa bruma del purgatorio de cada una de las guerras intestinas e internacionales del siglo se transformaron en las trabas que entorpecían el transcurso de las pulsiones sociales. Jesús Silva Hérzog apunta que “hubo un momento en México en que la fábula, indispensable a la existencia del pueblo, no fue bastante a su existencia, porque los artesanos de las poblaciones, los obreros de las fábricas y los peones de las haciendas ya no pudieron contener su hambre de pan, su hambre de justicia, su hambre de libertad.”¹⁶⁴ Las adversidades materiales sofocaron y aniquilaron a las alegorías morales, exorcizaron al espíritu de una época y abrieron un interludio en las costumbres que anunció la emergencia de un nuevo orden social y de otro fabulario.

¹⁶⁴ Jesús Silva Hérzog, “Meditaciones sobre México”, en *El ensayo mexicano moderno*, vol. 1 (selección e introducción de José Luis Martínez), México, FCE, 1958, p. 343.

a) *La pedagogía positivista.*

El Porfiriato no sólo simbolizó la tentativa administrativa que concedió al país la primera época de prosperidad económica de su vida independiente, también albergó un proyecto cultural que culminó en 1910, con la fundación de la Universidad Nacional. Entonces quedó “teóricamente coronado” el “vasto sistema de educación nacional” que impulsó y fomentó Porfirio Díaz, según Justo Sierra, quien la concibió como el instrumento organizador de “las líneas directrices del carácter nacional” que mantendría “siempre en alto, para que pueda proyectar sus rayos en todas las tinieblas, el faro del ideal.”¹⁶⁵ La obra que Sierra orquestó prolongó hasta sus últimas consecuencias las tentativas del positivismo. Se inscribió firmemente dentro de los márgenes de la ideología del régimen, como un paraje en “el sendero florido del progreso y de la civilización”¹⁶⁶, que Gabino Barreda entendía como “el objeto final y positivo del arte moral.”¹⁶⁷ La fábula del positivismo se alimentó con las especulaciones ilustradas sobre el objetivo de la historia. Recurrió a las especulaciones que giraban en torno a la posible consumación de las directrices que se fijaba el racionalismo. Pero astutamente invirtió las disposiciones de la figura y en vez de llegar a ese fin partía de él, suponiendo que el estado presente de su historia concordaba con el fin último del proceso de su civilización. Ante la presunta igualdad entre el Estado ideal y aquel Estado histórico, la ideología positivista

¹⁶⁵ Justo Sierra, “Discurso pronunciado en la inauguración de la Universidad Nacional en 1910”, en *Prosas* (prólogo de Antonio Caso), México, UNAM, 1990, pp. 174-192.

¹⁶⁶ Gabino Barreda, “Oración cívica”, en *Estudios* (prólogo de José Fuentes Mares), México, UNAM, 1992, p. 104.

¹⁶⁷ Gabino Barreda, “De la educación moral”, en *ibid.*, p. 113.

abolió el concepto de la marcha del progreso. En su lugar, se comprendía al progreso como el estado de perenne bienestar que los prohombres del Porfiriato supieron llevar a cabo. La ideología imperante pretendió llevar a la práctica la igualación absoluta de la utopía con la realidad, trazar el envés socioeconómico de un Estado tan perfecto como el “espíritu que se sabe a sí mismo como espíritu.”¹⁶⁸ Hacia la escena de esa identificación tendían los trabajos revisionistas del historiador y el estilo laudatorio del cronista. Pero la genealogía del positivismo extingue los resplandores de su ideología: lo sitúa en el proceso histórico de la ilustración y refuta sus pretensiones absolutistas.

En sus orígenes la ilustración se presentó más como una arqueología que como un misterio. Kant subrayó en los procedimientos de la razón la “crítica de su propio poder.”¹⁶⁹ La crítica ilustrada se fijó el objetivo de extirpar la enajenación de las facultades racionales del ser humano. Promovió la exploración de perspectivas inéditas para configurar el saber. La legalidad que en aquel tiempo la modernidad apenas sospechaba emancipó las prácticas de producción y consumo del conocimiento. Interrumpió el monopolio del saber detentado por la aristocracia y señaló la igualdad de todos los individuos con respecto a la razón. Con el fin de erradicar el germen del dogmatismo, que constituía el cimiento de la escolástica, la razón se volvió sobre sí misma.

Las instituciones tradicionales cayeron en el descrédito cuando los ciudadanos adquirieron el derecho a la especulación y a las prácticas culturales. En su lugar predominó la disyuntiva en torno a la legislación de los usos críticos y prácticos de la razón dentro de los horizontes de un proceso democrático. Al respecto José María Luis Mora escribió:

En el sistema republicano, más que en los otros, es de necesidad absoluta proteger y fomentar la educación; éste requiere para subsistir mejores y más puras costumbres, y es más perfecto cuando los ciudadanos poseen en alto grado todas las virtudes morales; así el interés general exige que las leyes sabias remuevan los obstáculos que impiden la circulación de las luces.¹⁷⁰

Los vasos comunicantes entre la historia material y la historia intelectual despertaron el interés de los pensadores ilustrados. Identificaron en la educación la coyuntura que reproducía en el individuo las nociones y las prácticas. Encaminaron sus esfuerzos hacia una crítica de la pedagogía. En este trayecto, el *Emilio* de Jean-Jacques Rousseau significó la más dura acometida ilustrada a las tradiciones aristocráticas, a la vez que estableció las directrices de

¹⁶⁸ G. W. F. Hegel, *Fenomenología del espíritu*, Bogotá, FCE, 1997, p. 473.

¹⁶⁹ Emmanuel Kant, *Crítica de la razón pura*, Barcelona, Folio, 1999, p. 95.

¹⁷⁰ José María Luis Mora, “Pensamientos sueltos sobre educación pública”, en *op. cit.*, p. 74.

la educación moderna. Solucionó el problema que presentaba la ejecución de la crítica especulativa en la vida cotidiana del individuo, desde la niñez, pasando por la adolescencia, hasta la madurez. Basándose en los empiristas ingleses, supuso que, “como todo lo que entra en el entendimiento humano viene por los sentidos, la primera razón del hombre es una razón sensitiva, la cual sirve de base a la razón intelectual.” Con respecto al intelecto, Rousseau postuló una moral negativa que sometiera los valores a los efectos del ejercicio constante de la crítica especulativa. La conciencia crítica oriunda de la edad de la razón presupondría tras cada concepto el germen de la duda. Esta ontología antepondría a cada objeto su propia imagen negativa, idéntica pero desprovista de cualquier certeza intrínseca. La certeza del saber descansaría sobre las facultades especulativas del intelecto individual, y no sobre la autoridad de las academias tradicionales.

Durante las primeras décadas del siglo XIX Johann Heinrich Pestalozzi y Johann Friedrich Herbart continuaron la tradición pedagógica moderna inaugurada por Rousseau. Retomaron las especulaciones de su antecesor acerca de la relación sensual del hombre con la naturaleza pero invirtieron gradualmente su principio filosófico de negatividad. Ambos descartaron el ejercicio de la razón especulativa y abrazaron el de la razón utilitarista.¹⁷¹ Luego, el positivismo que Auguste Comte concibió al gusto de los intereses de la burguesía conservadora que constituyó la clase política francesa a mediados del siglo interpretó a Rousseau despojándolo de la crítica especulativa. Al apropiárselo lo invirtió y condujo a la moderna tradición empirista por los cauces del orden institucional.

La marca de las instituciones a lo largo del siglo XIX exteriorizó la crisis coyuntural que padecieron las civilizaciones occidentales durante el tránsito del orden aristocrático al democrático. La propagación en México del pensamiento y la práctica ilustradas corrió paralela al ascenso de la burguesía liberal. El recorrido de la legalidad moderna siguió los siguientes pasos, según el doctor Mora, quien escribió que “por *marcha política del progreso* entiendo aquella que tiende a efectuar de una manera más o menos rápida la ocupación de los bienes del clero; la abolición de los privilegios de esta clase y de la milicia; la difusión de la educación pública en las clases populares, absolutamente independiente del clero; la supresión de las monacales; la absoluta libertad de las opiniones; la igualdad de los extranjeros con los naturales en los

¹⁷¹ Cfr. James Bowen, *Historia de la educación occidental, tomo III. El occidente moderno. Europa y el nuevo mundo. Siglos XVII-XX*, Barcelona, Herder, 1992, pp. 286-314.

derechos civiles, y el establecimiento del jurado en las causas criminales.”¹⁷² Los disturbios ocurridos a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, debidos al ajuste de intereses del clero, el ejército y la joven burguesía, postergaron hasta las jornadas constituyentes de 1856 y 1857 los trabajos de la ejecución del proyecto moderno mexicano. Al ocuparse de la legislación de la enseñanza, los constituyentes buscaron “la reivindicación de la inteligencia por medio del saber, y acabar con la aristocracia de las aulas, donde no puede llegar la miseria con sus harapos”, según la crónica de Francisco Zarco.¹⁷³ Tras la guerra de Reforma y el Impero de Maximiliano, la clase política liberal restauró el orden republicano y se dio a la tarea de instituir materialmente en orden de derecho puntualizado en la Constitución del 57. La ejecución de la magna obra educativa que proyectó la burguesía liberal, representada ideológicamente en los escritos del doctor Mora, corrió a cargo de Gabino Barreda, quien incorporó al edificio ideológico del liberalismo las teorías positivista ideadas por Auguste Comte.

Durante la República Restaurada, el ejercicio del poder alteró la jerarquía de los elementos que componían la fórmula ideológica. El concepto de libertad, que compendia los ideales de la modernidad temprana, conoció sus límites en la doctrina de la burguesía triunfante, a juzgar por las palabras de Barreda:

Representase comúnmente la libertad, como una facultad de hacer o querer cualquiera cosa sin sujeción a la ley o a la fuerza alguna que la dirija; si semejante libertad pudiera haber, ella sería tan inmoral como absurda, porque haría imposible toda disciplina y por consiguiente, todo orden. Lejos de ser incompatible con el orden, la libertad consiste en todos los fenómenos, tanto orgánicos como inorgánicos, en someterse con entera plenitud a las leyes que los determinan.¹⁷⁴

Alterando el significado de la nomenclatura ilustrada, bajo la forma de la modernidad institucionalizada se ocultaba la institución del conservadurismo, que volcó por entero sus esfuerzos hacia la persecución del progreso dentro de los cauces del orden, valiéndose de la razón práctica por sobre la razón especulativa.

Los márgenes institucionales de la ilustración arraigada en México se manifestaron legalmente en los estatutos e informes dictados por Barreda, los cuales buscaban interiorizar en la cotidianidad del ciudadano el orden de las cosas prescrito por la clase política predominante. En el “Dictamen sobre la ley orgánica de instrucción pública del Distrito Federal”, que Barreda

¹⁷² José María Luis Mora, “Revista política”, en *Obras completas II. Obra política 2*, México, Instituto Mora-CNCA, 1994, p. 290.

¹⁷³ Francisco Zarco, “La enseñanza libre (debate)”, en *Francisco Zarco* (selección y prólogo de José Woldenberg), México, Cal y Arena, 1999, p. 430.

¹⁷⁴ Gabino Barreda, “De la educación moral”, en *op. cit.*, p. 114.

redactó en diciembre de 1867, se estableció con claridad el orden del saber positivo que clausuraría el escolasticismo que subsistió a lo largo de las primeras décadas de la vida independiente mexicana. Dicha instrucción perseguía como objetivo el que el estudiante adquiriera “una serie de conocimientos, que a la vez que eduquen su razón y su moral, le proporcionen una masa de nociones reales y aplicables sobre todos y cada uno de los ramos que constituyen el conjunto de la ciencia positiva, verdadero fundamento de todo progreso y de todo orden.”¹⁷⁵ El camino partía de las matemáticas, pasaba por el estudio de la química, la física, la botánica y la zoología, y llegaba finalmente al de la geografía y la historia, siguiendo los pasos de “primero raciocinio puro, después observación como base del raciocinio, y luego, observación y experimentación reunidas”¹⁷⁶ que convertirían a los estudiantes en ciudadanos “preparados para desempeñar sus respectivas funciones sociales, con el acierto y el tino que exigen la estabilidad y el progreso.”¹⁷⁷

El sistema educativo positivista estableció moderadamente los cimientos de la mentalidad democrática, si bien tenía lugar dentro de un contexto social aristocrático. Los jóvenes letrados de la época, que en su madurez habrían de cautivar la atención del público culto de los últimos salones porfiristas, en esos años recibieron la atenta instrucción de un Estado que desde los exclusivos círculos de la clase política se deseaba democrático. Durante la República Restaurada y el Porfiriato la sociedad mexicana dio lugar simultáneamente a formaciones democráticas y aristocráticas; a menudo una germinaba en el seno de la otra, concibiendo un tejido social complejo que era, a su vez, la base material de la cultura pedagógica. La vida política podía llamarse tanto democrática como oligárquica, sin caer en una contradicción: el conflicto de intereses que tenía lugar a fines del siglo XIX engendró un régimen que adoptó prácticas propias de ambos paradigmas de convivencia. La complejidad de este tema de la historia moderna, cuya eficiencia se sostenía simultáneamente en la trascendencia de los ensayos burocráticos y la persistencia de las costumbres aristocráticas, reprodujo un sistema político semejante a los modelos de regímenes mixtos que describió Aristóteles en la *Política*.¹⁷⁸ El plan de estudios delineado por Barreda representó el primer

¹⁷⁵ Gabino Barreda, “Dictamen sobre la ley orgánica de instrucción pública del Distrito Federal del 2 de diciembre de 1867”, en *La educación positivista en México* (selección y prólogo de Edmundo Escobar), México, Porrúa, 1998.

¹⁷⁶ Gabino Barreda, “Carta dirigida al C. Mariano Riva Palacio, gobernador del Estado de México, en la cual se tocan varios puntos relativos a la instrucción preparatoria”, en *Estudios*, p. 20.

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 23.

¹⁷⁸ Cfr. Aristóteles, *op. cit.*, IV, 1289b y ss., pp. 178 y ss.

esfuerzo significativo por modernizar la educación, dejando atrás los rudimentarios ejercicios lancasterianos. Otros hitos fueron la celebración del congreso higiénico pedagógico, en 1882, y la de los dos congresos nacionales de instrucción, celebrados entre 1889 y 1891. No obstante, la modernidad permanecía circunscrita por las carencias materiales y la preponderancia de otros intereses, como los militares: durante el Porfiriato la educación recibió entre un tres y un siete por ciento del presupuesto federal, mientras que el ejército y la policía llegaron a absorber hasta un cincuenta por ciento. De aquel porcentaje, la primaria y la secundaria ocupaban la mayoría del presupuesto destinado a la enseñanza, convirtiendo a los estudiantes de grados profesionales en un grupo privilegiado entre los privilegiados.¹⁷⁹ Juan de Dios Peza, quien perteneció a la primera generación de estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria, describió así la puesta en práctica de la convivencia en las aulas propuesta por la academia positivista: “causó gran extrañeza que obligaran a vivir bajo el mismo techo, a comer el mismo pan y a asistir a las mismas cátedras a jóvenes de opuestos gremios, con razón juzgados como enemigos irreconciliables.”¹⁸⁰

Durante la República Restaurada la vieja guardia liberal celebró la victoria de los ideales de democracia y libertad, cuya alabanza conoció sus márgenes en los tratos políticos y administrativos de la nueva clase gobernante que adoptó el positivismo como instrumento ideológico. Los mexicanos presenciaron la representación de una legalidad democrática que de hecho acontecía en un escenario oligárquico. Las prácticas democráticas pertenecían a las costumbres de los participantes de la dirigencia oligárquica o, dicho de otra manera, la oligarquía recreaba en su intimidad la subversión de su efigie. Los primeros ejercicios de crítica ocurrieron en el seno de los círculos cultos que luego demostraron la trascendencia de sus actos. Muchos protagonistas de la Revolución Mexicana, como Venustiano Carranza y Francisco I. Madero, provenían de las altas esferas del Porfiriato. Paulatinamente, conforme el régimen porfiriano adquirió el semblante de la madurez y la prosperidad, la moralidad imperante comenzó a ensayar las prácticas de su propia descomposición.

La institucionalización del liberalismo que ocurrió en las últimas décadas del siglo XIX sostuvo el proyecto democrático en el ejercicio de las ciencias y dejó atrás las intenciones de los liberales puros, como las de Ignacio Manuel Altamirano, quien proyectaba en 1871 un plan académico que agregara “a las secciones científicas y literarias una sección exclusivamente

¹⁷⁹ Cfr. Moisés González Navarro, “La instrucción pública”, en *Historia Moderna de México. El Porfiriato. La vida social*, México, Hermes, 1970, pp. 529-690.

¹⁸⁰ Juan de Dios Peza, “Recuerdos”, en *op. cit.*, p. 80.

artística, encargada de inspeccionar y conservar nuestros monumentos y de proteger el cultivo de las bellas artes.”¹⁸¹ En cambio, sobrevino un rompimiento entre la ciencia y el arte, a causa de que aquélla no supo cosechar frutos en ésta. Levin L. Schücking anota que “después de haber pretendido, durante siglos, enseñar la teoría de las artes, en el siglo XIX la universidad renunció tan radicalmente a esta pretensión, que las cátedras regulares de poética casi se hicieron una rareza.”¹⁸² Al margen del positivismo existió una rama del saber que persistía, a pesar de la alienación oficial. El ejercicio de las artes, incapaz de argumentar su validez científica, se mantuvo ya en las aulas de contadas escuelas, ya en el ocio de los abogados o los médicos. El velo rasgado de la cultura reprodujo el conflicto que tuvo lugar en la sociedad ilustrada, cuyo desenlace redujo al artista a la condición de paria o gracioso. Cuenta Peza que los jóvenes científicos “nos veían como a leproso, como apestados y sólo nos toleraban en las horas de ocio, para que los distrajéramos con cualquier chascarrillo, con algún cuento de color subido o con alguna poesía entusiasta y conmovedora.”¹⁸³ Se puede decir de la época, como dijo Riva Palacio de Sierra, que “hay dos fuerzas que se disputan su espíritu; la poesía y el positivismo.”¹⁸⁴

b) La educación como preservación de los valores establecidos: el caso de Gustavo Bernal.

El ascenso de los científicos modificó los caminos del saber. Una racionalidad que tendía indefectiblemente hacia la optimación de la productividad administrativa silenció el canto de las sirenas. Pero algunas sensibilidades supieron atender a su llamado y cayeron bajo su encanto. Prefirieron desatarse del mástil de la nacionalidad para perseguir las mieles del esteticismo europeo. Cuando los senderos del arte se estrecharon en el territorio nacional, la necesidad y el prestigio abrieron las brechas hacia el extranjero. Los embates del científicismo avivaron el esplendor que la mirada ilusionada de los jóvenes artistas atribuía a las instituciones culturales del viejo mundo. Las circunstancias adversas atribuyeron al genio artístico el doble valor de la excepcionalidad y la perseverancia. Peza escribió que “nuestro país tiene sus campos

¹⁸¹ Ignacio Manuel Altamirano, “Plan cultural de la Academia de Ciencias y Literatura”, en *Obras completas I. Discursos y brindis*, México, SEP, 1986, pp. 241-242.

¹⁸² Levin S. Schücking, *El gusto literario*, México, FCE, 1996, pp. 119-120.

¹⁸³ Juan de Dios Peza, “El libro de carne”, en *op. cit.*, p. 74. Durante mucho tiempo pesó sobre las disciplinas artísticas “el anatema de su falta de base científica; como si lo que determina el carácter científico no fuera el método, sino el objeto, y como si no pudieran también hallarse métodos para estudiar el nuevo arte. Esta situación [...] hizo que el estudio escolar de la literatura perdiera todo interés.” Levin S. Schücking, *op. cit.*, p. 120.

¹⁸⁴ Vicente Riva Palacio, “Justo Sierra”, en *Los Ceros (galería de contemporáneos)*, México, Instituto MorancNA-UNAM-Instituto Mexiquense de Cultura, 1996, p. 75.

y sus selvas vírgenes y como estos, vírgenes también los campos del arte. Muchos ingenios ha producido México pero no han sido todos ellos hijos de las universidades y de las academias.”¹⁸⁵ A causa de la austeridad humanística de las instituciones educativas mexicanas, la academia de las artes se descarnó, acrecentando la fama y perpetuando el monopolio del saber humanístico detentado por las academias europeas, a donde se dirigieron dos jóvenes artistas mexicanos, el cantante Gustavo J. Bernal y el pintor Gerardo Murillo, quienes pisaron las costas de Italia a principios de 1897.

Gustavo J. Bernal nació en Jalisco en 1870. Era un aficionado al canto que descolló por primera vez en los escenarios mexicanos cuando la Empresa Arcaraz le permitió presentarse en el intermedio de una función de ópera, luciendo una presencia orgullosa y una bella voz de barítono; ganó la admiración de melómanos y funcionarios, quienes gestionaron que el joven aprendiz continuara su educación musical en Italia con el apoyo del gobierno mexicano.¹⁸⁶ Bernal comunicó a Enrique de Olavarría y Ferrari, en una carta fechada el 22 de enero de 1897, que había llegado a Milán, con el objetivo de reanudar en las academias locales los estudios de canto que no pudo perfeccionar en México; a su arribo le aquejaron infortunios que esperaba superar con el apoyo de sus tres protectores, que personificaban al gobierno mexicano, el Presidente Porfirio Díaz, el mismo Olavarría y el entonces Ministro de Justicia e Instrucción Pública Joaquín Baranda, de quien esperaba “obtener una resolución favorable, pues de otra manera no sé qué haría yo donde nadie me conoce y todos son egoístas.”¹⁸⁷ Bernal, a pesar de las circunstancias contraproducentes, encontró en Italia, como otros músicos que le precedieron, una verdadera academia de las artes, afirmada en los lazos económicos y sociales de la realidad histórica y no en las utopías del progreso. Resolvió internarse en la experiencia de la modernidad y sus espectáculos.¹⁸⁸

¿Qué dejó atrás Bernal al partir rumbo a Europa? Conforme a datos proporcionados por el episodio correspondiente de la *Historia Moderna de México*, a comienzos del Porfiriato existían once teatros en la Ciudad de México, que aumentaron a dieciocho en los primeros

¹⁸⁵ Juan de Dios Peza, “José María Velasco”, en *op. cit.*, p. 173.

¹⁸⁶ Cfr., Enrique de Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, XI, 9, pp. 1835-1836.

¹⁸⁷ APEOF, C8, E1, D3.

¹⁸⁸ Melesio Morales, quien también recibió su formación musical de manos de la academia italiana, describe en una nota fechada el 17 de octubre de 1868 las condiciones materiales del ambiente musical en el viejo mundo: “la música y los músicos en Europa, fuerza es decirlo, en mi opinión están mejor generalmente que en México. La cantidad inmensa de teatros, maromas, títeres, circos, cafés y diversiones, les da trabajo para poder sacar su vida no digamos *descansadamente*, esta palabra no toca al que para ganar trabaja, pero sí, sin grandes esfuerzos basta sólo que sepa escoger su lugar.” *Mi libro verde de apuntes e impresiones*, México, CNCA, 1999, p. 21.

años del siglo XX. Según Moisés González Navarro, dichos espacios “eran antihigiénicos e inseguros” y “daban albergue en sus inadecuados locales a toda clase de espectáculos, incluso la ópera.”¹⁸⁹ La construcción, a principios de siglo, del Teatro Nacional, que empezó a hundirse a causa de las condiciones inadecuadas del subsuelo, simbolizó de cierta manera el estado de los espectáculos para las clases privilegiadas, los cuales tenían lugar en un mundo que carecía de una academia capaz de sustentar el ejercicio de las artes. De cualquier manera, a pesar de las insuficiencias materiales, cuando Bernal partió hacia Europa existía en México un público deseoso de espectáculos monumentales y elegantes, el cual encontraba en la ópera una estética afín a la condición social que detentaba o pretendía.

El apoyo del gobierno mexicano representó para Bernal “el pan y la instrucción”, retomando una expresión que Peza emplea al recordar sus años de estudiante.¹⁹⁰ Durante su formación en Europa las inquietudes económicas siempre permanecieron a su lado, afligiendo sus psicología e, incluso, quebrantando su salud. Esa “situación verdaderamente triste”¹⁹¹ se mantuvo hasta años después de su llegada: el 2 de febrero de 1899 lamenta “no haber recibido aún, después de dos meses, nada de la pensión que los respetables General Díaz y Ministro Baranda tuvieron la bondad de acordarme”, y describe a Olavarría que está “desde hace tres meses con las puertas cerradas y casi sin poder estudiar ni hacer nada pues Usted debe suponer, mi respetado y fino amigo, cuáles serán mis penas al carecer de todo.”¹⁹²

Temiendo tales circunstancias, Bernal escribe, en una carta dirigida a Enrique de Olavarría: “le recuerdo mis molestias a efecto que, desde luego o mejor dicho en tiempo oportuno, sean dadas las órdenes respectivas para mi pensión, porque ya tengo miedo de que me llegase a faltar o a retardar dicho dinero”¹⁹³; luego, le pide “lograr que con la anticipación debida se diera la orden a Londres para que en debido tiempo me sean dadas mis mensualidades y no sufrir trastornos, como me lo indicó el Señor Esteva, nuestro Ministro en este Reino.”¹⁹⁴ El 28 de julio de 1899 insta de nueva cuenta a que Olavarría “se digne en agitar todo a fin de que inmediatamente se librarla la orden” que necesita “para revalidar mi

¹⁸⁹ Moisés González Navarro, “Las horas de asueto”, en *op. cit.*, pp. 749-751.

¹⁹⁰ Juan de Dios Peza, “El libro de carne”, en *op. cit.*, p. 73.

¹⁹¹ APEOF, C8, E14, D31, carta del 14 de enero de 1899.

¹⁹² APEOF, C8, E15, D1.

¹⁹³ APEOF, C8, E17, D8, carta del 12 de abril de 1899.

¹⁹⁴ APEOF, C8, E18, D4, carta del 17 de mayo de 1899.

pensión”¹⁹⁵; y el 6 de agosto desea saber “porqué se ha demorado la orden y si le es posible agitar los procedimientos, pues ya desespere, después de un mes y medio de miseria.”¹⁹⁶

Con el transcurso de los meses y el acrecentamiento de la incertidumbre, las constantes privaciones materiales abaten a Bernal, que escribe: “he estado malo de anemia, tanto que dos veces he tenido necesidad de ocuparme en nada por prescripción del doctor. Tal enfermedad me ha venido de las traspasadas y escaseces que pasé el año pasado, pues mi estómago quedó sumamente delicado.”¹⁹⁷ El malestar físico encuentra su correspondencia anímica en un estado de depresión, a juzgar por la siguiente confidencia: “Usted comprende mi querido Señor y amigo lo que es estar en un país extraño careciendo de lo necesario. Pues aquí, entre nos, le diré que he tenido ideas extravagantes, que, si no fuera porque tengo una seguridad en la ayuda de mis amigos y una esperanza en el arte, quizá lo que hubiera sido de mí.”¹⁹⁸ El joven estudiante lamenta que la falta de dinero interrumpa el transcurso de su educación musical; en una carta del 6 de agosto de 1899 escribe: “no debe imaginarse distinguido Señor Olavarría los días que habré pasado y aún paso, porque hasta la fecha no recibo un centavo. Si yo pudiera haber abonado algo, poco me interesaría esto, pero al contrario no me alcanza, tanto que no puedo perfeccionarme en la declamación, tan interesante para un cantante”¹⁹⁹; y en otra abunda sobre el tema, explicando el sentimiento de injusticia que lo subyugaba: “efectivamente, estaba yo como loco pues no sabía qué hacer cuando me llegó el aviso de que mi pensión cesaba; pensaba tantas y tantas cosas, pues en principio de carrera, sin trajes para presentarme en el teatro, ni menos me quedaba el recurso de poder cantar; por otra parte, verá que había cumplido con mis deberes, puesto que como pensionado había obtenido como artista las mayores demostraciones de los públicos europeos que me vindicaban de todas maneras ante mi país y ante su Gobierno, poniendo en claro que de la ayuda que tan bondadosamente se me daba, yo era acreedor y por lo mismo, siendo mexicano, tenía hasta cierto punto derecho a ella.”²⁰⁰

¹⁹⁵ APEOF, C8, E20, D10.

¹⁹⁶ APEOF, C8, E21, D3.

¹⁹⁷ APEOF, C9, E2, D4, carta del 7 de enero de 1900.

¹⁹⁸ APEOF, C8, E14, D31, carta del 14 de enero de 1899.

¹⁹⁹ APEOF, C8, E21, D3.

²⁰⁰ APEOF, C9, E11, D4, carta del 20 de diciembre de 1900.

Ilustración de los jóvenes del Porfiriato

La afluencia del sustento económico mitigó la angustia y el estudiante pudo finalmente presentar a sus protectores el producto de sus esfuerzos.²⁰¹ Después de meses de formación, el 31 de diciembre de 1898 escribe: “mis estudios siguen muy bien y no hay comparación de cómo cantaba hace un año”²⁰²; y el 21 de marzo del 99: “he recibido con toda regularidad mi pensión y como debe Usted suponer ya mi imaginación está más tranquila, lo cual contribuye a que la mente aferre todo, sin que tenga esas divagaciones atroces que lo impedían antes. He aventajado bastante en estos dos meses, pues nomás pienso en el arte y en la manera de distinguirme”²⁰³; y reitera en los sucesivos meses del mismo año: “sigo estudiando y espero llegar un poco más alto”²⁰⁴, y “sigo mis estudios aventajando cada día más y sólo quisiera poder perfeccionarme en la declamación.”²⁰⁵

A pesar del optimismo comunicado en la correspondencia, el joven aprendiz de cantante debía presentar a sus protectores pruebas palpables de sus logros en el extranjero que sustentaran su presunta distinción y exteriorizaran la fuerza de sus esperanzas de “llegar un poco más alto.” La publicidad, uno de los espacios privilegiados de la realidad moderna, sirvió como vehículo para conducir a Enrique de Olavarría y Ferrari, Joaquín Baranda, Porfirio Díaz y, de ser posible, a todo México ante el escenario donde las luces de la fama iluminaban la efigie de Gustavo J. Bernal. En una carta del 31 de diciembre del 98 lo refiere con timidez: “en París he obtenido algunos triunfos, después en Oggiono y, por último, hace quince días, aquí, donde fui prácticamente aplaudido, en la casa del Conde Señor de Bentuoglio. Me permito acompañarle un periódico y, si Usted pudiera decir algo sobre este respecto en la prensa de ese país, mucho se lo agradecería. Tengo ya algunas óperas listas para mi debut, el que será lo más pronto posible. Ya me permitiré comunicárselo.”²⁰⁶ Un año después las noticias del éxito se suceden con regularidad, y el sigilo que velaba el anuncio de su debut deviene orgullo nacionalista, que no presunción, así en una carta del 12 de abril del 99: “tengo la gratisima satisfacción de acompañarle algunos periódicos de Florencia, en que hablan de mi debut. Verdaderamente me siento feliz por las frases que me dirigen, puesto que me he procurado

²⁰¹ Existen ciertas circunstancias excepcionales que confunden la satisfacción con el desasosiego, como la que describe en una carta del 25 de marzo de 1901: “en medio a todas estas satisfacciones tengo inmensas penas. Como la ayuda que tan bondadosamente me ha acordado el Gobierno, no me alcanzaba para pagar el maestro (que me cuesta 175 f. al mes) he empeñado todo y me encuentro con que todo está en el Monte de Piedad” (APEOF, C9, E16, D1). El dramatismo acompañaba la vida del artista incluso fuera de los escenarios.

²⁰² APEOF, C8, E13, D5.

²⁰³ APEOF, C8, E16, D10.

²⁰⁴ APEOF, C8, E18, D4, carta del 17 de mayo de 1899.

²⁰⁵ APEOF, C8, E19, D3, carta del 21 de junio de 1899.

²⁰⁶ APEOF, C8, E13, D5.

darle honra a mi país y corresponder en cierto modo a la gran ayuda que mi Gobierno me tiene acordada”²⁰⁷; en una del 17 de mayo del mismo año: “ya serán en manos de Usted los periódicos que hablan de mi debut y por ellos se dignará Usted saber cuánto ha sido mi esfuerzo por proporcionar a los Señores Presidente y Ministro, y a las demás personas que, como Ustedes, se han servido ayudarme, una prueba de mis adelantos.”²⁰⁸ Al año siguiente, el 1º de marzo, notifica el envío desde Milán de “la prensa de esta capital, en la que se me elogia como cantante en una fiesta donde canté. Esto es honroso, pues el público milanés es el más exigente una vez que se comienza a sembrar un poco de fama”²⁰⁹; un mes después: “lleno de satisfacción tengo el gusto de enviarle la prensa entera de esta ciudad, en que se me elogia por la parte que tomé en un concierto, cuyas partes principales fueron encomendadas a la célebre contralto Señora Guerrini Jabri y a mí. Esto me hizo honor porque algunos periódicos han dicho que yo he sido digno compañero de esta celebridad, que en todo el mundo figura entre las contralto como Tamagno entre los tenores”, y continúa escribiendo que “sin pretensiones de mi parte y sí con la sinceridad de un hijo digo a Usted que he alcanzado un verdadero triunfo, porque fui aplaudido muchísimo”; considera que al Presidente Díaz y al Ministro Baranda “les será grato leer mi triunfo, pues verán que su protección la han empleado bien y que yo correspondo aprovechándola.”²¹⁰ El 25 de marzo de 1901 escribe en una carta cuya brevedad (consta de apenas un par de páginas) refleja la costumbre del triunfo: “he obtenido en esta ciudad al Politeama Adriano un completo éxito. No sé si la prensa de esa capital hablará, porque el Señor Angeimi, nuestro Cónsul, me dijo había enviado la prensa de aquí a algunos de los periódicos de allá”; y sigue: “estoy satisfecho con este otro triunfo, pues que todo esto pondrá de manifiesto a mi Gobierno y a la personas que se han dignado ayudarme, cual ha sido mi empeño por corresponderles.”²¹¹ Conforme las noticias fluían, el entusiasmo aumentaba; la trayectoria ascendente de Bernal lo condujo de la miseria y el anonimato a la gloria de la notoriedad pública en el viejo continente.²¹²

²⁰⁷ APEOF, C8, E17, D8.

²⁰⁸ APEOF, C8, E18, D4.

²⁰⁹ APEOF, C9, E4, D1.

²¹⁰ APEOF, C9, E5, D3, carta del 10 de abril de 1900.

²¹¹ APEOF, C9, E16, D1.

²¹² Existe un incidente aislado, ocurrido a finales de 1900, que interrumpe la satisfacción de Bernal, despierta su indignación y hierre su nacionalismo: “me llega una carta del Señor Esteva en la cual me participa que mi pensión no está revalidada sino hasta el mes de diciembre y agrega que siente mucho no poder hacer nada, lo cual me hace pensar mucho y al mismo tiempo me obliga dirigirme a Usted suplicándole que inmediatamente que reciba ésta se sirva ver al Señor Baranda e informarse si es cierto esto, o solo por un olvido han dejado de revalidar mi pensión, e influir para que se me conceda mientras yo puedo bastarme, porque si no tuviera

En tanto que los momentos de penuria nublaban sus expectativas, Bernal vio interrumpidas “las ilusiones que tenía por llegar a mi país con una aureola de fama europea”²¹³; pese a esto, persistieron sus aspiraciones de honrar a México ofrendándole su gloria y, conforme el adiestramiento proporcionado por la experiencia avivaba su destreza en el ambiente de los espectáculos, Bernal organizó el orden de sus ambiciones, compartiendo entre la persona y la nación los laureles que la notoriedad concedía. Tal proceso arrancó desde que el estudiante pisó el territorio europeo, germinó en el subsuelo de su voluntad cuando los conflictos materiales agobiaban su desempeño y fructificó plenamente en los tiempos gloriosos. El 1º de diciembre de 1899, tras casi dos años de aprendizaje en Europa, Bernal escribe a Olavarría: “varios amigos sudamericanos se han dignado honrarme con el nombramiento de Secretario de Redacción de una revista mensual ilustrada que tratará de artes, ciencias, literatura, comercio, industria, variedad, etc., etc. Al aceptar este cargo honorífico, no me ha guiado otra cosa que hacer conocer mi patria –desgraciadamente muy poco conocida en el extranjero– y suplicar a las personas que, como Usted, me han dispensado su amistad se dignen aceptar el nombramiento de colaborador en dicha publicación, con la cual ayuda, podré, sin duda alguna, llenar mi cometido y cumplir el noble fin que deseo que, como ya dije, es el hacer resaltar entre las Naciones que hoy marchan por el sendero de la civilización y del progreso, nuestro querido país, la República Mexicana.”²¹⁴; días después agrega, puntualizando el propósito de sus esfuerzos al involucrarse en el proyecto editorial: “he aceptado este cargo puramente honorífico con objeto de hacer conocer a mi país, pues aquí no se tiene idea y nos creen casi salvajes. Además otra de las cosas por las que he sido animado ha sido la de corresponder a mi gobierno de alguna manera la ayuda con que me protegen y escribir algunos artículos sobre su administración. Puesto que dichos artículos se leen en toda la América latina

necesidad de ella actualmente yo sería el primero en renunciarla y dar las gracias”... “el pago de mi Gobierno es dejarme aquí, implorando la comida y muriéndome de hambre. Muchísimas pruebas ha tenido mi Gobierno de mi persona, puesto que no hay vez en que la prensa no me dirija algo, elogiando mis aptitudes. ¿Esto no serán méritos?”... “si se me diera un pago así, hoy que las arcas de nuestro Gobierno rebosan de dinero, renunciaría a mi patria e iría a España o Alemania o Inglaterra, pidiendo apoyo o ayuda porque en la altura en que estoy honro a cualquier país.” Concluye pidiendo a Olavarría que “influya para que no se me trate así, después de tanto sacrificio, porque yo soy el único que no ha venido a Europa para pasearme. En caso de contraria avenencia de parte del Gobierno, renuncio a todo y que me manden mi pasaje, al cual tengo derecho, pues yo no me quedaría aquí para morirme de hambre” (APEOF, C12, E3, D13, carta del 31 de octubre de 1900).

²¹³ APEOF, C12, E3, D13.

²¹⁴ APEOF, C9, E1, D16.

y además son traducidos al italiano.”²¹⁵ La gloria y la ofrenda de Bernal tuvieron lugar en el espacio de la publicidad. Sus trofeos constituyeron las páginas impresas que se distribuyeron a lo largo de una geografía cultural que tuvo a Europa como su centro y a Latinoamérica como su periferia.

El 14 de septiembre de 1900, mientras transcurre una preparación que demanda varios años y muchos esfuerzos, Bernal expresa que aspira a coronar sus trabajos en los escenarios de su tierra natal: “deseo ir a México haciéndome honor y como barítono absoluto; mientras esto no sea, no iré.”²¹⁶ A principios de 1903 el célebre cantante Gustavo J. Bernal, movido por “un deber de agradecimiento y de cariño”²¹⁷, escribe un puñado de líneas a Enrique de Olavarría para informarle que ha vuelto a México, en compañía de su esposa, una artista de la Corte austro-húngara, y del consorcio italiano Teatro del Renacimiento S. A. El anuncio que le sigue traza, como un círculo iniciático, la plenitud de su gloria: “esta noche tendrá lugar mi debut y, con mucho placer, tengo el placer de comunicárselo a Usted y a su apreciable familia.”²¹⁸ Olavarría y Ferrari describió lo sucedido aquella noche con las siguientes palabras:

El barítono Gustavo Bernal mereció los aplausos que se le tributaron por su labor tan correcta como fina; pareció elegante, discreto y sin afectación; su voz, no de gran fuerza, pareció robusta, bien matizada, llena de colorido y de expresión y supo modelarla de un modo perfecto.²¹⁹

Bernal volvió de Italia adornado con el prestigio europeo que había conquistado y se instaló en la cumbre de la fama, donde la historia le dispuso una ironía. La realidad del espectáculo se sostenía en el vilo de la moda, mas la servidumbre al imperio bicéfalo de la actualidad y la edificación del buen gusto arrastró a Bernal hacia el olvido: como la iniciación del cantante aconteció en el templo de la publicidad, la solidez de su fama se compuso de páginas que, tras ser consumidas, se desvanecieron, confinándolo a un instante en la historia de los placeres mundanos. Las luces que resaltaron su éxito en los escenarios le impidieron descubrir la fragilidad del andamiaje del espacio histórico que habitaba. Los artificios del espectáculo nutrieron tanto su avidez de fama como las necesidades ociosas de los espectadores pero no ejecutaron encanto alguno sobre los tiempos de la historia. A pesar de las

²¹⁵ APEOF, C9, E2, D4, carta del 7 de enero de 1900.

²¹⁶ APEOF, C9, E10, D2.

²¹⁷ APEOF, C9, E40, D13, carta del 26 de abril de 1903.

²¹⁸ APEOF, C9, E41, D3 (fecha de redacción desconocida). Tras estas líneas, que constituyen el documento en su totalidad, Bernal desaparece de la correspondencia de Enrique de Olavarría y Ferrari. En México se presentó con éxito en el Teatro Arbeu y en el Circo Orrin. Murió en París, en 1918.

²¹⁹ Enrique de Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, XV, 4, p. 2452.

salmodias del periodismo de espectáculos de la época que concedía a los cantantes exitosos del momento las palmas de la posteridad, la trascendencia del personaje dependía de las coyunturas entre los diversos componentes del proceso histórico que a fin de cuentas le sería desfavorable a Bernal, a pesar de los aplausos que le tributaron los públicos de Europa y América. La publicidad resguardó ciertos encantos de la magia del instante que circulaban por los escenarios pero lo hizo sin dar cuenta de ello, mientras ofrendaba la tinta de sus entregas periódicas a la diosa de la fama. La figura de Bernal se debatió en tiempos cuyas costumbres enlazaban a la aristocracia con la democracia, prefigurando una crisis coyuntural tanto en la política como en el gusto, y por unos años, que el transcurso de la historia trocó en un suspiro, se sostuvo. Alexis de Tocqueville sostenía que, cuando un *cambio* que afecta al estado social empieza a mostrarse en las artes, sobreviene en primer lugar en las artes escénicas y, para completar el esquema bipolar de las fuerzas que mueven al gusto, acerca de la *tradicón* agrega:

El gusto tradicional de algunos hombres, la vanidad, la moda y el genio de un actor pueden sostener por algún tiempo o restablecer el teatro aristocrático en el seno de una democracia; pero muy pronto declinará por sí mismo, pues si bien no se obstaculiza, se le abandona.²²⁰

Las experiencias de Gustavo J. Bernal comunican la actualización en los escenarios de un orden social conservador. Al mismo tiempo que una historia de los espectáculos entretejió los eventos ocurridos en torno a los escenarios operísticos, el envés del lienzo reprodujo lo que ocurría en los escenarios sociales. La burguesía adinerada siempre procuró fijar la estrella de su ascenso en manifestaciones públicas monumentales y prefería a la ópera por sobre todas ellas “porque ningún otro arte le ofrecía tan grandes posibilidades para la ostentación, para la pompa y la tramoya, para la acumulación y complicación de efectos.”²²¹

Durante los años de apogeo del Porfiriato existió un equilibrio entre los distintos conjuntos sociales y sus representaciones públicas. Los espectáculos preferidos no mostraban la disolución del gusto, sino su estratificación: “a los toros acudieron pobres y ricos; la clase media fue el principal sostén del teatro, y la antigua aristocracia y la nueva burguesía consideraron indispensable mantener su prestigio social asistiendo a la ópera.”²²² Con cada uno de sus actos, Bernal reafirmaba las particularidades morales que imperaban en los círculos aristocráticos de la época, conjugaba el cosmopolitismo con el nacionalismo en la fastuosidad operística, con una eficacia tal que su oficio llegaba a descubrir la teatralidad del régimen. El

²²⁰ Alexis de Tocqueville, *op. cit.*, II, 1, xix, pp. 449-452.

²²¹ Arnold Hauser, *Historia social de la literatura y el arte*, IX, 2, Madrid, Debate, 1998, p. 352.

²²² Moisés González Navarro, “Las horas de asueto”, en *op. cit.*, p. 749.

empeño del Porfiriato por dominar la tramoya de la escena pública se debió, según José C. Valadés, a las medidas económicas llevadas a cabo por los cuadros administrativos formados por el mismo positivismo que restringió el lugar de las artes en los programas educativos, las cuales quisieron “dar a todas las cosas” lujo y al Estado “una soberbia autoritaria.”²²³ En un vuelco dialéctico de la historia, el espectador se convirtió también en actor de la escena social. Mientras el caballero y la dama porfirianos creían presenciar una representación, también llevaban a cabo una, esparcían en las conciencias de los espectadores el polvo encantado de las declinaciones escrupulosas que regían cada gesto corporal, cada inflexión de la voz, detentaban el ingenio y la belleza como la heráldica de una antigua nobleza. En un juego de espejos, la escena reproducía la fisonomía de la sociedad y ésta la de aquella. Escribió Tocqueville que “no hay parte de la literatura más estrechamente ligada al estado actual de la sociedad que el teatro. El teatro de una época no puede nunca convenir a la que sigue, si una importante revolución ha cambiado, entre las dos, costumbres y leyes.”²²⁴ Con la popularización de las artes escénicas se replegó la literatura heroica. Formalmente desaparecieron los rasgos gramaticales que identificaban a la literatura del caudillismo, como el uso de la tercera persona y del tiempo pasado. En la ópera los ciudadanos contemplaban a personajes presentes que hablaban con su propia voz y no mediante un discurso indirecto en cuya lejanía narrativa se sublimaba un pasado inmaterial. En vez de recluirse en una estancia del hogar, el público prefería la experiencia de la palabra viva, ya en las representaciones teatrales ya en las recitaciones de poemas durante las veladas literarias. Este placer por la voz guardaba una distante relación con el deseo latente por tomar la palabra en los asuntos de la vida pública. Mediante este recurso estilístico el ciudadano adquiría conciencia de su presencia y de su voz, así como los personajes que observaba hacían uso de ellas y dejaba atrás la metafísica liberal para penetrar en las jornadas diarias de la práctica moral. Pero eventualmente el elogio de la práctica y el desprecio de la ideología liberal devinieron a su vez en ideología del pragmatismo. Lo que inició como crítica del estado ideológico anterior luego se convirtió en dogma y se convertiría en sujeto de la crítica de los primeros asomos de las posturas ideológicas por venir. Las fórmulas encomiásticas de la práctica impactaban el leguaje cotidiano con la misma fuerza que las flechas de Apolo. El positivismo se había erigido como el cielo mitológico del Porfiriato. Las frases hechas adquirieron la rigidez de los salmos y el cientificismo, como ciencia administrativa,

²²³ José C. Valadés, *op. cit.*, p. 249.

²²⁴ Alexis de Tocqueville, *op. cit.*, II, I, xix, p. 452.

ciencia política o ciencia histórica, se atribuyó los dones de la devoción. Los intelectuales orgánicos no sometían sus declaraciones al juicio de la razón sino a los efectos de la lisonja.

El proceso que experimentó la sociedad porfiriana dio lugar a la creación de intereses que se involucraron en un conflicto, cuya resolución se anunciaba desde los primeros años del siglo XX. Mientras el poder cambiaba de manos, la vieja clase dominante, desposeída de su autoridad, se refugió en el fantasma de su representación pública: a principios del siglo XX la aristocracia decadente que constituía “el público de la ópera era tan pobre como exigente, quería lo bueno y no podía pagarlo, sin conformarse con lo pobre que podía pagar.”²²⁵ Durante estos años el público toleraba los fragmentos selectos de óperas célebres, prefería la zarzuela, la música de cámara y las interpretaciones solistas en piano o violín, siguiendo la tendencia marcada por las clases medias, cuyo gusto desdeñaba la monumentalidad de un régimen ya envejecido y comenzaba a ataviar los espectáculos con atributos intimistas.²²⁶ La opereta, el teatro de revista, las funciones de variedades y el circo suplantaron a los grandes espectáculos.

c) La educación como revolución del orden establecido: el caso de Gerardo Murillo.

La disposición de los espacios de las artes mantuvo una relación estrecha con los tiempos que seguían los conflictos históricos. Significativamente, la juventud de Gustavo J. Bernal, personaje abocado a la tradición, ocurrió en los escenarios teatrales, donde se hermanaba con el régimen establecido funcionando como instrumento propagandístico, mientras que el espíritu de la modernidad emanaba de la vida del joven Gerardo Murillo (como luego emanaría de sus obras de madurez), un artista cuyos trabajos se exhibían en los estudios, salones o recibidores de los espacios interiores de las familias burguesas, en los domicilios particulares de “hombres de posición mediana, que rinden culto al arte y que hacen gustosos un sacrificio por obtener una obra bella.”²²⁷ El orden establecido se apropió de los espacios abiertos mientras las diversas tendencias modernizadoras germinaban en los espacios cerrados.

Los cambios sociales que se expresaron en la composición de una legalidad vigente buscaron servirse de la educación como medio para construir un nuevo orden; sin embargo, durante el siglo XIX las instituciones educativas, bajo la influencia del positivismo, podaron del árbol del saber la rama de las artes. Ya desde los últimos años del XVIII Kant había asestado

²²⁵ Moisés González Navarro, “Las horas de asueto”, en *op. cit.*, p. 763.

²²⁶ *Ibid.*, pp. 765-774.

²²⁷ Las palabras provienen de un texto de Ignacio Manuel Altamirano, citado por Juan de Dios Peza en “José María Velasco”, en *op. cit.*, p. 175.

un golpe certero cuando afirmó que lo bello agradaba desinteresadamente, de una manera impersonal y universal. Posteriormente, bastó que los ideólogos generalizaran la glorificación del utilitarismo como la cumbre de la jerarquía de las disciplinas culturales, en detrimento franco del fenómeno estético. La rama derribada se escindió, de manera que un trozo cayó en el terreno de la tradición y otro en el de la bohemia. El primero de ellos pidió el abrigo de la antigua academia de las bellas artes que procuró la conservación de los valores que padecían los embates de la modernización. El otro asimiló sus circunstancias e hizo germinar una estética de la deriva y la exclusión. Ambos señalaron las dos vertientes de la modernidad: una que buscaba su propia conservación y otra que perseguía la perpetua reinención en el instante. Mientras en las aulas se escenificaba una modernización del saber, en los escenarios teatrales ocurría la conservación de la aristocracia. La deriva del arte entre los poderes de la academia y de la individualidad caracterizó a la cultura moderna de fines del siglo XIX y principios del XX.

La historia deparaba giros irónicos a las intenciones de los hombres. Si bien durante el siglo XIX la fuerza del cientificismo positivista se propuso empujar a las artes fuera de los planes académicos, finalizando el siglo ocurrió una revolución artística que se debió en gran medida al impacto de las ciencias. Así como la aristocracia burguesa estableció su ideología con base en ciertas directrices de la ilustración con la intención de descomponer la preeminencia del espíritu aristocrático, los artistas modernistas aprovecharon los frutos de la cultura del positivismo, cuyo suelo era infecundo para la semilla de las artes. Según Arnold Hauser, “el triunfo de la concepción del mundo propia de las ciencias naturales y del pensamiento racionalista y tecnológico sobre el espíritu del idealismo y del tradicionalismo” ocasionó la emergencia de la estética naturalista, un fenómeno capital en el proceso de la civilización moderna que marcó un punto de ruptura en la tradición artística.²²⁸ Si bien las generaciones que siguieron al naturalismo frecuentemente objetaron sus principios estéticos, no pudieron escapar al parentesco motivado por la genealogía. En tanto que significó una ruptura estética, inauguró a su vez una estética de la ruptura.

Del naturalismo partieron las pautas estéticas y sociales que se prolongaron hasta la modernidad tardía que se extiende a lo largo del siglo XX. La estética naturalista compartió sus circunstancias con el impresionismo, el expresionismo y las vanguardias históricas. Florece en la encrucijada que constituye el enlace entre el arte moderno y las sociedades modernas. Schücking inscribió entre los componentes sociales que concibieron dicho fenómeno estético a

²²⁸ Arnold Hauser, *op. cit.*, pp. 311 y ss.

Ilustración de los jóvenes del Porfiriato

“la conciencia de la absoluta disolución de las ideas religiosas, que seguían imperando, idénticas, en la escuela y en la vida del Estado; la lucha contra los pretendidos conceptos del honor de las clases privilegiadas; la mayor dificultad de las condiciones vitales, debida a una competencia cada vez más intensa, y reflejada en la creciente importancia del problema de la mujer; el aumento de contrastes en la vida social y política; la aceptación de métodos científicos en todos los terrenos; la trivializadora influencia de las grandes ciudades.”²²⁹ Cuando el vocabulario del ambiente político impregnó y contaminó a las voces de la crítica del arte, emergió un discurso mixto que conjugaba los temas fundamentales de ambas regiones del saber. Entre los artistas surgieron partidarios de la renovación que abogaban por una democratización del fenómeno estético. Interpretaban a las artes con términos provenientes de la teoría política moderna. De igual manera, los detractores de las tendencias revolucionarias de la política moderna, quienes abogaban por la preservación de un régimen aristocrático, introducían en sus discursos términos como universalidad, perdurabilidad, pureza y sublimación espiritual, que provenían de los tratados tradicionales de estética. Tras el exorcismo del espíritu antisocial de la decadencia, el artista percibió en su talento un compromiso con su sociedad y se erigió como figura de opinión. En el campo de la estética, de manera análoga a lo ocurrido en el campo de la política, se declaró a favor “del tratamiento sin prejuicios ni sentimentalismo de cuestiones morales, en otras palabras, de un amoralismo artístico.”²³⁰ La época del naturalismo, entendida en un sentido extenso, se prolongó más allá de los lienzos de Gustave Courbet y los textos de Jules Champfleury, más allá del Segundo Imperio francés y de la bohemia parisense. Tendió un arco por sobre toda la época moderna, incluyendo a personajes de la cultura del siglo XIX y del XX, tanto europeos como americanos, vinculados por su forma de observar y transformar el mundo. Entre ellos se cuenta el pintor, escritor y vulcanólogo Gerardo Murillo, bautizado por Leopoldo Lugones como el Doctor Atl. Del mismo modo como la estética de la modernidad tardía encontró su razón de ser en los orígenes, volviendo a la crítica radical y a la valoración de las experiencias, la juventud que Murillo ocultó tras su seudónimo esclarece las razones de la madurez. Hay que desandar sus pasos y reencontrar las huellas que borró.

Gerardo Murillo nació en Guadalajara en 1875. Ingresó a la Escuela de Bellas Artes, donde cursó estudios de pintura hasta 1896, cuando partió hacia Europa para continuarlos,

²²⁹ Levin L. Schüking, *op. cit.*, p. 50.

²³⁰ Arnold Hauser, *op. cit.*, p. 320.

con el apoyo del gobierno mexicano. Los documentos de la época, ya sean íntimos o públicos, muestran que la educación era, de hecho, un privilegio codificado como derecho universal, disensión palpable en las vidas de los personajes. Gustavo J. Bernal asumió, partiendo de los hechos, los deberes que acompañaban al privilegio y refrendó siempre su gratitud y el conocimiento de su compromiso. Honrando a la aristocracia renovaba los usos morales conservadores. En contraste, las acciones desenfadadas de Murillo parecían partir de una interpretación legal que se posesionó del derecho irrestricto a la educación. La fuerte personalidad del artista fácilmente se desprendió del endeble vínculo del deber y se entregó al egotismo manifiesto en su correspondencia: “despacio y en orden, referiré a Ustedes todas y cada una de mis impresiones, goces y desgracias que he tenido durante mi viaje y en las distintas ciudades a donde mi destino me ha llevado.”²³¹ Escribe con la intención de contar “todas mis cosas entre las que hay algunas capaces de hacerle reír por un mes y otras (siendo éstas las más) capaces de hacerle llorar un año.”²³²

Así como Bernal, Murillo se topó a su llegada con un entorno agreste, según refiere a la familia Olavarría en una carta del 10 de agosto de 1897: “voy a repetir a Ustedes, sucintamente, cómo he verificado mi viaje: de Veracruz a Nueva York, el Havre, París, Zurich, Génova y Roma. Al llegar a esta ciudad, que yo creí el término de mi viaje, me encontré con los estudios de los pintores desiertos, las academias cerradas y todas las personas, todos los artistas a quienes yo venía recomendado, se habían marchado a Venecia, y sólo al Señor Corral y al Señor Ministro pude pedir consejo sobre lo que debía hacer. Se me aconsejó que fuera a Venecia, donde podría, con felicidad, entrar en la academia, única en toda Italia que permanecía abierta en verano. Me puse mi gorra, me metí a un furgón (que es el vehículo más barato de los trenes de ferrocarril) y llegué a la hermosa Reina del Adriático con 200 pesos para pasar 2 y medio meses. Cuando traté de sacar mi matrícula para ingresar en la academia, se me dijo que por una circunstancia imprevista, y contra todo derecho, se cerraba la academia estos meses y no se abriría, como las de Roma, hasta octubre. Este suceso me contrarió vivamente.”²³³

Las dificultades económicas que aquejaban a Murillo estimulaban simultáneamente el vigor de su espíritu creativo. Expresó su pesar desde su primera carta, en la que escribe: “mi viaje se ha efectuado de muy distinto modo de como lo había combinado en un principio, pues

²³¹ APEOF, C7, E9, D28, carta del 10 de agosto de 1897.

²³² APEOF, C8, E14, D52, carta del 20 de enero de 1899.

²³³ APEOF, C7, E9, D28.

en vez de tomar la vía más rápida tomé la más larga por ser la más barata, a fin de hacer algunas economías, sin las cuales indudablemente habría fenecido, pues a mi pensión no le he visto el ojo en dos meses.”²³⁴ El 20 de enero del 99 declara: “espero con ansia la venida de la pensión porque tan pronto como ella llegue tomaré mis estudios y me pondré a desarrollar los proyectos que tengo, cosa que hasta hoy no he hecho porque los 70 francos que de Guadalajara recibo no me alcanzan para ello. Pero estos, unidos a la pensión del gobierno de México, forman ya una buena suma, con la que puedo afrontar los gastos que ocasionarán mis estudios.”²³⁵ Pese a las constantes penurias, termina por admitir: “no debo ocultar a Ustedes que a pesar de que mi viaje ha sido extremadamente pesado, lleno de incomodidades y privaciones, he visto y gozado durante él, lo que es decible”²³⁶; y en otra ocasión: “mis grandes miserias me han enseñado a vivir con poquísimos dineros, a ser económico y a luchar veraz y ordenadamente con toda clase de dificultades y tropiezos.”²³⁷

En alguna ocasión, con motivo del regocijo por el apoyo institucional, concedió una muestra de agradecimiento, no a la administración porfirista, sino particularmente a Enrique de Olavarría y Ferrari y a su familia, como ocurre el 10 de agosto del 97: “durante todo mi viaje, en los boulevards en París, en los museos delante de cada cuadro, en los templos delante de Dios, en el mar, en el Coliseo, en la hermosa Venecia, en donde quiera y en todas partes, tras de admirarme de lo que veo, viene luego un vivo recuerdo de Ustedes y los bendigo dentro de mi corazón, porque sin su ayuda no hubiera yo podido contemplar con tranquilidad y a mi sabor todas estas maravillas”²³⁸; y el 20 de enero del 99: “quise contestar a Usted inmediatamente después de haber recibido sus muy queridas letras pero me detuve, con la intención de dejar pasar algunos días esperando la llegada de la pensión que Usted bondadosamente me anuncia me han concedido; y como ésta no llega aún y ya se han pasado algunos días, hoy, sin esperar más, envío a Usted por medio de estas líneas mis más profundos agradecimientos por su buena voluntad para conmigo, sin la cual yo no hubiera podido conseguir los cuartos que el gobierno de México me ha concedido, cuartos que, aunque pocos, son para mí un inmenso alivio a mi situación y una ayuda poderosa para llevar adelante mis estudios.”²³⁹

²³⁴ APEOF, C7, E9, D28.

²³⁵ APEOF, C8, E14, D51.

²³⁶ APEOF, C7, E9, D28.

²³⁷ APEOF, C8, E14, D51.

²³⁸ APEOF, C7, E9, D28.

²³⁹ APEOF, C8, E14, D51.

La fuerza de voluntad de Murillo no se detuvo ante los obstáculos financieros; bajo cualquier circunstancia perseguía el objetivo de ilustrarse con el conocimiento de la cultura pictórica europea. Recién llegado declara: “me he dedicado a ver museos y estudiar los grandes maestros, a fin de educar mi ojo e ilustrar un poquito mi rematada mente de ilustrado entendimiento.” A continuación especifica con detenimiento los pasos de su apurado trayecto formativo a lo largo del viejo continente: “en París me multipliqué, me centuplicué, para poder verlo todo en los 6 días que pasé en aquella maravillosa ciudad. No comía, no dormía, salía a la calle sin sombrero, con la guía en una mano y el pañuelo en la otra, los ojos desmesuradamente abiertos, la cabeza (hablando con pudor de Ustedes) llena de sudor y corriendo siempre para no perder un minuto. En todas partes estuve y en todas partes hice un esfuerzo por comprenderlo y abarcarlo todo en un momento. En el Louvre a las 9 de la mañana ya estaba empujando la puerta para entrar lo más pronto posible y salir hasta que el guardia a las 4 y cuarto a empujones me echaba a la calle. Procuré grabar en mi imaginación, como en una placa fotográfica, todos y cada uno de aquellos tres mil cuadros. Y estuve a punto de conseguirlo mas por poco no lo cuento, pues, debido a tal esfuerzo de imaginación, las fatigas (que no han sido pocas), el no comer y el no dormir (me acostaba a las 2 o a las 3 de la mañana creyendo que serían las 8 de la noche), estuvieron a punto de causarme un ataque de... qué se yo de qué me dijo el Doctor a quien consulté en Venecia sobre ciertos vahídos y dolores de cabeza que vengo padeciendo y que me tienen ahora postrado en cama desde la cual escribo a Ustedes esta descompuesta carta”; y continúa: “París, Roma y Florencia han producido en mi ánimo muy grandes impresiones y satisfecho mi ambición, la primera por su hermosura, la segunda por su soberana grandeza y la última por su poesía, por su carácter enteramente de Moyen Age”; su escrutinio arroja los siguientes resultados: “en cuanto a los museos de pintura que he visto, el Louvre en París, la galería Pitti en Florencia, el Vaticano en Roma y el Real museo de Boloña son los que más me han enseñado y los que contienen más y mejores obras. El Museo Pitti en Florencia es tan importante como el mismo Louvre y en muchas cosas le supera, por ejemplo: la colección Rafaellesca, la de Perugino, la de Botticelli, Fra Angelico y Fra Filippo Lippi (interesantísimas) están muy por encima del gran museo francés. Yo creo que si el Louvre ocupa el 2º lugar entre las galerías, el museo florentino ocupa el 2º y medio (háganme el favor de explicarme esto).”²⁴⁰

²⁴⁰ APEOF, C7, E9, D28. Su ímpetu lo persuade de “no perder el tiempo en ningún sentido; además de la pintura a la cual le dedico todo el día y tarde y tarde de la noche, he procurado aprender algunas lenguas:

Ilustración de los jóvenes del Porfiriato

Murillo sobresale en sus cartas por el juguetón atrevimiento que lo transportaba a escenas picarescas, contrastando con la solemnidad operística de Bernal. Mientras uno alcanzaba la fama inmediata, la del otro se demoraba. En la intimidad del período formativo de ambos se gestaron procesos del quehacer cultural contradictorios que las instituciones tradicionales resolvieron en primera instancia favoreciendo a Bernal. Max Horkheimer afirmó que “la introducción de una nueva forma de producción suele ser contrarrestada, en un comienzo, por factores culturales conectados con las antiguas formas productivas, de modo tal que ella es precedida por luchas en el ámbito de las representaciones mentales.”²⁴¹ Los pasajes de la academia que condujeron a ambos de México a Europa se bifurcaron: mientras la educación de Bernal se basaba en la *tradición* operística italiana, la de Murillo se sustentaba en las *experiencias* personales que vivía día con día. Refiere Murillo que en París: “por un pelito no conozco prácticamente la cárcel, pues tuve el atrevimiento de arrojar mi gorra, ¡oh, desacato!, sobre la urna que guarda las cenizas del vencedor de Austerlitz! Yo no quise salir de París sin que algo, cuando menos algo mío, tocara, se acercara lo que más se pudiera a los despojos del nuevo César. ¡Vaya un gusto!”; en su paso por Zurich: “después de ver el museo, que es lo primero que yo veo cuando llego a una ciudad, me dirijo a la Cámara de Diputados a sentarme en la silla del Conde de Cavour y a estirar mi cuerpo en la cama donde nació Víctor Emmanuel I. Esta última gracia le pareció al custodio del Palacio una profanación y quiso dar parte a la policía pero yo le tapé la boca con 5 pesetas, por lo que todavía lloro”; cuando visita Venecia duerme dos veces en el Palacio Ducal, “la primera bajo sus soberbios arcos, la segunda, y como un premio muy especial que pude obtener, en un calabozo de las antiguas prisiones, en el marcado AII y que estaba al servicio del Consejo de los X. Cuando las campanas de San Marcos anunciaron la media noche me entró tal miedo y tal pavor que salí corriendo de la obscurísima prisión, subí de 10 en 10 los escalones de la estrechísima escalera que conduce al piso superior y al llegar a la puerta me la encontré, ¡oh, dolor!, perfectamente cerrada. No necesito decir a Ustedes que el resto de la noche la pasé en vela y viendo desfilar ante mis asustados ojos a Tóscani, a Caramagnala, al Dux Marino Faliero con la cabeza en la mano y a todo un pueblo de prisioneros cargados de cadenas, landicientes y tristes.”²⁴² La vanidad de Murillo se apropia de todos los incidentes y los transfigura en peripecias maravillosas:

hablo ya el italiano y lo escribo correctamente, y regularmente el francés. Ahora estudio el alemán, el cual ya traduzco” (APEOF, C8, E14, D51).

²⁴¹ Max Horkheimer, “Autoridad y familia”, en *Teoría crítica*, Bs. As., Amorrortu, 1990, p. 93.

²⁴² APEOF, C7, E9, D28.

“¡Hércules, Telémaco y Don Quijote son tortas y pan pintado junto a mi atrevimiento, mi argucia y mi pobreza, junto a mi pobreza sobre todo, pues que como pobre soy amo, rey y señor de todos los hombres!”²⁴³

En 1904 Gerardo Murillo volvió a México. En 1906 organizó, junto con José Juan Tablada y los directores de la revista *Savia Moderna*, una exposición artística. Al reseñarla, Olavarría y Ferrari refirió que “casi todos los cuadros allí exhibidos obedecieron en su factura al predominio de los más modernos estilos, tanto en dibujo como en colorido.”²⁴⁴ Además de Murillo, a quien Olavarría llamó “genial pintor jalisciense”, participó en dicha exposición una pléyade del arte moderno mexicano: Germán Gedovius, Joaquín Clausel, Francisco de la Torre, Diego Rivera, Jorge Enciso, Antonio y Alberto Garduño, Jesús Martínez Carrión, Sóstenes Ortega, Rafael Lillo, Saturnino Herrán, Juan Rondero, Benjamín Coria, Ana Sáenz y Armando García Núñez.²⁴⁵

La nueva estética se presentó en el Antiguo Régimen con el mismo impulso que poseía la personalidad de Murillo en sus recorridos picarescos por el viejo mundo. La afirmativa vital, actualizada en cada experiencia, determinó su escala de valores y animó el espíritu de renovación. Por un lado, Bernal prefirió el camino tradicional que lo condujo a los honores públicos, de manera que en sus cartas la vida íntima, engalanada con arreglo al gusto imperante, se constituyó como el espejo de su vida pública, ya que los requerimientos de ésta determinaban las características de aquélla; por otro, en sus confidencias Murillo mostró desinterés por conquistar la fama de la época y menosprecio por el canon estético y moral de la aristocracia porfiriana. El prestigio de aquél señalaba su propia descomposición y anticipaba el ascenso de éste. Murillo, tras cada acto, anulaba un vestigio del pasado. Se afirmaba como hijo ilegítimo de su época. Relataba sus experiencias como un excavador que, mientras permanecía por debajo de la moral predominante, socavaba sus fundamentos. Cuando perdiera su nombre y encarnara al personaje público de su madurez, expresaría el modernismo estético en su pintura y el político en su activismo carrancista.

d) La educación como germen de la disolución ideológica del Porfiriato.

Las directrices morales asoman en los relatos juveniles despojadas de mistificaciones retóricas que oculten sus mecanismos, puesto que apenas se gestan; en el umbral de la cultura los

²⁴³ *APEOF*, C8, E14, D52.

²⁴⁴ Enrique de Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, XVII, 3, p. 2810.

²⁴⁵ *Ibid.*

personajes anuncian la avenencia o la disconformidad que, llegada la madurez, determinará su relación con el orden establecido. Los contrastes morales de los personajes concuerdan con la siguiente distinción estética que señala Schücking: “si en la vida de la aristocracia el arte se consideraba un adorno, entre la burguesía liberal desempeño una función más elevada: fue heraldo y pregonero de los sentimientos más altos y profundos que brotan del alma humana en busca de expresión.”²⁴⁶ A pesar de la contemporaneidad que los unió, ambos personajes existieron en los extremos opuestos del período histórico porfirista. Como un conjunto, las experiencias de uno y otro personaje dan forma a un lienzo que retrata la moral de la época desde dos perspectivas diferentes y complementarias.

En el Porfiriato, semejante a los regímenes mixtos que Aristóteles describió en su *Política*, una sociedad que, si bien teóricamente se adjudicó una legislación democrática, de hecho practicaba una forma de oligarquía. Según el estagirita, así ocurre cuando se está efectuando un cambio de régimen, “pues no se pasa de uno a otro inmediatamente, sino que se contentan al principio con pequeñas ventajas recíprocas, de modo que las leyes siguen siendo las preexistentes, pero mandan los que logran el cambio de régimen.”²⁴⁷ Cuando sobrevino un cambio en la constitución del pueblo mexicano, se alteraron los fundamentos sociales de las expresiones del gusto y ocurrió que, simultáneamente, varias fuerza sociales, conservadoras o progresistas, ostentaban concepciones estéticas discrepantes, a juzgar por los datos que arroja la interpretación moral de la educación estética de dos jóvenes mexicanos durante la última década del siglo XIX, cuando el régimen porfirista atravesaba por su apogeo, aproximándose a su ocaso.

La exploración de la intimidad del Porfiriato revela que el régimen acogió los elementos que lo desmoralizaron; que gestó en sus seno las contradicciones que provocaron su desmoronamiento. Cada trozo que cae se presenta como la página de un libro de responsos funerarios que indican que “sólo se puede investigar los valores desvelando la praxis histórica que los destruye.”²⁴⁸ En 1897 dos artistas mexicanos llegaron a Europa. Allí donde parecían concurrir sus caminos se originó el cisma de su esteticismo. Mientras el aprendizaje y la gloria de Gustavo Bernal certificaban los imperativos categóricos de las artes escénicas del Porfiriato, el itinerario de Gerardo Murillo discurría por entre los resquicios de ese engranaje metafísico. La condición inédita de sus hazañas ocurrían allende los márgenes de las costumbres ratificadas

²⁴⁶ Levin L. Schücking, *op. cit.*, pp. 36-37.

²⁴⁷ Aristóteles, *op. cit.*, 1292b.

²⁴⁸ Max Horkheimer, “Arte nuevo y cultura de masas”, en *Teoría crítica*, Barcelona, Barral, 1973, p. 132.

por la ideología imperante. Desde una perspectiva unitaria, el conjunto de sus huellas dibujaba una imagen negativa del mundo de las artes en el Porfiriato. Tras esa imagen subvertida palpaba el germen de la inconformidad, la crítica y la renovación. El elemento originario de la fórmula disolvente de los valores del régimen porfirista asomó primero en las andanzas del joven pintor. Sus consecuencias impregnarían las obras de su madurez.

Una renovación de los hábitos antecedió a la renovación de las ideas. La vitalidad y el individualismo que Murillo plasmaba en sus peripecias cotidianas por las ciudades europeas armonizaban íntimamente con los tempranos atisbos de las corrientes filosóficas que luego perturbarían el edificio ideológico de la institución. Sus primeras vivencias anunciaban la inminencia de la crítica meditada. Si bien ambas se originaron en el Antiguo Régimen, pertenecían ya al siguiente modelo cultural en las sucesivas metamorfosis de los valores de los tiempos modernos. Entretanto, mientras gozaba de los auspicios que le concedían las autoridades educativas del Porfiriato, la peculiar racionalidad de Murillo subsistió en los bordes de la cultura institucional, insinuando una amoralidad más que conjugando una herejía, como una gesticulación, un ademán provocador, que aún permanecía apartado de la lógica discursiva capaz de articular una invectiva contundente contra la presunta eternización de las costumbres decimonónicas, ya extenuadas para entonces. Bernal persistió en un proyecto de conservación de los valores institucionales. En cambio, los gestos de Murillo, siempre desafiante, se aproximaban a las tendencias revolucionarias que asomaron en la última jornada porfirista y lo emparentaban con la obra pedagógica de Justo Sierra y los ensayos de crítica e invención de los ateneístas. Como Sierra, Murillo repudió la “escuela verbalizante” y buscó la verdad con “el tesón de la labor cotidiana.”²⁴⁹ Como Murillo, los ateneístas desacreditaron “las tendencias de todo arte *pompier*. nuestros compañeros que iban a Europa”, escribió Pedro Henríquez Ureña, “no fueron ya a inspirarse en la falsa tradición de las academias, sino a contemplar directamente las grandes creaciones y a observar el libre juego de las tendencias novísimas; al volver, estaban en aptitud de descubrir todo lo que daban de sí la tierra nativa y su glorioso pasado artístico.”²⁵⁰ Para Murillo, este intento de “mexicanizar el saber”²⁵¹ culminó en un rito bautismal que se propuso borrar los años de las andanzas europeas, escenificando en su lugar

²⁴⁹ Justo Sierra, “Discurso pronunciado en la inauguración de la Universidad Nacional en 1910”, en *Prosas*, pp. 172-175.

²⁵⁰ Pedro Henríquez Ureña, “La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México”, en *Obra crítica*, México, FCE, 2001, p. 612.

²⁵¹ Justo Sierra, “Discurso pronunciado en la inauguración de la Universidad Nacional en 1910”, en *Prosas*, p. 168.

Ilustración de los jóvenes del Porfiriato

una personalidad genial, un temperamento originario, una expresión moderna sostenida en el vilo de su presencia. Cuando adoptó el nombre de Doctor Atl, Murillo devino finalmente el heresiarca que rechazaba la perspectiva reaccionaria del último Porfiriato, y con ella también su propia genealogía, como cuando Odiseo se hizo llamar Nadie para escapar del cíclope. Así, mientras que para Bernal el viaje formativo representó el reconocimiento y la apropiación de la tradición del saber asentada en el viejo continente, en Murillo propició la vuelta a lo mexicano y el descubrimiento de su cultura

La lectura comparada de dos relatos de formación intelectual y de dos retornos a la tierra nativa, cada uno marcado por símbolos enfrentados, teje y desteje la moral de una época, a la manera de la tela de Penélope. Aún en la cotidianidad ambas fábulas poseían mitologías, en ocasiones afines, desemejantes en otras, pero nunca insignificantes. En este caso, la historia invirtió los rostros del héroe, trocó en olvido la fama de uno y prefirió al otro, como al hijo pródigo de vuelta a casa. Personifican las dos vertientes de los proyectos culturales que efectuaban las instituciones educativas del Porfiriato, dos representaciones de los usos de la ilustración, aunque para la posteridad la luz de una significó la oscuridad de la otra; una, tras el comportamiento errante, se supo amanecer, mientras la otra reconoció en las representaciones escrupulosas de su lujo a los astros de su noche. Las coacciones y ambiciones de la intimidad de estos dos jóvenes competen al dominio de la historia de la educación, que es a su vez un episodio del Porfiriato y un prólogo de la época siguiente, ya que elabora escalas morales que avalan la legalidad imperante y anticipan otra.

a) Representación lírica de la provincia mexicana.

En alguna ocasión, Alfonso Reyes propuso la composición de una geografía de la literatura mexicana que compaginara las experiencias y las obras de los letrados con las regiones donde tuvieron lugar, una que no obedeciera a criterios deterministas sino que atendiera al coloquio entre el espíritu y el entorno.²⁵² Esta empresa requeriría, a la par de la descripción sincrónica, la relación de una diacronía de los espacios que señalara los efectos del cambio incesante prevaleciente por debajo de la aparente permanencia de las regiones mexicanas. La geografía moral del México independiente sufrió una transformación dilatada y radical durante el siglo XIX. Paulatinamente, acompañada por la irrupción de epifanías racionalistas, cuya literatura significó una metafísica de avanzada en el orden material establecido, dejó de ser una expresión de la tradición para vincularse con el discurso de los valores de la modernidad. La transfiguración moral del territorio mexicano supuso la consunción de un espíritu religioso y el surgimiento de uno secular. En el Porfiriato la proverbial Arcadía, que incluso los viajeros ilustrados creían ver, cedió su lugar en el imaginario nacional a la concepción positivista de un distrito administrativo, cuya cabal significación se hallaba relacionada con el resto del orbe moderno, como una cláusula del mercado internacional, pero antes de que esto ocurriera los prolegómenos de las representaciones topográficas de la mentalidad porfirista se confundieron con los entramados vegetales de la concepción tradicional de la naturaleza americana.

La cultura mexicana albergó una poética del paisaje que floreció en el siglo XIX. Así ocurrió en las composiciones líricas, pero también en los tratados críticos de historiadores y

²⁵² Alfonso Reyes, "Un proyecto", en *Obras completas XXII*, México, FCE, 1989, pp. 607-608.

sociólogos, y en los comentarios a las estadísticas económicas. Bajo esa forma vegetal, un espíritu religioso recorría los espacios circundantes de la cultura letrada y realizaba prestidigitaciones en el inventario del saber, como si convirtiera en follaje las hojas de los libros. Deshilvanaba los tejidos del mundo moderno y cuando volvía a tejerlos simbolizaban escenas mágicas que hacían frente al corrosivo discurso de la crítica racional. Anteponeía diques al recorrido de la dominación científica. Sin embargo, la poética del paisaje perteneció enteramente a los tiempos modernos. Sus primeros destellos tuvieron lugar de manera intermitente desde los primeros parpadeos del despertar mexicano, como cuando Francisco Cervantes de Salazar bautizó a la Nueva España como La Afortunada, porque aventajaba “sin disputa a todas las naciones del mundo en la fertilidad de su suelo, en la variedad de sus productos, en la extensión de sus pastos.”²⁵³ Ya en las postrimerías de la época colonial, Alejandro de Humboldt describió con admiración las fértiles tierras y consideró que “en un país montañoso y extenso como el reino de México debe ser inmensa la variedad de producciones indígenas, y que apenas hay en todo el resto del globo una planta que no pueda cultivarse en alguna parte de la Nueva España.”²⁵⁴ El tema del paisaje como símbolo de la fertilidad subsistió a lo largo de los siglos de la Colonia y luego, aún cuando la querrela entre la tradición y la modernidad amenazó con desgarrar todos los velos, permaneció firmemente enraizado en el México decimonónico. La cultura mexicana sobrellevó el desconcierto moderno asiéndose del entramado de la fertilidad originaria, que antepuso al asedio de la consunción de los bienes modernos y del agotamiento histórico.

Los años de las primeras tentativas por reformar el orden cívico mexicano apuraron la maduración de la poética del paisaje, como si la civilización moderna requiriera secretamente una respuesta de la naturaleza. El espíritu de la razón que echó a andar a la historia universal compuso asimismo el contrapunto de su tema. Proporcionó al transcurso histórico un más allá, un residuo del edén que, a pesar de haber escapado a sus efectos disolventes, perfeccionaba los mecanismos de su metafísica. La ilustración demostró que no sólo conocía la eficacia de la demolición, sino que también había aprendido la astucia de valerse de los elementos externos para consumir sus objetivos. El paisaje significó para los ilustrados una fábula que resistía a los

²⁵³ Francisco Cervantes de Salazar, “Clima y naturaleza de la Nueva España, y costumbres y leyes de los indios”, en *Humanistas mexicanos del siglo XVI* (introducción y selección de Gabriel Méndez Plancarte), México, UNAM, 1994, p. 128.

²⁵⁴ Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, México, Porrúa, 1973, pp. 235-236.

embates del desencantamiento, cuyo desafío los alentaba a apurar los trabajos del progreso para racionalizar de manera absoluta las contracciones de los tiempos modernos. Las sombras de la naturaleza que la razón iluminaba contribuyeron estrechamente en el proceso de su transformación.

La lógica formal no supo descifrar la escritura erótica de la naturaleza. La marcha de la ilustración exorcizaba a cada paso el espíritu mitológico de las cosas, imponiendo relaciones abstractas ahí donde los elementos se concebían como una mezcla entre la naturaleza y la fantasía. Sin embargo, la abstracción racionalista y el paisaje sensual entablaron un diálogo. Dejaron ver la existencia de vasos comunicantes entre las tentativas de las sociedades modernas y el encantamiento persistente de la comunión rústica.

Othón prosiguió y encumbró la alocución de la naturaleza en las letras mexicanas, cuya tórrida fecundidad describió en los siguientes versos:

Surte el agua, las fuentes palpitan,
se estremece la obscura arboleda
y entre el hondo temblor de las frondas
laten las almas que cantan y vuelan.
Son alados espíritus: brotan
del ramaje; las hojas despliegan
el sutil pabellón de esmeraldas...
Todo es vida y calor, todo tiembla
cuando el sol, rosa inmensa de fuego,
su lumínico polen dispersa.²⁵⁵

Las iluminaciones del poeta plasmaron la vasta materia viva de la naturaleza y celebraron los placeres sensuales de la contemplación. Incrustado en el costado de la historia, el destello de la naturaleza se desparramó, creció como un árbol que se enraizó en el espíritu del hombre y que, a la vez, se ramificó hasta alcanzar a rasguñar los márgenes razonados de la historia, permitiendo vislumbrar los elementos rústicos del paraíso. La representación mitológica se extendió por encima de la representación histórica. La vertiente irracional de la representación de la naturaleza enajenó la trayectoria de su contraparte ilustrada y la retrajo hacia los orígenes mitológicos. El poeta hirió el discurso de la secularización con destellos místicos. Desde las profundidades del proceso modernizador retrocedía a las antecámaras de la historia, a los templos vegetales de una religiosidad sensual. Según Rubén M. Campos,

²⁵⁵ Manuel José Othón, "Surgite!", en *Poemas rústicos* (presentación de Rubén M. Campos), México, Premia, 1985, p. 16.

“volvemos, por el poder de la poesía de Othón, a sentirnos fugazmente dichosos aunque nuestras iniquidades y nuestros extravíos nos hayan lanzado en la estepa maldita, aunque los pecados hayan exprimido en nuestro cáliz el zumo amargo del hastío.”²⁵⁶ La lírica moderna de la naturaleza proclamó una herejía contra el mundo moderno, contra su raciocinio especulativo y su progresión histórica. Ansió herir a la razón con su liturgia pagana pero aquélla se sirvió de ésta para hacer cumplir sus objetivos fundamentales. Rasgó el velo de la historia con la furia del iconoclasta pero desgarró su propia conciencia. El poeta dio un revés al diálogo entre el progreso y la naturaleza. Su lirismo se supo polémico a pesar de mostrarse apacible. Pero el poeta no participó desde el idilio primigenio contra la civilización extraviada de los tiempos modernos. No obstante el hechizo del tiempo que descompuso la racionalidad del progreso, el destello incrustado en el costado de la historia echó raíces también en el sujeto social e hirió las entrañas del poeta, cuya existencia maldita no pudo prescindir de las circunstancias donde habitaba, de su morada material y cotidiana, de su hastío. Los elementos del paisaje resultaron negativos en su presencia; su estética, la silueta de una práctica. La melancolía del poeta por el paraíso perdido simbolizó la zozobra del dominio y el asedio de la civilización del progreso. Su espíritu tendía los brazos hacia el modernismo mientras seguía atesorando los frutos del clasicismo. Othón se mantuvo “entre la señorial medida del clásico y los entusiasmos agresivos del aquellos últimos románticos.”²⁵⁷ La modernidad forjó una rigidez científica pero también una sensualidad estética. Ambas asoman en la conciencia del poeta: aquélla, como recelo; ésta, fundida con la estética clásica, como arte. La voz poética se erigió con base en la construcción polifónica de las expresiones modernas y tradicionales. Por un lado, la tendencia modernista aparecía, como notó Amado Nervo, cuando Othón se tornaba “parnasiano”²⁵⁸; por otro, la clasicista se hacía presente en la estética íntima que impregnaba la contemplación de la naturaleza y remitía a un panteísmo cristiano. Esta religiosidad pertenecía al espíritu de la tradición pero logró contaminar la metafísica positivista de fines de siglo. Acentuaba los malestares de la vida cotidiana, como la memoria amarga del idilio perdido por obra del progreso. Ante los embates cientificistas de la modernidad, el poeta volvía incitado por un instinto de pervivencia mística a los substratos irracionales de su historia. Escribió Reyes que, “cada vez que sentía aversión por ciertos menesteres penosos (¡no olvidéis que el sin ventura ejerció la profesión de abogado y alguna vez hasta el Ministerio Judicial!), cuando ciertos

²⁵⁶ Rubén M. Campos, “*Poemas rústicos de Manuel José Othón*”, en *ibid.*, p. 10.

²⁵⁷ Manuel Calvillo, “prólogo”, en Manuel José Othón, *Paisaje*, México, UNAM, 1994, p. xi.

²⁵⁸ Citado por Manuel Calvillo, en *ibid.*, p. x.

dolores amenazaban quebrantar su firmeza, su espíritu volvía, como a una evidencia, a la religión aprendida.²⁵⁹ La controversia entre el misticismo y el racionalismo que aconteció en la profundidad histórica de su ser, en la intimidad de su vida diaria, constituyó la cara y la cruz de los actos y los deseos que tenían lugar en el panorama moral de las regiones mexicanas.

Manuel José Othón nació el 14 de junio de 1858 en San Luis Potosí, donde también cursó sus estudios elementales y profesionales. Obtuvo en 1888 el título de abogado, que habría podido obtener casi diez años antes si su profunda pasión por la literatura, aunada a las distracciones varias de la pereza, no lo hubieran demorado.²⁶⁰ Ocupó puestos oficiales en su natal San Luis y en otras poblaciones de la provincia mexicana, como Saltillo, Torreón y Ciudad Lerdo. Nunca abandonó el ejercicio de la literatura, si bien el ritmo frenético de los negocios profesionales frecuentemente reprimían el flujo moroso de la inspiración. Exceptuando el año de 1900, cuando fungió como Diputado suplente en la Ciudad de México, su vida transcurrió en los poblados y el paisaje de la tierra caliente que le proporcionaron el material poético de sus composiciones literarias. Othón abogaba por una lírica de inspiración ingenua.²⁶¹ Según Campos, de la provincia nativa floreció una “leyenda erótica” que constituían “la naturaleza y la pasión.” Sin embargo, en Othón el poeta cautivo de la naturaleza provinciana convivía con el funcionario cautivo de los placeres artificiales prodigados por la civilización urbana. La relación de disgustos ensombrecía los instantes apasionados de la leyenda, integrando una existencia de contradicciones.

Las dos vertientes morales de la provincia, cuyo conflicto sorteó el poema pero no el poeta, asomaban en las experiencias de la vida cotidiana. En una carta, escrita el 5 de julio de 1893 en Santa María del Río, San Luis Potosí, comunica a Enrique de Olavarría y Ferrari que “últimamente he procurado arreglar lo mejor, o, más bien dicho, lo menos mal que he podido, mis cosas, para venir a enterrarme en este pueblo donde, a Dios gracias, he encontrado paz y tranquilidad. Mi más grande deseo era vivir como vivo ahora: en un lugar lleno de árboles y

²⁵⁹ Alfonso Reyes, “Los *Poemas rústicos* de Manuel José Othón”, en *Obras completas I*, México, FCE, 1976, p. 188.

²⁶⁰ En una carta del 7 de enero de 1878 le escribe a Josefa Jiménez, quien luego sería su esposa, que “éste es el último año de estudio y creo que dentro de año y medio me recibiré; yo al menos voy a hacer todos los empeños posibles por lograrlo.” *Epistolario* (introducción de Rafael Montejano y Aguiñaga), México, UNAM, 1999, p. 32.

²⁶¹ “El artista ha de ser sincero hasta la ingenuidad. No debemos expresar nada que no hayamos visto; nada sentido o pensado a través de ajenos temperamentos, pues si tal hacemos ya no será nuestro espíritu quien hable y mentemos a los demás, engañándonos a nosotros mismos.” “Al lector”, en *Poemas rústicos*, p. II.

agua, entre las montañas y en completa paz.”²⁶² Unos meses después, el 29 de diciembre, Othón matiza sus comentarios y sobre la claridad apacible imprime las manchas de la disconformidad: “estoy en un pueblo donde el alejamiento del mundo es casi completo y todos los ramos de la administración (entre ellos el correo) marchan admirablemente mal.”²⁶³ Años después, cuando las obligaciones profesionales lo obligan a viajar a Torreón, Coahuila, la persistente nota disconforme se acentúa. Así, en una carta del 22 de enero de 1898 dirigida a Josefa Jiménez, su esposa, describe “un pueblo horroroso, lleno de tierra: un montón de casas sin orden ni concierto en medio de una llanura inmensa color de adobe”²⁶⁴; días después, en 28 de febrero, añade que “no hay ni un árbol, ni un maguey, ni un nopal. Es una llanura que forma un inmenso horizonte, como el mar, y toda llena de tierra suelta, en tal cantidad que se hunde uno hasta las rodillas.”²⁶⁵

Los versos que encumbraron las experiencias eróticas provocadas por la fertilidad y la inmensidad de la legendaria naturaleza de las provincias mexicanas no desprendieron al poeta de su propia carne social, cuajada cabe horas laborales e inconvenientes circunstanciales. La cotidianidad aún representaba una frontera infranqueable para la percepción del poeta. La jornada burocrática arrojaba sombras sobre la existencia del funcionario, allí donde el silencio del poema ocultaba las disonancias de un lirismo distinto. Según la sensibilidad poética de la época existían dos sendas divergentes, la espiritual y la cotidiana, las cuales conducían a realidades contrapuestas. Por este motivo, el letrado se veía obligado a abandonar la tonalidad de lo eterno cuando ejecutaba las notas efímeras del instante. Pero tanto éstas como aquella acontecían simultáneamente en la existencia, semejante en su totalidad a una composición atonal incomprensible para la racionalidad romántica. Así, esta emotividad hendida de la realidad hacía del poeta un proscrito de sus propias experiencias habituales y del hombre común un extraño a la experiencia sublime del poema. En las primeras décadas del siglo XX la apreciación totalizadora de la lírica moderna rescataría al instante y al hastío de la insensibilidad ocasionada por la enajenación estética del romanticismo tardío; cuando el poeta José Juan Tablada dejara de ser modernista para ser moderno atinaría a llamar esa experiencia “esplín septentrional.”²⁶⁶ Antes, para la cultura porfirista, permaneció casi como un misterio, como una

²⁶² APEOF, C7, E5, D21.

²⁶³ APEOF, C7, E5, D68.

²⁶⁴ Manuel José Othón, *Epistolario*, p. 95.

²⁶⁵ *Ibid.*, p. 98.

²⁶⁶ José Juan Tablada, “¡Ja...! ¡Ja...! ¡Ja...!”, en *Los mejores poemas* (edición de Héctor Valdez), México, UNAM, 1993, p. 110.

vivencia parcialmente muda, experiencia traumática de una vida rota que, si bien entonces carecía de una poética, encontró su expresión en los remanentes epistolares del vocabulario administrativo.

b) Representación mundana de la provincia mexicana.

La modernidad que reacomodó la concepción de los espacios también destiló los corazones de los hombres, inspirándoles una emotividad sin precedentes que originariamente no experimentó la caricia amable del verso y sólo conoció la prosa amarga de cartas destinadas a la metrópoli añorada, como lo muestra la relación epistolar que, durante los últimos años del siglo XIX sostuvo con Enrique de Olavarría y Ferrari el poeta Rafael de Alba, quien vivió en Guadalajara, donde estuvo en contacto con escritores destacados de aquella provincia, y en la Ciudad de México, donde asistía a las veladas literarias de Enrique de Olavarría, además de frecuentar otros círculos literarios metropolitanos. Una portentosa erudición aunada al don de la palabra le granjeó la fama de conversador extraordinario. Artemio de Valle Arizpe asienta en su ensayo sobre la conversación en México que “el desventurado escritor, fino poeta, Rafael de Alba, sabía muchísimas cosas importantes y sabíalas exponer como ninguno.”²⁶⁷

Cuando residió en la Ciudad de México, en 1892, perteneció al círculo cultural que rodeaba a Enrique de Olavarría, quien organizaba reuniones en su domicilio, ubicado en el número 18 de la calle de Zuleta, donde se daban cita talentosos músicos, periodistas y poetas. En aquel lugar “al singular encanto de la música buena y bien ejecutada uníase el no menos supremo de la bella literatura.”²⁶⁸ Mientras vivió en Guadalajara, alrededor de 1894, trabó lazos de amistad con Victoriano Salado Álvarez, a quien consideraba “escritor de mucho talento” y “uno de mis mejores y más inteligentes amigos.”²⁶⁹ En Guadalajara, a pesar de pertenecer a la escena cultural local, comenzó a crecer su añoranza por las veladas capitalinas. Entonces el afamado poeta y conversador conoció por primera vez la desventura. En una carta del ocho de marzo de 1895 escribe a Enrique de Olavarría: “¡ojalá, Señor, que Usted pudiera venir aunque fuera por breves días! ¡Qué paseos tan hermosos emprenderíamos y cuánto no charlaríamos de tanta y tanta cosa!”²⁷⁰ A esta súplica siguió un silencio que se prolongó durante dos años.

²⁶⁷ Artemio de Valle Arizpe, “Don Victoriano Salado Álvarez y la conversación en México”, en *El ensayo mexicano moderno*, p. 254.

²⁶⁸ Enrique de Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, VIII, 5, p. 1348.

²⁶⁹ APEOF, C7, E6, D26, carta del 27 de enero de 1894.

²⁷⁰ APEOF, C7, E7, D16.

Rafael de Alba se vio obligado a dejar Guadalajara para residir en Tepic, apartándose aún más del mundo metropolitano de las artes. El 26 de mayo del 97, describe a Olavarría las condiciones de su existencia en la apartada provincia: “aunque estoy aquí resignado y vivo tranquilamente, no me hallo contento del todo y extraño mucho la vida de la capital, tan distante de ésta monótona y triste. La extraño principalmente porque aquí ni se lee, ni se escribe, y casi casi estoy por decir que ni se piensa. Mi trabajo como Oficial 1° de la Jefatura Política del Territorio me ocupa, pero no me divierte, ni me instruye, ni me aprovecha. Veo, algunas veces con tristeza, que necesito dar el adiós eterno e irrevocable a todos mis sueños de poesía, arte y gloria; que en la necesidad de convertirme en el oficinista máquina, en el aparato fabricante de minutas y comunicaciones, me estorban muchas cosas de las que me eran tan queridas. Hay que tomar no obstante la vida tal como es.”²⁷¹ Transcurrieron tres años para que Olavarría tuviera noticias del poeta Rafael de Alba, quien en una carta del 27 de noviembre de 1900 se disculpa y atribuye su largo silencio “a esa lasitud que se respira en estas tierras con la humedad que impregna el aire, lasitud que acaba por enmohecer los caracteres como el exceso de agua de la atmósfera enmohece todos los metales”; se sabe “víctima de esa pereza y de ese entufecimiento que al fin acaba por dominar a quienes residen, como yo, en poblaciones cortas”; finalmente, expresa el hondo lamento que siempre estuvo presente en su silencio y añade una petición a Enrique de Olavarría: “ruego a Usted que no deje de escribirme. Deseo saber qué es de su vida y cuáles son sus trabajos y esperanzas, qué proyectos literarios abriga, volver, en fin, a respirar, aunque no sea sino por un instante, la atmósfera sana de arte y de amistad de aquel apacible y siempre bien recordado gabinete de la calle de Zuleta, en donde tan hermosas horas pasé en 1892. ¡Qué lejos está todo eso, y cuán distinta de aquélla mi monótona vida actual!”²⁷² La provincia que conoció Rafael de Alba era un ámbito tradicional que el mercado moderno arrojó al olvido. Tepic permaneció apartado de las regiones circundantes a causa de deficientes rutas de transporte que dificultaban las operaciones comerciales, acondicionando la pobreza del territorio.²⁷³ Durante los años siguientes Rafael de Alba intentó preservar con cierto éxito los frágiles lazos que lo unían con los círculos literarios. A principios del siglo XX volvió a la Ciudad de México y poco a poco los restableció, aunque sus amistades lo creían un personaje retraído. Participó en la última sesión del Liceo Altamirano, celebrada el

²⁷¹ APEOF, C7, E9, D22.

²⁷² APEOF, C9, E12, D3.

²⁷³ Ermilo Coello Salazar, “El comercio interior”, en *Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida económica*, vol. 2, México, Hermes, 1965, pp. 750-753.

27 de julio de 1908, dedicada a la memoria de los grandes escritores mexicanos del siglo XIX.

El 10 de agosto de 1908, Federico Gamboa lo retrató en su diario:

Huraño por temperamento –reconcentrado, diría yo mejor–, huye sistemáticamente de clubes, asociaciones, capillas, peñas, ateneos y liceos; sus amigos de veras, en los que fía y a los que frecuenta, témome que los enumere con los dedos de una sola mano, y que todavía le sobren dedos; su carácter, dulce y afable, tiene la benevolencia suma por exclusiva norma: nunca censura o arremete a nadie ni lo satiriza, nunca fue causa de quebranto de amistades ajenas, predisponiendo ánimos con el ejercicio de la ingrata y socorrida profesión de correveidile, nadie le ha hecho nada, y sin ser una réplica del doctor Pangloss, ¡muy lejos de ello!, creeríase que opina que este mundo es el mejor de los mundos posibles y que nuestros prójimos, en lo general –suele añadir compasivamente–, carecen de la franqueza que de antiguo se les supone y que, en ocasiones, en gordura se transmuta. Hasta su interesante figura le ayuda a ganarse voluntades, es del tipo aristocrático: cráneo dolicocefalo, rostro ovalado y pálido, ruin bigotillo, cuerpo enhiesto y cenceño sin llegar a alto, ojos criollos y meditativos, frente despejada que comienza a emblanquecer por las sienes; parco en palabras y moderado de ademanes; más devoto de la sonrisa que de la risa, y por dentro, en su corazón y su cerebro, de oro puro.²⁷⁴

Acaso en alguna ocasión, en las añoradas veladas literarias de la calle de Zuleta, el poeta Rafael de Alba conoció al poeta Manuel José Othón, quien, cuando visitaba la Ciudad de México, asistía también para recitar sus versos. Así, tal vez Othón presencié el prodigioso discurrir del conversador de Alba y, de la misma manera, éste se regocijó con las composiciones poéticas de aquél. Indudablemente, ambos gozaron de las dádivas de la metrópoli y padecieron el desasosiego de la provincia. Los largos silencios que ocultan la vida en la provincia de Rafael de Alba imposibilitan cualquier elucidación en torno a sus desventuras, si bien denuncian el ostracismo que sufre el lenguaje durante el desempeño del puesto administrativo, como si la minuta significara el anatema de la palabra viva. En cambio, las cartas de Othón comunican que, junto a las insuficiencias de la urbanidad en ciernes de la provincia, aparecen los frutos de una riqueza moderna, cuya madurez se anunció en el murmurio de un lenguaje y una moral. Su lenguaje no se agotó en la lamentación. Aparecieron expresiones que como esquivlas desgarraron su lirismo pero que como fragmentos refirieron a otra realidad verbal. Si bien el poeta procuró enaltecer la belleza rústica, el funcionario que coexistió en el mismo cuerpo reconoció el encanto oculto en el paisaje deslucido. Así, el poeta se duele del entorno oscurecido de la recién nacida población de Torreón “pero hay dinero y negocios que es una barbaridad”, según refiere a su esposa, Josefa Jiménez²⁷⁵; luego, añade que

²⁷⁴ Federico Gamboa, *Mi diario IV (1905-1908)*, México, CNCA, 1995, pp. 163-164.

²⁷⁵ Manuel José Othón, *Epistolario*, p. 95.

“la población está formándose; pero es riquísima. Aquí no hay más que ricos. Se hacen unos negocios tremendos.”²⁷⁶

Las expresiones de Othón no tenían lugar en el perímetro de su lírica. La habrían ofendido, como la mirada morbosa del extraño. Allí ostentan la ilegitimidad de esquivas que trastornan el entorno armónico. Pero el trozo de cotidianidad realizó sus sentidos morales cuando dejó ver los vasos que lo comunicaban con un orden distinto de las cosas, ajeno al régimen de la inspiración ingenua y concerniente a la lógica del mercado, cuyo aliento insufló nueva vida a las llanos infecundos, sustituyendo la indiferencia y la penuria por el cálculo racional y el ímpetu especulativo que se concentraron en la adecuada administración de los frutos que la modernización vislumbró e hizo surgir de los espacios nacionales. La correspondencia íntima descubre la trayectoria genealógica que relaciona al espacio moral mexicano con el misticismo lírico. En el recogimiento epistolar, el poeta permitía distinguir “la expectación del empresario ante los hechos reales que van a decidir el éxito o el fracaso de su empresa”, que Cosío Villegas identificó como uno de los fundamentos de la leyenda de la riqueza territorial mexicana.²⁷⁷ Entonces, desde una perspectiva cotidiana y secular, la provincia adquirió el valor moral que le confirió la realidad del mercado. Los elementos, que permanecieron inertes bajo la mirada del poeta, vibraron cuando los atravesó la racionalidad especulativa del administrador. En vez de que esta contradicción interrumpiera los trabajos de uno y otro, la dificultad animó el fuego de las transformaciones, como si la tensión en los márgenes fundamentara a una racionalidad moderna que, sin dejar de mostrarse progresista, engendrara un imaginario rústico. Las estimaciones burocráticas y las epifanías poéticas conformaron dos perspectivas que confirieron realidad a la naturaleza, que, en lugar de impugnar al progreso, se constituyó como uno de sus conceptos fundamentales. La lógica geográfica de la provincia moderna distaba de la de la tradición, a pesar de las similitudes formales con la antigua arcadia. Bajo las representaciones vegetales que persistían a lo largo de la historia mexicana, las cuerdas del sentido articulaban una voz distinta que desencadenó el extrañamiento intelectual de la naturaleza. El sujeto histórico efectuó de esta manera en la conciencia la objetivación de los recursos naturales. La estética no escapó a las redes de la moral secular, a pesar de fingir una geografía mística. Estas dos vertientes confrontaron al paisaje como fábula con el paisaje como objeto histórico. El espíritu progresista necesitó

²⁷⁶ *Ibid.*, p. 98.

²⁷⁷ Daniel Cosío Villegas, “La riqueza legendaria de México”, en *Ensayos y notas I*, p. 57.

polemizar sobre la naturaleza para derruir sus bordes y verterse en ella, en una marcha frenética que rehuía al agotamiento y la disolución crítica de sí mismo. Así interpretó la edad moderna los conceptos universales: racionalizando totalmente el mundo, declarando el anatema del los límites. Asedió a la naturaleza hasta que el administrador descubrió nuevas utilidades. El progreso se reconoció en la naturaleza como en su propia reencarnación. Los efectos de su crítica siempre se dejaron ver primero en los márgenes, que señalaron su término y también su nuevo comienzo.

La noción tradicional, tal y como la sufrió el poeta Rafael de Alba, provenía de las circunstancias políticas y territoriales de la nación, cuya vastedad, a causa de los accidentes geográficos, permanecía al margen de la unidad que teóricamente concebía el Estado. En su lugar prevalecían feudos regionales delimitados por montañas o ríos hasta entonces infranqueables para el tráfico del gran capital. Las condiciones de inaccesibilidad favorecieron el establecimiento de “una serie de economías autárquicas que apenas llegaban a operaciones de trueque con las vecinas más próximas”, cuyo correlato político existía en el remedo institucional del dominio efectivo del cacique local. El lenguaje legal expresó estos hechos económicos en la figura de la alcabala, como el derecho de patente, que gravaba la circulación del capital, o la contribución del viento, que gravaba el tránsito de las mercancías, legitimando las practicas recaudatorias acostumbradas por las autoridades de la localidad. Ermilo Coello Salazar explica que “las viejas normas legales heredadas de la era virreinal siguieron rigiendo en el país con modificaciones o adiciones secundarias, pero sin que en ellas hubiera el cambio fundamental que requerían las nuevas condiciones económicas.”²⁷⁸

c) Transformaciones de la provincia en el Porfiriato.

La modernización del orden legal se anunció desde los años de la Republica Restaurada y ocurrió efectivamente durante el Porfiriato, cuando se excluyeron del ámbito legal las prácticas tendenciosas que privilegiaban a gobiernos locales por sobre la jurisdicción del Estado nacional. El positivismo transformó de manera paulatina pero eficaz los colores de la nación pero no se deleitó en las variaciones cromáticas de la urbanidad ni tendió hacia la meticulosa declinación del lujo, como ocurrió en los círculos cortesanos. No se recreó sino que se desbordó hacia la provincia y la naturaleza. La transformación de las grandes ciudades compuso uno de los relatos fundacionales del México moderno pero, así como la metrópoli

²⁷⁸ Ermilo Coello Salazar, “El comercio interior”, en *op. cit.*, pp. 756-757.

materializó los logros del régimen ilustrado y progresista, la provincia constituía la vanguardia hacia la administración de los inmensos escenarios naturales. Desde la plaza de provincia, el administrador proyectaba los siguientes momentos de la modernización nacional, contemplaba los caminos que habrían de abrir las vías férreas para comunicar a los recursos vírgenes de la naturaleza con la maquinaria del mercado. En el Porfiriato decayeron los vastos cacicazgos que determinaron la organización política y económica durante el siglo. Fueron desmembrados los organismos que hacían del país la zona de convivencia o conflicto de varias autoridades regionales y que postergaban la cabal materialización de un Estado nacional. La perspectiva totalitaria, de la mano de la fragmentación administrativa, representaron el miasma que, ya como síntesis, ya como análisis, sístole y diástole del organismo moderno, acabaría con los poderes tradicionales.

Obedeciendo las determinaciones del positivismo, se restringieron las facultades del orden federativo que se avenían a los intereses de los señores de las provincias y estimuló el ejercicio centralista del poder, cuya efectividad se consolidó gracias a la creación de rutas de transporte que revolucionaron el tráfico rudimentario llevado a cabo por los senderos que comunicaban a las poblaciones y por algunos ríos transitables. Las líneas ferrocarrileras se multiplicaron, resumiendo la legendaria extensión épica en distritos administrativos. Según Emilio Rabasa, “las vías férreas, instrumento principal de la prosperidad y desarrollo de México, cruzaron en todas direcciones la vasta extensión del país, escalando difíciles montañas y descendiendo a las tierras bajas, por medio de obras atrevidas y costosas.”²⁷⁹ El país ingresó a una realidad que reconocía a las regiones del sur, a las del centro y a las del norte como segmentos de una totalidad. De este modo, durante el fin de siglo las economías regionales de autoconsumo se replegaron para dar lugar a las primeras manifestaciones de una economía capitalista que, sirviéndose de las modificaciones al marco legal y de los modernos medios de comunicación, inauguraron una época dorada del liberalismo económico, cuando las instigaciones del comercio culminaron en las primeras empresas nacionales. Entonces también tuvieron lugar tentativas individuales como las del periodista Francisco de P. Covarrubias y las del pintor Arturo Incháurregui.

Covarrubias editó y dirigió en Guadalajara el periódico *El Mercurio Occidental*. Contó con la amistad de personajes de la alta cultura mexicana, como el periodista Victoriano Agüeros, la pianista Elena Padilla y los poetas Rafael de Alba y Juan de Dios Peza. Quiso

²⁷⁹ Emilio Rabasa, *op. cit.*, pp. 166-167.

modificar los cauces tradicionales del periodismo, pero no atendió al contenido del periódico sino a sus consumidores, concediendo igual importancia al provecho espiritual y al económico. Discernió la existencia potencial de un mercado de consumidores de literatura en las comunidades apartadas de la metrópoli, cuya lejanía abreviaban las recién establecidas vías de comunicación. Así lo expuso en una carta del 3 de enero de 1894, dirigida a Enrique de Olavarría con motivo de la aparición de la segunda época de *El Renacimiento*: “creo necesario que, además de obra de cultura, hagan Ustedes obra de lucro. Dada la minoría del mundo de los lectores, deseo que *El Renacimiento* haga sus gastos con amplitud, cuando menos. Hay que hacerlo simpático en los Estados y andar a caza de aficionados a la buena lectura, introducirlo en todos los hogares y propagarlo en las ciudades pequeñas, en villas y haciendas. No ofrezco a Ustedes para este objeto más de lo que pueda, como por ejemplo formularles una lista de personas de Guadalajara y de Jalisco, pudientes, o capaces de suscribirse.”²⁸⁰

El pintor Incháurregui también se valió de la red que el proyecto moderno tendió sobre el territorio nacional. Tal y como lo muestra la relación de cartas que envió a Enrique de Olavarría, recorrió todas las regiones del país ofertando los frutos de su trabajo pictórico. En cada momento de su recorrido descubrió ya la indiferencia, ya ricos mercados de consumo. En julio de 1895 llega a Guadalajara. Un periódico refiere brevemente una noticia biográfica y da noticia de su llegada: “Don Antonio Incháurregui, pintor que hizo célebre *El Universal*, se encuentra en Guadalajara, no sabemos si con sus veintidós tomos de álbumes de autógrafos.”²⁸¹ El 3 de julio escribe a Olavarría desde Guadalajara, donde “me tendrá Usted hasta el día 18 del presente, día en que saldré para Morelia, donde permaneceré tres meses, y en seguida iré a México de paso para seguir mi agitada vida”²⁸²; sin embargo, “algún trabajo que he tenido y que terminaré hasta el 18 o 20 del entrante” retiene un mes al pintor en Guadalajara.²⁸³ A principios de 1896 pasa unos días en Lagos de Moreno y luego se dirige a Toluca.²⁸⁴ Ese mismo año visita Orizaba, donde permanece hasta el siguiente; refiere a Olavarría que entonces “me dediqué con constancia a aprender la cítara y he conseguido tocar mis piezas y me sigue gustando tanto o más que el primer día. Era indispensable aprender algún instrumento, ¿no le parece a Usted?”²⁸⁵ El 27 de mayo del 97 escribe que “aquí me ha ido perfectamente bien y no

²⁸⁰ APEOF, C7, E6, D3.

²⁸¹ APEOF, C7, E7, D32, según un recorte incluido en una carta del 25 de julio de 1895.

²⁸² APEOF, C7, E7, D28.

²⁸³ APEOF, C7, E7, D32, carta del 25 de julio de 1895.

²⁸⁴ APEOF, C7, E8, D1, carta del 9 de enero de 1896.

²⁸⁵ APEOF, C7, E9, D25, carta del 8 de julio de 1897.

sería remoto que abra yo una Exposición de pintura a fines o mediados del mes entrante, pues preciso salir de ésta el 1º de julio.”²⁸⁶ Planea ir a Oaxaca y luego acaso a San Francisco, California, pues encontró en unos periódicos de esa región “mi retrato y un artículo donde dice no sería remoto fuese para allá”²⁸⁷, pero el 8 de julio, aún en Orizaba, confiesa que no ha decidido hacia dónde dirigirse.²⁸⁸ En 1899 decide examinar las condiciones del mercado de Querétaro, desde donde escribe el 4 de marzo: “vamos a ver qué tal me va aquí, porque es la población bastante triste y, según me dicen, muy pobre. Ojalá que para mi trabajo encuentre gente capaz de gastar algo, aunque lo dudo Si me va bien permaneceré aquí tres meses a lo más y, si mal, entonces dentro de treinta días tendré que repararme.”²⁸⁹ Así, la suerte de la oferta y la demanda dictaba el itinerario del artista.

La modernización de los espacios internos de la nación, cuya ofensiva crítica persiguió la disolución de los feudos tradicionales que retraían a las regiones, cimbró también la disposición ancestral de los espacios allende las fronteras nacionales. La provincia se vio dos veces transfigurada, no sólo por las tentativas del mercado interno sino también por las secuelas de éste que involucraban al mercado externo. El acondicionamiento de una zona comercial de proporciones nacionales fortaleció las relaciones con los distintos mercados internacionales y particularmente estimuló el comercio con los Estados Unidos. Daniel Cosío Villegas apunta sobre esta propensión del comercio:

Aparte de que en este sentido trabajaban fuerzas tan potentes como la geografía y las comunicaciones, mucho de ese resultado, en realidad, es atribuible a los países de la Europa Occidental: no sólo lo descuidaron cuando podían haberlo mantenido y aún incrementado, sino que la expansión de los grandes imperios coloniales distrajo hacia ellos la atención y el interés puesto antes en México y la América Hispánica.²⁹⁰

d) El extranjero: Europa, estancia de la tradición.

Los procesos de la economía moderna mexicana recorrieron caminos distintos a los habituales y abrieron nuevos surcos, no sólo al flujo de las cifras sino al de las letras también. Las sucesivas variaciones que cimbraron las columnas del saber evidenciaron la transfiguración de los santuarios de la cultura occidental que albergaba la vieja Europa, que detentaba los valores

²⁸⁶ APEOF, C7, E9, D23.

²⁸⁷ APEOF, C7, E9, D23.

²⁸⁸ APEOF, C7, E9, D25.

²⁸⁹ APEOF, C8, E16, D1.

²⁹⁰ Daniel Cosío Villegas, “Séptima llamada particular”, en *Historia moderna de México. El Porfiriato. Vida Económica*, vol. 1, México, Hermes, 1965, p. xxiii.

de una pedagogía y las tribunas de la consagración. Los viajeros que hasta entonces acostumbraban dirigirse rumbo a las grandes ciudades europeas con el objetivo de aprehender los preciados frutos de la cultura, de ofrendar los logros del quehacer letrado o de cosechar los encomios, deambularon erráticamente por los caminos de la tradición y las veredas de la modernidad. La disgregación de la cultura afectó específicamente el curso de las vidas de intelectuales como Enrique de Olavarría y Ferrari, quien en 1875 se encontraba en España, dilucidando el entresijo de su destino. En una carta del 15 de julio de aquel año, Anselmo de la Portilla lo disuade de que vuelva a México “porque las cosas no están mejor que las de allá. Más bien creo que podrá Usted abrirse camino en Madrid con su talento y su trabajo, aunque para conseguirlo necesite Usted mucho tiempo y mucha paciencia.”²⁹¹ Unos meses después, el 20 de diciembre, le escribe: “vuélvase a México. Allá, aunque tardío, siempre hay un porvenir; en Europa cuando mucho sólo se consigue pasar el año o el día.”²⁹² Olavarría decidió permanecer en México, donde adquirió notoriedad en los círculos de la alta cultura y prosperidad en el aparato burocrático del Estado.

Así como el letrado español Enrique de Olavarría decidió asentarse en tierras mexicanas, una figura prominente de la literatura mexicana, como Ignacio Manuel Altamirano, prefirió seguir el itinerario acostumbrado y en 1889, cuando ya había conocido lo que llamó “el otoño de mis pensamientos”²⁹³, emprendió, junto con su esposa Margarita, un viaje a España, Francia e Italia. En las cartas que dirigió a Olavarría refiere los encantos y desencantos que, acompañados por las dolencias de la senectud, le produjo el viejo continente. El primero de febrero de 1890 le escribe: “llegué a París el 8 de septiembre después de una travesura felicísima, tanto de México a Nueva York en los magníficos carros Pullman, como de Nueva York al Havre en uno de los magníficos vapores de la Compañía Trasatlántica Francesa, *La Gascogne*.’ Navegación tranquila y suave, apenas se movía el buque. A pesar de eso, Margarita se mareó porque es muy delicada; Aurelio y yo, ni un instante. Pero tomé yo mucha nieve, mucha fruta, porque hacía gran calor, y esto, y la falta de ejercicio durante los diez y ocho días del viaje, pues no permanecemos en Nueva York más que un día, fueron causa de que a pocos días de estar en París, también tomando nieve y fruta, aquellos duraznos de Montreuil, sabrosísimos, aquellas peras y aquellas uvas que Usted y Matilde deben recordar, me reapareciere mi antigua diabetes y en un estado agudo. Eliminaba yo 126 gramos de azúcar al

²⁹¹ APEOF, C6, E5, D11.

²⁹² APEOF, C6, E5, D16.

²⁹³ APEOF, C6, E8, D10, carta del 15 de diciembre de 1878.

día. Lo conocí por la debilidad extrema de la vista y por otros síntomas pero, como París es un gran centro médico, me confié a los cuidados de un famoso especialista. Me prescribió un régimen riguroso, me prohibió absolutamente leer y escribir, y me mandó andar todo el día. No era malo esto para un viajero deseoso de conocer aquella capital incomparable, y en su tiempo de Exposición Universal. Así es que hice mucho ejercicio pero no escribí sino unas cuantas letras a mis hijos de México, sólo para recordarles que vivía. Margarita, que también llegó enferma, se puso en casa y a fines de octubre estábamos buenos, o casi.” En noviembre del 89 se dirigió a Barcelona con el objetivo de asumir un cargo burocrático en el Consulado de México. Cuenta que “llegar a Barcelona y recaer de nuestros males todo fue uno. Esta ciudad, que es hermosa, con un cielo azul, con un sol espléndido, con temperatura como la de México, casi, con su poético Mediterráneo, con su magnífico y concurridísimo puerto, con paseos muy bellos, con mil encantos, en fin, no nos ha probado bien, ni a Margarita, ni a su hermano Aurelio ni a mí. Y es que reina aquí una humedad constante y tan intensa que los reumatismos, la difteria, las fiebres palúdicas, son muy comunes y las enfermedades como mi diabetes y la del estómago de Margarita se recrudecen con ella, requiriendo, como requiere para curarse, un clima seco, aunque sea frío o excesivamente cálido. Así es que comenzamos a padecer”; y prosigue: “después llegó aquí la ‘influenza’, epidemia que se anuncia con nombres ridículos pero que acaba por infundir pavor. Tendió en cama a toda Europa, todo lo desorganizó y paralizó, causó una mortandad horrorosa, mayor que la del cólera en 1885, y ha llenado de pánico y de consternación a España. Si llega aquí, como sé que ha llegado, cuidense. Es un espectro disfrazado de arlequín. En Barcelona atacó atrocemente. Dícese que fueron sesenta mil los enfermos. Se abrieron nuevos hospitales para los pobres, se cerraron los teatros y muchas casas de comercio, se paralizó el servicio de ferrocarriles, correos y telégrafos, se suspendieron las imprentas, quedaron desiertas las calles y, en suma, los 300 médicos que hay aquí estuvieron atareados y muchos de ellos cayeron en cama. Hubo miedo y gran mortalidad. Nosotros no nos escapamos. Margarita, Aurelio, yo y mis criados estuvimos en cama quince días. El menos malo fui yo, viejo, enfermo y todo. Hubo días en que no encontrábamos quién nos sirviera una taza de caldo, ni aún pagando bien.”²⁹⁴

En una carta del 18 de marzo del 91 reanuda el recuento de sus andanzas. En 1890 se establece junto con su esposa en París pero, a causa del riguroso invierno, el 21 de enero del 91 Altamirano y su esposa se ven obligados a abandonar provisionalmente la ciudad, así que

²⁹⁴ APEOF, C7, E2, D2.

deciden viajar a Italia. Cuenta que se fueron “por Lyon y Marsella. El camino desde París hasta Lyon era pura nieve, casas, árboles, llanuras, montañas. Todo estaba blanco. Era una región polar. En Lyon pasamos un día. Había 23° bajo cero, la nieve tenía un metro de espesor. Había diez mil trabajadores abriendo paso a las gentes y a los carruajes, en las calles y en las plazas. Sin embargo, bien envueltos en nuestras pieles visitamos la ciudad y hasta su magnífico paseo que parecía de cristal todo; los árboles tenían, en vez de ramas y de hojas, témpanos de hielo. No nos morimos, de suerte que ya podemos ir a Liberia impunemente. La nieve desapareció cuando tocamos la Provenza, cerca de Avignon y de Tarañon. En Marsella estuvimos tres días; allí había sol y cielo azul pero los puentes y estanques estaban helados todavía. Había caído nieve también en este país, en donde apenas la conocían. Fuimos a Niza, tan famoso por su bello clima. Hacía mucho frío, había caído nieve. Los ingleses y demás extranjeros que habían venido, como de costumbre, a Niza para pasar la temporada andaban cubiertos de pieles. Allí y en Monte Carlo estuvimos tres días. Entramos en Italia. Génova y Pisa, fríos como París. En Roma corría la tramontana y, como los montes albanos y los de la Sabina estaban cubiertos de nieve desde la base hasta la cumbre, el frío era intenso. Nos resignamos, porque no había remedio, y permanecemos allí trece días visitando ruinas, museos, bibliotecas, iglesias, palacios, villas y alrededores, en suma, todo lo notable, y partimos para Nápoles esperando que en el extremo sur de Italia, al menos, habría calor. Nada. El camino de Roma a Nápoles era también de nieve. Los Apeninos, los [...], las sierras de Calabria, no eran más que inmensas oleadas blancas. Durante tres días una niebla espesa cubrió completamente a nuestros ojos el mar, las costas, las islas, el Vesubio mismo, y teníamos todo ello enfrente de nuestro hotel situado en la Ribera de Chiapa. ¡Era, pues, la bruma de Londres en Nápoles! Hasta que, por fin, una mañana, como por encanto, la niebla se rasgó y aparecieron el cielo azul y el sol radioso y caliente. Aquéllo sí era Nápoles pero, como con los buenos días vino el deshielo, el frío nos hizo tiritar. Los napolitanos estaban asombrados del invierno, de la caída de la nieve y de ver al Vesubio enhiesto por el hielo desde la cumbre hasta la base. No era el volcán que todo el mundo conoce, de flancos calcinados, era el Popocatepetl con más nieve todavía. ¿Qué dice Usted de toda esta rareza? El día que pasamos en Pompeya nos cayó una nevada y vimos esa ciudad muerta tapada con un sudario blanco. Pocos viajeros o ninguno la habrán visto así. En Nápoles estuvimos y así lo recorrimos y vimos todo. Tenía yo la intención de ir a Oriente, pero el mar estaba borrascoso; había habido como veinte naufragios en el archipiélago y en las costas de Sicilia, y prescindí de tal viaje, que realizaré en mejor tiempo.

¡Qué invierno ha sido éste, querido Enrique! Regresamos por Roma, Florencia, Venecia, Verona, Milán y Turín, visitando también estas ciudades, y entramos en París, como si volviéramos a la Patria. El mejor temperamento, a pesar de todo, es el de París porque hay aquí elementos de que carecen las ciudades del mediodía no habituadas al invierno. A pesar de tal incomodidad el viaje nos ha encantado. Italia es un museo constante y para los estudiosos tiene un interés extraordinario. En Roma, en Nápoles, en Venecia, en Turín, fui muy bien recibido por antiguos o por nuevos amigos que me trataron muy bien, me hicieron miembro de varias sociedades científicas y me acompañaron en mis visitas a los museos y bibliotecas, abriéndose para mí edificios que se cierran para el público. A consecuencia de las fatigas, de las desveladas en los teatros y del ejercicio constante durante mes y medio, al llegar a París me enfermé del estómago y de la garganta pero ya estoy bien. Margarita vino muy aliviada de sus males y ahora está perfectamente.”²⁹⁵

Mientras permanece en París, Altamirano se inmiscuye en el medio literario metropolitano, cuyos hábitos describe a Olavarría: “la pobre lengua española es aquí muy ignorada, más ignorada de lo que se cree. Nadie la conoce, ni quiere conocerla. Se aprende el inglés, el alemán, el ruso, el árabe, aún el chino y el japonés –nadie aprende el español. De ahí depende que no lean los libros escritos en esta lengua. Unas cuantas casas los imprimen para venderlos en América, pero aquí no se conocen ni se venden. Hay una colonia latino-americana poco numerosa, pero regular. Habla francés y ella misma ignora o aparenta ignorar la existencia de nuestra literatura. Para que sepan que uno es algo es preciso hablar francés y escribir en francés. Entonces lo celebran, lo festejan y lo admiten en sus cenáculos. Antes no.”²⁹⁶

Los letrados prominentes aún recorrieron en la vejez las estancias del recinto de la tradición, asentado en las academias europeas, cuyas luces los ilustraron en su romántica juventud; aún conocieron las luces del esplendor francés de la época del liberalismo y apreciaron la estética entreverada en el rumor de la tertulia. La mirada de Altamirano subraya el clasicismo que la modernidad, a pesar de sus tendencias críticas, también ostenta. Todavía distingue el hilo de la tradición letrada por entre la madeja de revoluciones económicas que ya entonces comenzaban a trenzarse en el telar del occidente industrializado que encabezaban los Estados Unidos. La lógica industrial modificó las prácticas, tanto en un sentido estricto como

²⁹⁵ APEOF, C7, E3, D1.

²⁹⁶ APEOF, C7, E3, D1.

en uno extenso. Trastocó la economía del saber, cuya mirada entonces descubrió una nueva disposición espacial de las categorías universales. Esta historia culminó en los escenarios urbanísticos trazados por la técnica norteamericana.

e) El extranjero: los Estados Unidos, estancia de la modernidad.

Con la nueva época, los viajeros conocieron nuevos horizontes. La lógica de la economía industrial rediseñó la carta moral del mundo. La interiorización de los espacios exteriores comenzó a obedecer a distintas escalas de valores que favorecían a las sociedades industrializadas norteamericanas. Si bien los personajes que comulgaban con el tradicional credo liberal aún abrigaban las intenciones de conocer las antiguas estancias del saber, la incertidumbre que desarraigó las ilusiones por conocer Europa condujo a algunos mexicanos a destinos hasta entonces inesperados, pero la mayor parte resolvió dirigirse a los Estados Unidos, persuadidos por los favores de las condiciones económicas prevaletentes. Ocasionalmente, también lo hicieron para eludir las adversidades del entorno político mexicano. Cuando siguieron los cauces abiertos por la cuña moderna, confluyeron en las urbes de hierro de los Estados Unidos, como ocurrió con Rafael de Zayas Enríquez y Joaquín Baranda.

La trayectoria progresista que delineaba el México moderno culminaría, según Porfirio Díaz, con la institución definitiva de una economía y una política liberales.²⁹⁷ Pero la lógica administrativa que elaboró el orden moral y material de la época se alzó como rival de sí misma y se dio a la tarea de desordenar el orden establecido. Los intereses que se desarrollaron bajo el amparo del orden institucional pronto reconocieron en las mismas instituciones una barrera en vez de un aliciente y sembraron las semillas de la disolución del orden imperante. Ya desde los últimos años del siglo XIX aparecieron muestras de extenuación en los procedimientos de la política porfirista. Si bien en un principio consiguió administrar las fuerzas de la sociedad al resolver las discrepancias que las confrontaban y las anulaban, luego los conflictos empezaron a astillar la constitución del aparato administrativo. La consunción del organismo institucional inaugura un capítulo en la relación de los viajeros mexicanos.

²⁹⁷ “He esperado pacientemente porque llegue el día en que el pueblo de la República Mexicana esté preparado para escoger y cambiar sus gobernantes en cada elección, sin peligro de revoluciones armadas, sin lesionar el crédito nacional y sin interferir con el progreso del país.” “Entrevista Díaz-Creelman”, en *México en el siglo XIX. Fuentes e interpretaciones históricas* (edición de Álvaro Matute), México, UNAM, 1993, p. 357.

Bulnes describe los últimos momentos del Porfiriato como un “escurrimiento de partidarios y simpatizadores, por todos los poros de la inconsistente situación.”²⁹⁸ La trayectoria política de Rafael de Zayas Enríquez representa a uno de los hilos sueltos de ese tejido político desmadejado. Perteneció a la falange política que encumbró a Porfirio Díaz en la silla presidencial. Participó en la fallida tentativa de 1871 y tras años de asedio político disfrutó el triunfo en 1876. A partir de entonces su trayectoria política ascendió y participó en la administración porfirista como Diputado y como juez del distrito de Veracruz. En 1879 recibió el encargo de realizar las averiguaciones concernientes a la represión violenta de un conato de rebelión en las costas veracruzanas. Cuando Luis Mier y Terán se vio involucrado, dispuso que de Zayas Enríquez dejara la investigación. Según Cosío Villegas, “de Zayas abandonó su puesto y salió de paseo a Europa” pues, “por lo visto, acabó por saber demasiado.”²⁹⁹

Finalmente llegó a los Estados Unidos, donde se asentó en la ciudad de Nueva York, se dedicó a los negocios particulares, que lo obligaban a viajar continuamente, y gracias a los ardides de la política porfirista llegó a ocupar una diputación, no obstante la distancia que lo separaba de su patria. El 17 de julio de 1900 le describe a Olavarría la vida en aquella ciudad por esos días: “tú no sabes, y si lo has podido lo debes haber olvidado ya, qué cosa es una temperatura ambiente de 105 y 106 grados Fahrenheit, equivalente a 41° centígrados, sobre todo cuando la [...] revela una saturación de humedad de 80 %. [...] el desgraciado mortal a quien ha tocado semejante lotería, que vive dentro de una caldera de vapor a una presión de diez atmósferas, y cada cual espera el momento en que salga la cabeza proyectada como tapón de botella de champagne, porque la eferescencia de la sangre debe desarrollar un gas de mucho mayor potencia de la que admite la [...] envoltura humana, y no bastan los grandes poros para dar salida al exceso de expansión. No te asusten todos estos términos de física y mecánica, que bien justificados están por la horripilante situación en que nos encontramos los habitantes de la Infernal Ciudad, que llevamos tres noches sin sueño y tres días sin descanso, viendo cómo el mercurio del termómetro se mantiene implacable en los altos regímenes de su alarmante esclusa.”³⁰⁰

En Nueva York, de Zayas pudo toparse en alguna ocasión con Joaquín Baranda, quien durante casi veinte años fungió como Secretario de Justicia e Instrucción Pública del

²⁹⁸ Francisco Bulnes, *El verdadero Díaz y la revolución*, p. 388.

²⁹⁹ Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida política interior, primera parte*, p. 342.

³⁰⁰ APEOF, C9, E8, D12.

régimen porfirista. En aquellos años el fantasma de la sucesión presidencial ya comenzaba a perturbar el ambiente político. Conforme las querellas delineaban el perfil del probable sucesor, el séquito de Joaquín Baranda entró en conflicto con la facción de los Científicos, encabezada por José Yves Limantour. Baranda hizo correr rumores que difamaban a los Científicos pero estos contaban con la velada aprobación del General Díaz. Así, el conflicto derivó en la renuncia y el exilio de Baranda, que se refugió en los Estados Unidos, “lejos de la patria y del hogar”, como le escribe a Enrique de Olavarría, a quien relata en una carta del 13 de mayo de 1905 su llegada a Nueva York: “aquí me tiene Usted en plena Babel, oyendo hablar todos los idiomas conocidos y contemplando los diversos tipos de la especie humana. Ésta es una ciudad encantadora: la naturaleza y el arte la han dotado de atractivos que no creo tenga ninguna otra ciudad del mundo. No me han faltado atenciones oficiales y particulares, y como consecuencia me tiene Usted visitando tribunales y juzgados, escuelas y universidades. Éste es otro mundo, muy distinto del nuestro. En este medio no hacen gran afecto los chismes y murmuraciones de por allá, que son y han sido siempre el acompañamiento de todo cambio de posición política.” En seguida, le comenta a Olavarría que planea “presenciar la recepción del Presidente MacKinley, quien llegará mañana, no obstante la enfermedad de su Señora. Hay grandes preparativos y el programa de las fiestas es largo y variado. Aunque estoy invitado a todas, no concurriré más que a algunas, y esto por vía de observación y estudio.”³⁰¹ En la urbe norteamericana Baranda encuentra la ecuanimidad que trae consigo el sosiego que añoraba durante las intrigas de la política mexicana, cuyos escenarios abandonó para convertirse en un observador anónimo de ese otro mundo allende la frontera.

De la misma manera que Joaquín Baranda, Rafael de Zayas Enriquez abandonó México a causa del hostigamiento político; sin embargo, en una carta del 10 de agosto de 1900 intenta convencer a Enrique de Olavarría de que el único motivo de su mudanza a Nueva York “es evitar hasta donde sea posible la absorción de México por parte de los Estados Unidos. Ese propósito me trajo a este país, me ha hecho radicarme aquí, estudiar sus leyes, sus usos y costumbres, su historia, sus tendencias y el carácter de sus hombres eminentes, y creo que en eso estoy a una altura excepcional”; y añade: “estoy convencido de que es indispensable para México, como cuestión vital, que atraiga el capital europeo, principalmente el inglés, y la inmigración europea. Me he puesto en contacto con personas prominentes de la Gran Bretaña y tengo concertado un vasto plan que tal vez dé resultados prácticos para mi país. Todo lo

³⁰¹ *APEOF*, C9, E64, D2.

tengo estudiado y escrito. ¿Pero habrá en México quien quiera oírme? ¿Habrá quien quiera prestarme la miserable ayuda pecuniaria que necesito? Probablemente no, y entonces tendré que continuar mi apostolado, pobre, abandonado a mis propias fuerzas, pero con fe inquebrantable.” Pero señala que “al mismo tiempo he tenido aquí negocios que tengo planteados y que tengo que esperar a que se desarrollen.”³⁰² Al respecto, explica: “tengo mucho sembrado en diferentes terrenos. Ahora hay que aguardar a que venga la temporada de cosecha, si es que el sol y la lluvia se muestran propicios y no hay huracanes, heladas, granizo, sequía, ni otros fenómenos meteorológicos que vengan a [agestar] en flor mis legítimas esperanzas. Si todo se puede, empezaré de nuevo mi tarea de Sísifo y así la iremos tomando hasta llegar a la última jornada del [Arama], hasta despedirme del público pidiéndole un aplauso y el perdón por las muchas fallas.”³⁰³

Mientras teorizaba sobre las condiciones para evitar que el capital estadounidense enajenara la economía mexicana, también llevaba a cabo negocios a lo largo del territorio estadounidense e incluso más allá. En una carta del 2 de julio de 1900 se describe como un eterno viajero sin punto de reposo que llega “para volver a salir y para quien todo fin no es más que un nuevo principio. Vivo, por más que para todo el mundo en México pase por muerto, excepción hecha de ti y de los tuyos, que todavía me cuentan en el catálogo de los que respiran. Llegué a New York, a los pocos días salí para Pittsburg, volví a New York, enseguida salí para Texas, volví a New York a recibir a mi Madre y a mi hermana, salí acto continuo para Chicago, en el Illinois, y después para Milwaukee, en Wisconsin, volví a New York y... y aquí me tienes con la maleta lista y el bastón del peregrino cerca de la mano para cuando el ángel perseguidor me diga de nuevo: ¡marcha, marcha!” También escribe que “probablemente tendré que hacer un viaje a la América del Sur dentro de algunas semanas, si se realiza un buen negocio que estoy realizando con empeño. Será duro para mí ese viaje por el tiempo que me tome, por la distancia a que voy, por las penalidades. Pero no hay más remedio. Tengo que luchar tremendamente para dar qué comer a todo mi regimiento y tengo que luchar solo, al menos por hoy, sin pretender ayuda de nadie, porque la experiencia me ha enseñado que no debo esperar nada por ese lado.”³⁰⁴

En 1900 se vio obligado a volver brevemente a la Ciudad de México para prestar protesta como Diputado pero cuenta que antes tuvo “que pasar a Chicago y que detenerme un

³⁰² APEOF, C9, E9, D1.

³⁰³ APEOF, C9, E8, D1, carta del 2 de julio de 1900.

³⁰⁴ APEOF, C9, E8, D1.

par de días en San Antonio, Texas. Ya ves cuánto trabajo me doy, recorriendo miles y miles de millas constantemente, y teniendo apenas punto de reposo. Pero así tiene que ser para procurarme algo que me permita asegurar el porvenir de la familia.” Aquel itinerario lo condujo por Pittsburg, Chicago, Milwaukee y Texas.³⁰⁵ Para regresar, atravesó “por largos desiertos en Durango, Chihuahua, Texas, Arizona, Nuevo México y California, en los que el calor es sofocante y el polvo asfixiante, y perdona el consonante. Afortunadamente, una vez que se penetra en California cambia el aspecto del paisaje, todo se vuelve atractivo, humano, a veces sublime, y la temperatura es agradable.”³⁰⁶

Rafael de Zayas Enríquez volvía una y otra vez, llevando a cuestas “todo el cansancio y el fastidio consiguientes a un viaje tan largo y tan monótono. Encontré a mi gente bien de salud y dispuesta a regresar cuanto antes a la patria, cosa que no me es dado efectuar desde luego, como bien quisiera hacerlo, porque los negocios que traigo entre manos, y de los que algo obtendré de provecho, me lo impiden.”³⁰⁷ Cada retorno actualizaba los mitos del progreso que fijaban el sino de los viajeros modernos. Ahora que los negocios simbolizaban los trabajos que impedían al héroe volver a casa, cada ganancia era tan valiosa como la reliquia de una divinidad. Conforme emergía, la moderna sociedad industrializada proyectaba su hechizo sobre las conciencias. La ideología imperante trasladó los atributos del idilio, que tradicionalmente ostentaba la naturaleza vasta e irracional, hacia el mundo administrado de la sociedad mecanizada, tal y como lo expresan las apreciaciones de los viajeros. Aquel otro mundo se desenvolvió con astucia, aunque parecía hacerlo mágicamente, en detrimento de las disposiciones tradicionales de los espacios, cuya peculiar racionalidad carcomió astutamente desde los adentros.

f) Proceso histórico y representación ideológica de los espacios.

Cosío Villegas describió a la asimilación de los territorios por parte de los instrumentos de la modernidad como “un proceso de relocalización.”³⁰⁸ Éste efectuó sobre la economía de las conciencias un cambio revolucionario que tachó y recompuso el correlato moral de la geografía de las civilizaciones. El positivismo violentó la fingida naturalidad perenne de los valores ideológicos que detentaban las instituciones del viejo continente y violentó igualmente la

³⁰⁵ APEOF, C9, E9, D9, carta del 30 de agosto de 1900.

³⁰⁶ APEOF, C9, E41, D4, carta del 22 de mayo de 1903.

³⁰⁷ APEOF, C9, E22, D4, carta del 12 de octubre de 1901.

³⁰⁸ Daniel Cosío Villegas, “Séptima llamada particular”, en *op. cit.*, pp. xv-xvi

frugalidad improductiva de la naturaleza mexicana. Vertió hacia fuera al México de tierra adentro. La transformación de las provincias en un sistema regional materializó cabalmente el concepto de nación e introdujo en ellas una lógica que rebatía a la autarquía romántica del terruño y que además las incorporaba en un sistema de relaciones universales. La contemplación de la naturaleza ya contenía en sus adentros el germen de la administración. El asombro del poeta ante los ríos, las montañas y las selvas anticipaba la racionalización de los recursos materiales de la nación. Apenas atrapados por la mirada, los materiales del paisaje se encontraban ya a merced del consumo. La práctica positivista introdujo la lógica de la cifra en la poética del paisaje. Luego vinieron los agrimensores y tras ellos las vías de comunicación y los funcionarios, cuya práctica cívica, prefigurada por la proyección especulativa, transformó a “aquellos llanos fértiles pero desiertos, en donde la naturaleza vanamente ostenta sus beneficios y riquezas.”³⁰⁹ El idilio místico ocultaba un desnudo secular radicalmente moderno.

Los personajes del Porfiriato no sólo habitaron espacios concretos, también inventaron sus contrapartes metafísicas, pero éstas no eran entelequias inalterables, como las supuso el historicismo ilustrado. El ensueño existía de la misma manera que lo hacía el soñador. La metafísica del porfirismo partió del imaginario disperso del siglo liberal. La violencia sincopada de monarquismos, republicanismos y, sobre todo, pretorianismos desbarató cualquier noción de orden y unidad. En los últimos años de la Republica Restaurada los letrados ya habían relegado a los relatos sentimentales de antaño el ímpetu idealista y el sosiego familiar. Mientras permanecían temerosos y pesimistas, a la espera de nuevos brotes de violencia y devastación, experimentaron una nueva sensibilidad modulada por el hastío. Pero el último caudillismo se reservó una gesta heroica que logró sublimar la diáspora moral en un Estado que dispuso los medios para resolver y aprovechar los conflictos militares, políticos y económicos. Dejó atrás las subversiones castrenses, las controversias entre conservadores y liberales, los reclamos fraudulentos, y “se fijó como punto primero de todo programa de gobierno el desarrollo de las vías de comunicación, y el impulso del gobierno nacional levantó el espíritu público y le hizo concebir esperanzas que habían de verse satisfechas en época no lejana.”³¹⁰ De esta forma, permitió que el territorio nacional se convirtiera en una entidad administrativa efectiva y legítima. La clase política mexicana sacó provecho de la empresa pero no entrevió las consecuencias históricas.

³⁰⁹ Alejandro de Humboldt, *op. cit.*, p. 246.

³¹⁰ Emilio Rabasa, *op. cit.*, p. 115.

La secularización de los espacios se hizo efectiva gracias a la modernización de las vías de comunicación, a la reconstrucción de las calles y a la remodelación de las habitaciones. Los canales de tránsito tendieron puentes a lo largo del territorio nacional que modificaron la concepción del espacio y las conjeturas morales provenientes de la concepción del espacio. Modificaron las nociones de lo vasto y lo circunscrito, de lo cercano y lo distante. Del mismo modo, los caminos se establecieron a lo largo del espíritu nacionalista. Esta red de comunicaciones se transformó en una red de significados que dio lugar a una nueva concepción de lo mexicano. La estrella de la urbanización esparció su brillo tanto por los rieles como por los pasajes y dejó caer el velo de su encanto sobre las conciencias, donde la mistificación llegó a prevalecer por encima de los testimonios materiales. El país en vías de modernización quedaba a la zaga de un país fantasiosamente moderno, como apuntó José C. Valadés:

El camino abierto por los científicos al inversionismo, y al que arrastraron al general Díaz, no podía tener más que el atractivo de un exótico paseo por el cual, al mismo tiempo que se admiraban las novedades de lo extraño, enseñábanse las superficialidades de lo propio. De aquí, el lujo que se quiso dar a todas las cosas, haciéndose del Estado una soberbia administrativa, de los licenciados una casta privilegiada, de los bancos un clasicismo económico, de la riqueza una alegoría fáunica, de las letras una abyecta urbanidad y de lo extranjero una grosera superstición.³¹¹

El espíritu secular no siempre permaneció enraizado en la materia. También insufló la sustancia de los sueños, acaso demasiado. Cosío Villegas llegó a afirmar que “el mexicano calificaría, aún cuando tal vez calladamente, de antipatriótica la actitud de quien creyera en la limitación de nuestros recursos y quizás aún la del inocente que sólo se mostrara escéptico de ellos.”³¹² Aunque no siempre la interiorización metafísica de los espacios mexicanos significó su sublimación, pues también contribuyó a la fabulación de un tipo mexicano inmoral y perezoso, incapaz de explotar las fabulosas riquezas naturales, la divergencia entre la nación soñada que atesoraban los mexicanos y la que percibían en la vigilia se mostró generosa. La seducción inmaterial representó uno de los motores de la historia, tan significativo como las circunstancias socioeconómicas. Pero los impulsos metafísicos que despertó la secularización no siempre guardaron esta relación de concordancia hiperbólica con la historia. En los horizontes del ensueño se vislumbraron nuevas regiones y la modernidad reveló otro de sus muchos rostros imaginados. El agotamiento de la fábula porfirista que se sujetaba a los

³¹¹ José C. Valadés, *op. cit.*, p. 249.

³¹² Daniel Cosío Villegas, “La riqueza legendaria de México”, en *Ensayos y notas I*, p. 52.

requerimientos de una representación científicista, sentó la pauta para que otras figuras poblaran el espacio del imaginario nacional. El coloquio apasionado entre la historia material y la soñada reprodujo una nueva mitología, como un contrapunto de fábulas añejas. Ante el positivismo decadente, la provincia avivó de nueva cuenta un imaginario irracional que hizo palidecer al científicismo ideológico del Antiguo Régimen. La provincia resurgió transfigurada de la frente decaída del positivismo, ataviada con atributos mágicos que recordaban a los de su antecesora tradicional pero distanciados por un dejo de ironía. Pese a esto, trascendió en la ideología que sustituyó a las figuraciones del porfirismo.

La provincia tradicional permaneció en la memoria de los letrados como un residuo de irracionalidad, que cobró grave importancia cuando el colapso del Porfiriato puso al México moderno en una encrucijada. Los elementos de aquella escenografía participaron entonces en la composición del imaginario del México de la Revolución, no sólo en la literatura, también en las pinturas murales y en la plata y la penumbra del cinematógrafo. López Velarde describió a la provincia como un “edén subvertido.”³¹³ Acerca de ésta, Jorge Cuesta escribió que “manifiesta el mismo retorno al instinto, el mismo retorno a la infancia que caracteriza al sentimiento de irracionalismo político contemporáneo.”³¹⁴ Ya desprovista de todos sus valores morales por obra de la secularización, adquirió el significado de la herejía y el asedio del substrato mitológico que periódicamente perturbaba a la vez que excitaba la trayectoria del progreso, como un ritual pagano que renovaba el hechizo de las cosas y encendía las pasiones. El espíritu moderno entrevió en el anatema al aliciente, como si recordara íntimamente los momentos cíclicos del rito y aún pudiera festejar “esta perennidad en la renovación o este renovarse en lo perenne que es la obra de las provincias.”³¹⁵

La máquina burocrática que administraba los recursos materiales e inmateriales de la nación no supo reconocer las nuevas prácticas y fuerzas que penetraron en el edificio institucional gracias a los canales abiertos por la institución misma. Mientras la clase dirigente envejecía, potencias nativas ociosas e intereses extraños comenzaron a infectar las regiones del Porfiriato. La modernidad se valió de ese miasma para descomponer y rebasar uno de sus propios estados históricos. Cuando los instrumentos de la administración porfirista dejaron de servir a la lógica del progreso y se convirtieron en un escollo en su trayectoria, los mismos elementos que prodigó fraguaron su desintegración; también lo hicieron los elementos que

³¹³ Ramón López Velarde, “El retorno maléfico”, en *Obras*, México, FCE, 1994, p. 206.

³¹⁴ Jorge Cuesta, “La provincia de López Velarde”, en *Ensayos críticos*, p. 506.

³¹⁵ Alfonso Reyes, “Haz de provincias”, en *Obras completas VIII*, México, FCE, 1958, p. 290.

Una geografía intelectual del Porfirato

presuntamente superó, como la provincia que, tras ser recobrada en un retorno a los orígenes irracionales, ocuparía un sitio fundamental en la simbología revolucionaria del siglo XX.

Conclusión.

Un conjunto de libros sobre la historia del México independiente, una extensa crónica de la vida pública del Porfiriato, reseñas varias y algunos textos didácticos componen la obra literaria de Enrique de Olavarría y Ferrari. Sin embargo, tras la ortodoxia que guiaba su apología del Porfiriato y que le granjeó la admiración de sus contemporáneos se desarrollaba una historia herética, contrapuesta a las especificaciones morales de la publicidad, la cual transcurría por los canales subterráneos de la cultura. A la sombra de sus logros literarios, Olavarría recabó los materiales para una historia que nunca proyectó emprender, la de la intimidad. Durante décadas, con la tenacidad del curador de un museo íntimo, conservó la correspondencia que recibía. El Archivo Personal de Enrique de Olavarría y Ferrari prolonga íntimamente los alcances de su obra literaria pero, desprovisto de un hilo discursivo, se somete al juicio del lector que recoge y ordena los fragmentos del espejo del alma del individuo. Solo entonces el fantasma de esta literatura posible asume una forma. Su destino permanece a merced de los lectores que como intruso atienden al intercambio epistolar íntimo de los porfiristas. Los documentos contribuyen a la dilucidación de ciertos pasajes de las obras canónicas del periodo. En este sentido, incumben a la marginalia de la literatura académica. Pero desde esos márgenes se acercan a los centros de una literatura paralela. De esta manera, Olavarría preservó las claves para descifrar los secretos de la intimidad, el fuego de las mitologías de la alcoba que proyecta cual linterna mágica las figuras del imaginario efímero de la época, los caracteres de un libro oculto a los ojos de la publicidad.

El registro de las relaciones epistolares de Enrique de Olavarría permanece estrechamente ligado a la historia del México moderno. Visto a través de aquél, ésta se muestra

como una trama heterogénea que entreteje la narración canónica con relatos menudos impregnados de intimismo. El siglo de Olavarría se extiende desde el Segundo Imperio hasta los primeros años de la Revolución Mexicana. Sin embargo, el diálogo epistolar con personajes de otras generaciones extiende la perspectiva del lienzo histórico que conforman en su conjunto las cartas originalmente dispersas y, a causa de la aparición de liberales como Altamirano y modernos como Gerardo Murillo, llega a esbozar un período histórico que se extiende desde mediados del siglo XIX hasta mediados del siglo XX. De los relatos epistolares emerge la historia íntima de la síntesis de las fuerzas del conservadurismo y el liberalismo en el cuerpo administrativo del Porfiriato. Cada anécdota apunta hacia el encumbramiento de las costumbres de esta época o hacia los síntomas de la decadencia, donde los códigos morales se hacen explícitos en su descomposición. Cada sendero herético glosa y critica los valores encumbrados.

Desde su llegada a México, Enrique de Olavarría se inmiscuyó en los círculos del liberalismo. Entonces prosiguió su formación intelectual bajo la tutela de Ignacio Manuel Altamirano, además de entablar lazos duraderos de amistad con compañeros de generación como los escritores Rafael de Zayas Enríquez y Juan de Dios Peza. El círculo de sus amistades concuerda con un espectro de la alta sociedad mexicana de finales de siglo. La correspondencia congrega a un conjunto amplio y heterogéneo de personajes en torno a un porfirista culto y conservador, rasgos que gracias a la dialéctica de la epístola sobresalen a su vez en los interlocutores. Esta manera del conservadurismo se compagina con otra representación de México en la hoguera de los cambios históricos, ajena a la dicotomía que lo contrapone al liberalismo. Pertenece a un modo de ordenar el saber derivada de las circunstancias económicas del orden y el progreso. Así, cuando aparece en el cielo de las ideologías la estrella del progreso, los demás elementos de la cultura se le subordinan en una constelación de la fijeza, santo patrono de las burocracias, la cual iguala a la conciencia del funcionario y a la razón de ser del régimen en un instante perpetuo. Se identifican como dos representaciones del ideal reflejado en los muros de un hogar de cristal cuya fragilidad se presume ajena a las revoluciones del tiempo. Como Baucis y Filemón, asumen una forma que prolonga su unión más allá de los confines de la historia de los hombres. Sin embargo, la economía de los hábitos desencanta a esa metamorfosis. Las cartas abren las puertas hacia la arqueología de ese tiempo imaginado. Los vestigios literarios de esta invención y de su contraparte socioeconómica estrechan los lazos entre la literatura y la historia. los documentos íntimos transcriben la

Conclusión

historia de la cultura mexicana como breves destellos literarios. Estos pequeños trozos de escritura reflejan peculiares concepciones del Porfiriato, distintas a las postuladas por el canon de la historia patria. Esta expresión de la realidad, constituida por estados de ánimo transitorios y eventos menudos, elude cualquiera de los espacios jerarquizados según el régimen del método científico. Obedecen al imperio de las emociones y las fantasías. Los deseos, los temores, las frustraciones, cobran desde esta perspectiva más realidad que los sucesos de la vida pública. Estas fábulas incendian el relato histórico. Las cenizas desvisten un cuerpo que pertenece por las noches a los sueños y por los días a la razón. Igualmente distante de las relaciones históricas del ortodoxo Justo Sierra y del heterodoxo Francisco Bulnes, la colección epistolar de Enrique de Olavarría sigue un camino poco transitado. Recrea un mundo de intermitencias emotivas, de pasiones y de miedos. En vez de procurar una perspectiva totalizadora y positiva, como de hecho lo pretenden las vastas obras públicas del mismo Olavarría, la colección se vuelve hacia los adentros de la época y desentraña las riquezas del instante. Se encamina hacia un tiempo explícitamente subjetivo que no pretende aseverar ni comprobar postulados universales sino desgranar los sentidos de la conciencia del individuo, así sea en un torrente de imprecisiones. Cada voz aunada a otra encuentra su lugar en el espíritu coral del fin de siglo. De la imprecisión brota una certeza inédita que interrumpe la disolución del mensaje fugaz de la misiva postal y lo fija en un vasto lienzo de trazos literarios, donde cobran vida realidades olvidadas, ya en flor, ya marchitas, prácticas morales instauradas y abolidas.

La historia del Porfiriato que se centra en Olavarría se restringe al margen de las experiencias del letrado relacionado con la red administrativa del Antiguo Régimen pero también se extiende hasta donde los horizontes de la memoria y el destino de los interlocutores lo permiten, desde los orígenes caudillistas de la institución porfirista en el seno de la disolución de las fuerzas liberales a lo largo de la década de los setenta hasta los primeros brotes de la disidencia ideológica que comenzaron a aparecer a finales del siglo XIX, de donde surgieron las tendencias renovadoras que determinaron el destino de la cultura mexicana durante la primera mitad del siglo XX. El anecdotario epistolar de los letrados detalla los momentos cotidianos que se esconden tras los grandes sucesos de la historia intelectual del México moderno.

Para emprender una historia íntima del intelectual basta con hilvanar las anécdotas de pintores, músicos o escritores contenidas en el epistolario y dejar que los documentos cuenten

su propia historia. En la colección epistolar de Olavarría concurren personajes cuyas experiencias dibujan el rastro de los hábitos de la cultura porfiriana. Bosquejan los momentos de la aprehensión y la práctica de distintas disciplinas del saber. Vista a través de las cartas, la alta cultura del período se desdobra en varios planos, según las edades o el género de los personajes y los lugares que habitan. Así, encontramos a figuras consagradas del liberalismo, como Ignacio Manuel Altamirano y Vicente Riva Palacio, y a protagonistas de la cultura porfiriana, como Juan de Dios Peza y Joaquín Baranda, que describen el engranaje y constatan la efectividad del orden establecido, y que, cuando se aproximan a la vejez, prefieren la nostalgia por sobre las adversidades íntimas y las propiciadas por la descomposición de las instituciones. Bajo su tutela se inician en los usos de la cultura jóvenes como el pintor Gerardo Murillo, que en su madurez asumirá la persona del Doctor Atl, y el cantante Gustavo Bernal, cuyas misivas dan cuenta de los conocimientos que van adquiriendo en las academias europeas. Las vivencias de la mujer culta en el Porfiriato permanecen plasmadas en los anhelos de la joven pianista Elena Padilla y en los obstáculos laborales que debe sortear durante la madurez la escritora Laura Méndez de Cuenca. Los funcionarios, como los poetas Manuel José Othón y Rafael de Alba, y los viajeros constantes, como el escritor Rafael de Zayas Enríquez y el pintor Antonio Incháurregui, nos explican las variantes históricas en el significado de la provincia mexicana, Europa y las urbes industrializadas de Norteamérica. El susurro que mana del intercambio epistolar de los personajes de la cultura mexicana indica que la marcha del espíritu moderno permanece enraizada hondamente en la materia de lo cotidiano. La historia se muestra de esta manera a la vez como torrente y fijeza.

En la colección epistolar de Olavarría, los círculos cultos de la época revelan el tejido heterogéneo de su tiempo, como si tras el nombre de Porfiriato se escondieran muchas realidades, atendiendo al género, la edad o los espacios. Emerge el Porfiriato de los hombres que llegaron a la madurez junto con el régimen, que envejecieron con él y que con la decadencia temieron el advenimiento de la muerte por cuenta doble, como una experiencia pública y como una fisiológica. De sus albores hasta su madurez, la modernidad mexicana recorre muchos caminos que en ocasiones parecen conducir hacia destinos distintos a su racionalidad, como lo demuestran las extensas cartas de Rafael de Zayas Enríquez, donde describe sus actividades como promotor del porfirismo. El relato se origina en los últimos años del Imperio de Maximiliano y los primeros de la República Restaurada. Desde la perspectiva íntima, el entramado de las pulsiones sociales se muestra imperfecto, aún vulnerable a las

Conclusión

amenazas autoritarias del siglo que la institución democrática pretende conjurar. A pesar de que la República Restaurada resuelve la querrela entre los conservadores y los liberales, el régimen no impidió que brotara de nueva cuenta el espíritu del caudillo, encarnado por Porfirio Díaz. En la encrucijada entre una cultura política mexicana tradicional y una moderna, las riquezas de la antigua aristocracia se vieron mermadas gracias a la proliferación de las prácticas económicas autárquicas del caudillo. En su trayecto por entre las querellas ideológicas del siglo, la modernidad supo valerse de los elementos adversos a su racionalidad para alcanzar sus propios fines. En ese último caudillismo se sustentó la primera institución duradera del México moderno. Entonces se vieron recompensados los miembros de la generación de Tuxtepec, quienes asumieron diversos puestos en la red administrativa. Pero el régimen no perpetuó el ostracismo de conflictos anteriores y atrajo sin distinción a liberales y conservadores. La antigua discordia finalmente se resolvió según los preceptos de la administración. A finales de siglo prevalecía únicamente la ideología del positivismo que durante la bella época del Porfiriato igualó con rigor científico las discrepancias intelectuales. Sin embargo, el inminente conflicto entre los intereses que prosperaron durante el período perturbaron esta frívola hegemonía. La correspondencia describe las circunstancias antes del estallido de la violencia. Algunos, como Joaquín Baranda, abandonaron el país. Otros, como Juan de Dios Peza o el mismo Olavarría, encarnaron la decadencia y la muerte de un régimen envejecido que nunca previó la renovación de los agentes del Estado ni aceptó las nuevas tendencias intelectuales.

También las mujeres de Porfiriato solían experimentar, en los escenarios de la vida pública, una transfiguración de las pautas de lo cotidiano semejante a la muerte. Las costumbres imperantes permitían e incluso alentaban la participación de las señoritas de familias distinguidas en las artes. Su devoción por el arte alumbraba los salones de la aristocracia y perfeccionaba el estilo porfirista del lujo. Con su canto o ante el piano, personajes como Elena Padilla amenizaban durante su juventud las veladas porfirianas pero, cuando los tiempos de la moral imperante dictaminaban el momento en que debían abandonar los espectáculos de las bellas artes, las señoritas morían a los ojos de la publicidad. Renacían como amas de casa o ángeles del hogar, como frecuentemente se les llamaba; las excepciones a esta fatalidad anunciaban el advenimiento de otro momento en los tiempos modernos, el cual se sostenía ya en la voluntad, ya en la necesidad. Este entramado entre la existencia cotidiana y el imaginario ideológico, cuya genealogía atraviesa el siglo romántico, extendiendo sus raíces

hasta el siglo XVIII, conducía a la mujer desde los escenarios de los espectáculos públicos hacia el retiro en las habitaciones del hogar. Sin embargo, las vidas de mujeres como Laura Méndez de Cuenca transcurrían allende las perspectivas idílicas de la ideología imperante. Debían trabajar para suministrar los requerimientos de la familia y, a pesar de las fabulaciones maravillosas que revestían a la figura femenina, los testimonios epistolares de esos personajes describen un mundo de adversidades y desencanto, una vida cotidiana cuyas prácticas anómalas señalan la decadencia y anticipan la ruptura.

En el Porfiriato no se puede hablar de juventud sino de juventudes. Los jóvenes de la alta sociedad del régimen ya no conocieron la violencia armada o política y se desarrollaron bajo el amparo de las instituciones educativas dispuestas según la preceptiva del positivismo. Tras una primera educación en territorio nacional, seguía una instrucción superior en las academias europeas. La lectura comparada de las cartas de Gerardo Murillo y Gustavo Bernal indica las divergencias entre dos caminos que comparten un mismo punto de partida. En algunas ocasiones, los jóvenes como Bernal preferían recorrer de nueva cuenta el sendero abierto por sus mayores con un afán conservador, mientras que en otras los jóvenes como Murillo se arrojaban a una deriva aparente cuya irregularidad, interpretada bajo la luz de la madurez del personaje, habría de revelarse como una tentativa coherente por rebasar los márgenes de la alta cultura imperante. Uno de los caminos conduce hacia la perpetuación de los valores establecidos, mientras que el otro comienza por hacer de la anomalía en sus costumbres la pauta de una nueva manera de interpretar y transformar el mundo.

Así como toda práctica intelectual y toda expresión emotiva remiten íntimamente a una fisiología, esta intimidad remite al envés de sí misma y establece con hilos de hechura fina pero resistente las correspondencias entre la moral de los juicios y las pasiones y los espacios que rodean al individuo. Esta relación no se circunscribe a los planteamientos del determinismo social, sino que entabla, entre la psicología y el entorno, un verdadero diálogo que transforma paulatinamente a los participantes. El individuo proyecta los valores de su intimidad hacia el medio ambiente y simultáneamente traduce éste al lenguaje de aquella. Moraliza el paisaje, el poblado de provincia, las ciudades europeas y las norteamericanas, les imprime íntimo, los particulariza. La intimidad se proyecta hacia el exterior y el exterior se interioriza como una figuración de la psicología individual. El viaje precipita la metamorfosis del personaje en montaña, bosque, páramo, mar, ciudad, y, a su vez, estos elementos cambian en su relación con respecto a las directrices morales que rigen las costumbres. A manera de

Conclusión

apéndice, se entreteje un relato que transcurre en el reverso de lo que los otros capítulos cuentan, desarrollándose a lo largo de los últimos momentos de las instituciones tradicionales y los comienzos, el establecimiento y la disolución de las instituciones modernas. Con el paso de los años, la influencia de los estados emotivos, de las experiencias estéticas, de la economía, ya desde la vertiente individual, ya desde la global, modifica las representaciones de la provincia, de las ciudades mexicanas, europeas y norteamericanas. Así como las disposiciones ideológicas hechizan a la representación de los espacios, las prácticas escenificadas efectivamente estimulan la renovación del imaginario. Las cartas nos muestran que así como el Porfiriato fijó un tipo social particular para el letrado, también se hizo de una geografía, cuyo cuerpo escapaba al trazo de cualquier mapa pues se componía de recuerdos y deseos, de expectativas y fracasos, de repulsión y placer que plasmaban universos de racionalidad y fantasía. En este vaivén de ensueño y realidad, ascienden y refluyen los valores de la tradición y la modernidad.

La correspondencia no sólo arroja nuevas luces en la concepción histórica de la vida cotidiana de los intelectuales del Porfiriato, también despierta dudas y proyecta escalas de grises donde antes ocurrían divisiones tajantes. La historia moderna suele representarse como una sucesión de conflictos y confrontaciones. La arqueología cotidiana de los sucesos históricos acalla el estruendo de las revoluciones con el rumor de las costumbres. Instauro la continuidad donde predominaba la ruptura. El diálogo entre lo que fue, lo que es y lo que será (pero no sólo en los tiempos de la realidad de la vigilia de la historia, también en los de la realidad del ensueño) concierta las voces de los personajes en una historia heterodoxa que establece a la vez el complemento marginal y el fundamento antitético de la literatura académica. Los documentos componen un contrapunto de los textos canónicos. Las variantes, impregnadas del aura de los rituales íntimos, enriquecen las materializaciones de la memoria. Los destellos de la carta postal hacen de la relación histórica la escena de una revelación. La época cobra vida y se agita en las impresiones subjetivas de las horas vividas por los personajes, cuyas misivas no pretenden formular un imperativo categórico sino rescatar y comunicar un trozo de existencia. Si bien la suma de las obras que los intelectuales someten el juicio de la publicidad conforma una historia de las ideas, la exploración del intercambio epistolar proporciona un anecdotario de las ideas vividas.

Bibliografía.

- Alba, Alfonso de, *La provincia oculta. Su mensaje literario*, México, Cvltvra, 1949.
- Altamirano, Ignacio Manuel, *Obras completas I. Discursos y brindis*, México, SEP, 1986.
- , *Obras completas XII. Escritos de literatura y arte*, tomo 1, México, SEP, 1988.
- Aries, Philippe y Duby, Georges (dir.), *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, 2001.
- Aristóteles, *Política*, Barcelona, Gredos, 2000.
- Barceló, Raquel, "Hegemonía y conflicto en la ideología porfiriana sobre el papel de la mujer y la familia", en *Familias y mujeres en México*, México, COLMEX, 1997.
- Barreda, Gabino, *La educación positivista en México* (selección y prólogo de Edmundo Escobar), México, Porrúa, 1998.
- , *Estudios* (prólogo de José Fuentes Mares), México, UNAM, 1992.
- Bazant, Mílada, *Historia de la educación durante el Porfiriato*, México, COLMEX, 2000.
- Bowen, James, *Historia de la educación occidental, tomo III. El occidente moderno. Europa y el nuevo mundo. Siglos XVII-XX*, Barcelona, Herder, 1992.
- Bulnes, Francisco, *Las grandes mentiras de nuestra historia*, México, CONACULTA, 2002.
- , *El verdadero Díaz y la revolución*, México, Editora Nacional, 1967.
- Campos, Rubén M., *El bar. La vida literaria de México en 1900*, México, UNAM, 1996.
- Carballo, Emmanuel, *Diccionario crítico de las letras mexicanas en el siglo XIX*, México, Océano/CONACULTA, 2001.
- Carner, Françoise, "Estereotipos femeninos en el siglo XIX", en *Presencia y transparencia: la mujer en la historia de México*, México, COLMEX, 1987.

Bibliografía

- Cervantes de Salazar, Francisco, "Clima y naturaleza de la Nueva España, y costumbres y leyes de los indios", en *Humanistas mexicanos del siglo XVI* (introducción y selección de Gabriel Méndez Plancarte), México, UNAM, 1994.
- Coello Salazar, Ermilo, "El comercio interior", en Daniel Cosío Villegas (coord.), *Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida económica*, vol. 2, México, Hermes, 1965.
- Condorcet, marqués de, "Cartas de un burgués de Newhaven a un ciudadano de Virginia", en *La ilustración olvidada. La polémica de los sexos en el siglo XVIII* (edición de Alicia H. Puleo), Barcelona, Anthropos, 1993.
- Coordinación de Publicaciones Digitales de la UNAM, <http://www.coleccionesmexicanas.unam.mx>.
- Cosío Villegas, Daniel (coord.), *Historia general de México*, México, COLMEX, 1999.
- , "Séptima llamada particular", en *Historia moderna de México. El Porfiriato. Vida Económica*, vol. 1, México, Hermes, 1965.
- , *Historia Moderna de México. El Porfiriato. La vida política interior, primera parte*, México, Hermes, 1970.
- , *Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida política interior, segunda parte*, México, Hermes, 1972.
- , *Historia Moderna de México. La República Restaurada. La vida política*, México, Hermes, 1959.
- , *Ensayos y notas I*, México, Hermes, 1966.
- Cuesta, Jorge, "La provincia de López Velarde", en *Ensayos críticos*, México, UNAM, 1991.
- Chartier, Roger (dir.), *La correspondance*, París, Fayard, 1991.
- , *Cultura escrita, literatura e historia*, México, FCE, 2000.
- Darnton, Robert, *El coloquio de los lectores*, México, FCE, 2003.
- Demetrio, 'Longino', *Sobre el estilo. Sobre lo sublime*, Madrid, Gredos, 1979.
- Duclas, Robert, *La vie quotidienne au Mexique au milieu du XIXème siècle*, París, L'Harmattan, 1993.
- Dumas, Claude, *Justo Sierra y el México de su tiempo 1848-1912*, México, UNAM, 1986.
- Elias, Norbert, *La sociedad cortesana*, México, FCE, 1996.
- , *El proceso de la civilización*, México, FCE, 2001.
- Flores, Manuel M., "Eva", en *Poesía romántica* (prólogo de José Luis Martínez y selección de Alí Chumacero), México, UNAM, 1993.
- Gamboa, Federico, *Mi diario IV (1905-1908)*, México, CNCA, 1995.
- , *Mi diario V (1909-1911)*, México, CNCA, 1995.
- González y González, Luis, *Invitación a la microhistoria*, México, SEP, 1973.

- , *Nueva invitación a la microhistoria*, México, SEP/FCE, 1982.
- , *Obras completas VI. La ronda de las generaciones*, México, Clío, 1997.
- González Navarro, Moisés, “La instrucción pública”, en Daniel Cosío Villegas (coord.), *Historia Moderna de México. El Porfiriato. La vida social*, México, Hermes, 1970.
- Guerra, François-Xavier, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, México, FCE, 2001.
- Gutiérrez Girardot, Rafael, *Modernismo*, México, FCE, 1988.
- Gutiérrez Nájera, Manuel, *Manuel Gutiérrez Nájera* (selección y prólogo de Rafael Pérez Gay), México, Cal y Arena, 1998.
- Habermas, Jürgen, *Historia y crítica de la opinión pública*, Barcelona, Gustavo Gili, 1999.
- Hale, Charles A., *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Vuelta, 1991.
- Hauser, Arnold, *Historia social de la literatura y el arte*, Madrid, Debate, 1998.
- Hegel, G. W. F., *Fenomenología del espíritu*, Bogotá, FCE, 1997.
- , *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Madrid, Revista de Occidente, 1953.
- Henríquez Ureña, Pedro, “La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México”, en *Obra crítica*, México, FCE, 2001.
- Horkheimer, Max, “Arte nuevo y cultura de masas”, en *Teoría crítica*, Barcelona, Barral, 1973.
- , “Autoridad y familia”, en *Teoría crítica*, Bs. As., Amorrortu, 1990.
- Humboldt, Alejandro de, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, Porrúa, México, 1973.
- Kant, Emmanuel, *Crítica de la razón pura*, Barcelona, Folio, 1999.
- Lefebvre, Henri, *Critique de la vie quotidienne, introduction*, París, Grasset, 1947.
- , *De lo rural a lo urbano*, Bs. As., Lotus Mare, 1976.
- Le Goff, “Tiempos breves, tiempos largos”, en *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, Barcelona, Altaya, 1999.
- López Cárdenas, Luz del Carmen, *La hemerografía de Enrique de Olavarría y Ferrari (1865-1918)*, México, 2003, informe académico (licenciatura en lengua y literaturas hispánicas), UNAM.
- López Velarde, Manuel, “El retorno maléfico”, en *Obras*, México, FCE, 1994.
- Martínez, José Luis, *La expresión nacional*, México, CONACULTA, 1993.
- Matute, Álvaro (ed.), *México en el siglo XIX. Fuentes e interpretaciones históricas*, México, UNAM, 1993.
- Mora, José María Luis, *Obras completas I. Obra política 1*, México, Instituto Mora/CNCA, 1994.

Bibliografía

- , *Obras completas II. Obra política 2*, México, Instituto Mora/CNCA, 1994.
- Mora, Pablo, “Enrique de Olavarria y Ferrari (1844-1918): historiador de la cultura en México”, en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, vol. VI, núms. 1 y 2, México, 2001.
- , “La provincia en la poesía del siglo XIX mexicano”, en *Tema y variaciones de literatura*, México, UAM, 1995.
- Mosca, Gaetano, *La clase política* (selección de Norberto Bobbio), México, FCE, 2002.
- Michelet, Jules, *La mujer*, México, FCE, 1999.
- Morales, Melesio, *Mi libro verde de apuntes e impresiones*, México, CNCA, 1999.
- Olavarria y Ferrari, Enrique de, *El arte literario en México*, Madrid, Espinosa y Bautista, 1877.
- , *Reseña histórica del teatro en México* (prólogo de Salvador Novo), México, Porrúa, 1961.
- Ortega y Gasset, José, “¿Masculino, o femenino?”, en *La rebelión de las masas*, Barcelona, Planeta/De Agostini, 1995.
- Othón, Manuel José, *Epistolario* (introducción de Rafael Montejano y Aguiñaga), México, UNAM, 1999.
- , *Obras completas I* (compilación de Joaquín Antonio Peñalosa), México, FCE, 1997.
- , *Paisaje* (prólogo y selección de Manuel Calvillo), México, UNAM, 1994.
- , *Poemas Rústicos* (presentación de Rubén M. Campos), México, Premia, 1985.
- Parcero, María de la Luz, *Condiciones de la mujer en México durante el siglo XIX*, México, INAH, 1992.
- Perrot, Michelle, “Introducción” a la *Historia de la vida privada 4. De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Taurus, 2001.
- Peza, Juan de Dios, *Memorias, reliquias y retratos*, México, Porrúa, 1990.
- Puga y Acal, Manuel, *Los poetas mexicanos contemporáneos*, México, UNAM, 1999.
- Rabasa, Emilio, *La evolución histórica de México*, México, UNAM-Miguel Ángel Porrúa, 1986.
- Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Hanover, Editorial del Norte, 1984.
- Ramos Escandón, Carmen, “Señoritas porfirianas: mujer e ideología en el México progresista, 1880-1910”, en *Presencia y transparencia: la mujer en la historia de México*, México, COLMEX, 1987.
- Reyes, Alfonso, *La experiencia literaria*, México, FCE, 1994.
- (prol.), *La literatura epistolar*, México, CONACULTA/Océano, 1999.
- , “Los *Poemas rústicos* de Manuel José Othón”, en *Obras completas I*, México, FCE, 1976.

- , "Haz de provincias", en *Obras completas VIII*, México, FCE, 1958.
- , "Pasado inmediato", en *Obras completas XII*, México, FCE, 1960.
- , "Un proyecto", en *Obras completas XXII*, México, FCE, 1989.
- , "Oración del 9 de febrero", en *Obras completas XXIV*, México, FCE, 1990.
- Reyes de la Maza, Luis, *El teatro en México durante el porfiriismo, tomo III (1900-1910)*, México, UNAM, 1968.
- Riva Palacio, Vicente, *Los Ceros (galería de contemporáneos)*, México, Instituto Mora/CNCA/UNAM/Instituto Mexiquense de Cultura, 1996.
- Rousseau, Jean-Jacques, *Emilio o la educación*, Barcelona, Bruguera, 1983.
- Salado Álvarez, Victoriano, *Memorias. Tiempo viejo. Tiempo nuevo*, México, Porrúa, 1985.
- Salinas, Pedro, "Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar", en *El defensor*, Madrid, Alianza, 1984.
- Schücking, Levin L., *El gusto literario*, México, FCE, 1996.
- Sierra, Justo, *Evolución política del pueblo mexicano*, México, CNCA, 1993.
- , "Discurso pronunciado en la inauguración de la Universidad Nacional en 1910", en *Prosas* (prólogo de Antonio Caso), México, UNAM, 1990.
- Silva Hérzog, Jesús, "Meditaciones sobre México", en *El ensayo mexicano moderno*, vol. 1 (selección e introducción de José Luis Martínez), México, FCE, 1958.
- Solórzano, María Teresa, "Enrique de Olavarría y Ferrari", en Jorge Ruedas de la Serna (org.), *La misión del escritor*, México, UNAM, 1996.
- Tablada, José Juan, *La feria de la vida*, México, CNCA, 1991.
- , *Los mejores poemas* (edición de Héctor Valdés), México, UNAM, 1993.
- , *Las sombras largas*, México, CONACULTA, 1993.
- Tocqueville, Alexis de, *La democracia en América*, México, FCE, 2001.
- Urbina, Luis G., *La vida literaria de México*, México, Porrúa, 1965.
- Valadés, José C., *El porfiriismo. Historia de un régimen. Tomo II. El crecimiento I*, México, UNAM, 1987.
- Vázquez, Josefina Zoraida (ed.), *La educación en la historia de México*, México, COLMEX, 2000.
- Vigil, José María, "La mujer mexicana", en *Poetisas mexicanas. Siglos XVI, XVII, XVIII, XIX*, México, UNAM, 1977.
- Violi, Patrizia, "La intimidad de la ausencia: formas de la estructura epistolar", en *Revista de Occidente* no. 68, enero 1987, Madrid.

Bibliografía

- Weber, Max, "Sociología de la dominación", en *Economía y sociedad*, Madrid, FCE, 2002.
- Weintraub, Karl J., "Autobiography and historical consciousness", en *Critical Inquiry*, vol. I, no. 4, Chicago, junio 1975.
- White, Hayden, "The value of narrativity in the representation of reality", en *The content of the form. Narrative discourse and historical representation*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1989.
- Zarco, Francisco, *Francisco Zarco* (selección y prólogo de José Woldenberg), México, Cal y Arena, 1999.
- Zavala, Lorenzo de, *Páginas escogidas* (selección e introducción de Fernando Curiel), México, UNAM, 1991.
- Zea, Leopoldo, *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, México, FCE, 2002.
- Zubieta Valenzuela, María Guadalupe, *Enrique de Olavarría y Ferrari: su correspondencia en el Archivo Personal (1867-1897) y su aportación a las letras mexicanas*, México, 2001, informe académico (licenciatura en lengua y literaturas hispánicas), UNAM.